

MI MADRE RÍE

CHANTAL AKERMAN



Mangos de Hacha | Biográficos

Primera edición 2020

D.R. © Chantal Akerman

D. R. © Tatiana Lipkes por la traducción

D.R. © EDITORIAL MANGOS DE HACHA

Calzada de los Leones 171-102,

Col. Las Águilas, Delegación Álvaro Obregón,

C.P. 01048, México, CDMX

www.mangosdehacha.org

mangosdehacha@gmail.com

Diseño: Radjarani Torres Flores

Queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía, el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares de la misma mediante alquiler o préstamo público.

« Avec le soutien de la Fédération Wallonie-Bruxelles » (Con el apoyo de la Fédération Wallonie-Bruxelles).

Este libro fue publicado en el marco del Programa de Apoyo a la Publicación de la Embajada de Francia en México/IFAL

Esta publicación se realizó con el apoyo de la Secretaría de Cultura a través del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes con el estímulo del Programa de Apoyo a la Traducción (PROTRAD).

ISBN: 978-607-97155-8-8

Impreso en México / *Printed in Mexico*

MI MADRE RÍE

Chantal Akerman

Mi madre ríe

Traducción del francés de Tatiana Lipkes



CULTURA  **FONCA**

SECRETARÍA DE CULTURA



FÉDÉRATION
des cinéastes québécois

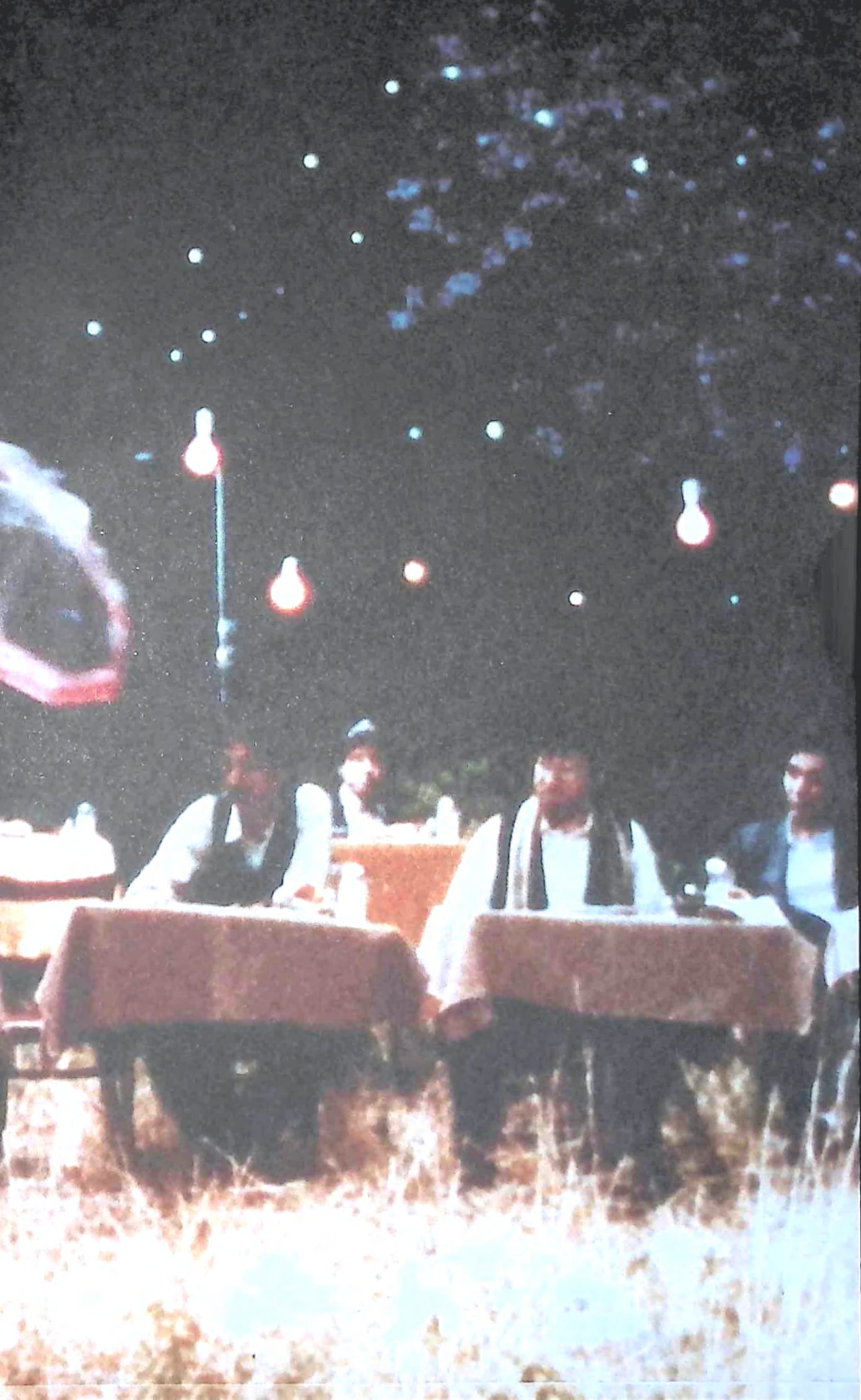


INSTITUT QUÉBÉCOIS DE LA CULTURE
MUSEUM DE QUÉBEC



MUSÉE DE LA CIVILISATION







Escribí todo esto y ahora ya no me gusta lo que escribí. Fue antes, antes del hombro roto, antes de la cirugía al corazón, antes de la embolia pulmonar, antes de que mi hermana o mi cuñado me llamaran para decirle adiós (hasta nunca). Antes de que volviera a su casa en Bruselas para siempre.

Antes de que riera.

Antes de que yo entendiera que quizás lo había entendido todo al revés.

Antes de que yo entendiera que tenía una visión truncada e imaginaria. Y que solamente era capaz de eso. Ni de la verdad, ni siquiera de mi verdad.

Ahora mi madre está viva y tiene buena salud. Es lo que todo el mundo dice y todo el mundo dice también que está fuerte y nadie entiende cómo sobrevivió.

Le duele todo pero su cabello volvió a crecer. Es un milagro.

Subió de peso. Se las arregla casi sola con todo y su hombro roto. De todas formas hay que ayudarla a vestirse, a desvestirse, a cortar su carne y ponerle mantequilla a su pan. No puede salir a pasear sola y es realmente una lástima. Afortunadamente existe Clara que vive con ella hasta el fondo del apartamento, así cada una tiene su intimidad. Clara viene de México. Es hermana de Patricia que limpia su casa.

En Navidad y Año Nuevo hacen fiestas e invitan a mi madre. Mi madre dice que no le importa ni la Navidad ni el Año Nuevo pero le da gusto que la inviten a un hogar mexicano porque hay mucho ambiente y eso le encanta. Regresa de las fiestas con las mejillas rosadas y los ojos brillantes.

Se ríe a menudo en medio de sus quejas. Goza.

La escucho reír. Se ríe por nada. Esa nada, es mucho.
También a veces por la mañana, se ríe.

Se levanta cansada pero se levanta y empieza el día.

Volví de Nueva York para pasar unos días con ella. No sabe por qué ni cómo pero me deja existir como soy.

Mi desorden ya no parece molestarla. Da la impresión que ya no lo nota. Lo acepta. Me acepta como soy. No era así antes pero desde que sintió la muerte y sigue viva cambió. Sabe lo que es importante y lo que no lo es y me acepta.

Todavía a veces, habla de mi nacimiento y del hecho de que no soportaba su leche y que veía cómo su hija se debilitaba y que era terrible. Terminaron por encontrar una leche que me caía bien. Qué hubiera sucedido si no.

Ella ríe.

Me gusta escuchar su risa.

Duerme mucho, pero ríe. Goza. Luego duerme.

Finalmente aceptó su edad. Sabe que tiene que acostarse en medio de su cama para no caerse durante la noche. Sabe que debe dejar un poco de luz en el pasillo que lleva al baño. Sabe que alguien duerme al fondo del apartamento cerca de ella en caso de. Lo sabe todo y está de acuerdo. Le gusta. Le gusta cuando aparece Clara. Le gusta platicar y reírse con ella. Parecen dos amigas que se conocen desde siempre.

La idea fue de mi hermana. Pensaba que mi madre ya no podía vivir sola y Clara llegó a Bélgica con ella y hasta ahora todo funciona bien.

Le caen bien los mexicanos, es decir la hermana de Clara y sus hijos cuando vienen a saludar y a comer con ella. Son cariñosos y se ríen con ella. Se siente bien. Se siente tan bien que ya no puede no hacerlo. De hecho, le gusta cuando hay gente en su casa. Incluso el plomero que vino de urgencia con su nieta. Toda la noche estuve sacando el agua que

venía del apartamento vecino y no paraba. Fue realmente un acontecimiento, incluso, en el fondo le gustó aunque se preguntara por qué sucedía y decía que su edificio envejecía y que esperaba que no le cobraran porque vivía con poco y que si además tenía que pagar los arreglos, no sabía qué hacer.

Sabe que puede contar con sus hijas pero no le gusta. No le gusta pedir. Le gusta salir adelante con lo que tiene. Es decir no tanto. Sin embargo, trabajó mucho durante su vida con mi padre aunque no oficialmente. Por eso tiene que arreglárselas con la pensión de los alemanes y su pensión de prisionero de guerra. Y también con un apartamento que me compró mi padre para que tuviera algo.

Ese apartamento lo rentamos así que le da algo más no mucho porque el apartamento no es muy bueno y lo renta por poco.

Cuando llegó el plomero con su nieta, no podía más de la emoción al ver a la niña y sus cabellos trenzados. Eran tan hermosos y la niña tan tranquila y sonriente. Mi madre le dio jugo de naranja.

El plomero hacía un ruido espeluznante con una máquina especial para destapar pero todo se arregló y ya no tuve que recoger agua toda la noche.

El plomero le dijo que esto podía volver a suceder porque la tubería estaba vieja. Mi madre dijo ya veremos. Todo en su momento. Pensó que si sucedía en diez años ya no estaría aquí y que le tocaría a mi hermana porque yo no tengo un espíritu práctico. Aunque fui yo quien le habló al plomero en Navidad y el plomero vino. Se rio.

Le cuesta trabajo salir de su apartamento. Ya casi no sale y sin embargo sólo habla de eso, de salir, pero está oscuro y húmedo, es invierno. Sabe que la humedad es terrible para ella que estuvo tan enferma. Pero hasta cuando está un poco menos húmedo,

incluso en Bruselas en diciembre, no sale. Sólo a la terraza y hasta allí. Mira el jardín desolado de la planta baja, mira al gato, mira al perro. Mira el camastro que se volteó a causa del viento que se lleva todo al pasar. Pero además de eso no hay nadie en el jardín. Los niños ya no están allí. Sin duda están adentro. A partir de la primavera, los volverá a ver y le dará alegría. Espera la primavera y sabe que llegará y que escuchará a los pájaros pasar. Eso le gusta.



Yo no lo logro. No logro esperar la primavera. Estoy en el invierno con nubes oscuras y pesadas que parecen estar aquí para siempre.

Tengo la impresión de que es el fin pero no es el fin.

No sé qué voy a hacer o dónde voy a vivir y si todavía voy a ir a algún lado. Pero voy a ir a mi apartamento de París. Tengo un apartamento. Es mi hogar. Es lo que dicen, mi hogar.

Pero no siento que tenga un hogar u otro sitio. Un lugar donde sentirse en casa o en otro lado.

A veces digo que me voy a ir a un hotel, ahí será un hogar en otro lado, ahí podría escribir.

Volví a leer todo lo que escribí y me disgustó profundamente. Pero qué hacer, lo escribí. Ahí está.

Me digo que si lo vuelvo a trabajar, quizás me disgustaría menos. Sin embargo, durante los meses en los que no hacía nada, pensaba que pronto escribiría de nuevo, o seguiría y estaría bien.

Mi madre duerme en su sillón eléctrico como en los aviones. Es un sillón extraordinario como los asientos de *business class* de los aviones. Ama ese sillón y se duerme allí muy a menudo, así no siente que se quedó en la cama.

La cama es terrible. Más vale sólo ir de noche.

Durante el día duerme en su sillón en el comedor y todavía tiene la impresión de seguir existiendo. Tocan, escucha por una vez, no siempre escucha, va a abrir, sonríe. Está tan contenta de haber escuchado y está tan contenta de que alguien venga. De hecho es Andrée y adora a Andrée. Es una mujer rubia y muy grande que le encanta hablar. A mi madre también le encanta hablar así que todo funciona bien entre ellas.

Es viernes y va a comer pescado y ya se deleita.

Sí, lenguaditos. Los lenguaditos son pequeños lenguados.

Le gustan los lenguaditos. A mí también, pero no me deleito y me pregunto por qué.

Ella se deleita, goza tanto que acabo por deleitarme yo también.

Dice que la piel de los lenguaditos es mucho más delicada que la de los lenguados.

Andrée viene a ayudarla los viernes y los jueves ya lo disfruta. Piensa en los lenguaditos y piensa en Andrée, tan bien educada.

Quiere a Andrée, le gusta la manera en la que Andrée le prepara los lenguaditos con una salsa de mantequilla y perejil.

Sabe todo acerca de Andrée, sabe que tiene dos hijos bien educados, incluso uno quiere ser abogado. Sabe que el marido de Andrée es oficial de la policía judicial y que nunca lleva un arma a su casa. Él no quiere que sus hijos se acostumbren a las armas. No quiere que sus hijos trabajen en la policía, ha visto demasiado. Mi madre lo entiende.

De hecho, entiende todo o casi todo. Y la vida de Andrée le interesa. Sí, la vida de la gente que conoce le interesa y si le cuentan algo que es ligeramente divertido se ríe.

Se ríe con Samira, con María, con Sonia, se ríe con todas.

A todas esas mujeres las llamamos cuidadoras.

Y mi madre que ya no sabe hacer casi nada sola, y sin duda no se puede lavar ni vestirse ni muchas otras cosas tiene derecho a una cuidadora todos los días. Hacen las compras y la comida y la bañan.

Entra despacio a la regadera y lo goza. Se detiene de una barra de acero y la cuidadora verifica si el agua está bien templada luego baña a mi madre suavemente y mi madre está contenta, se siente mejor.

Eso no le molesta en absoluto, estar desnuda frente a cualquiera de las cuidadoras. Afortunadamente mi madre

no tiene ese tipo de molestias y no le importa que la vean desnuda. De hecho se tuvo que acostumbrar. Eso sucedía con mi padre que era muy pudoroso, pero él también tuvo que acostumbrarse cuando se enfermó. Mi madre es una mujer moderna y la desnudez no le molesta. No digo que no tenga pudor. Sino justo lo necesario, no más. Por eso las cosas especialmente la desnudez, no le molesta. No diría que al contrario pero a veces me lo pregunto. Yo soy una mezcla de mi padre y de mi madre así que tengo pudor y de pronto no tengo.

Un día no hubo cuidadora porque era Navidad. Así que yo tuve que bañarla.

Eso no le molestaba tampoco, estar desnuda frente a mí.

Pero a mí sí. Le gustaba que yo la lavara. A mí no.

Lo hice y ya. No le dije que me molestaba y pensé que eso no debía importarme. Y de hecho, ¿me molestaba tanto así? En el fondo no. Sólo un poco.

Y cuando la cuidadora está aquí, es decir todos los días menos en Navidad, la enjabona de los pies a la cabeza, suavemente para no lastimarla y disfrutar el olor del jabón. Respira y dice que huele bien. Luego la cuidadora, una u otra, la seca lentamente y le ayuda a vestirse en su habitación. Solamente la parte de arriba. Hay que pasarle su suéter por la cabeza y deslizar su brazo del hombro roto por una manga, con la segunda manga puede sola o casi, de todos modos le ayudan. El resto lo logra hacer sola y está contenta por eso.

Después intenta levantar su brazo izquierdo con la ayuda de su brazo derecho como le enseñó el kinesioterapeuta. Lo hace varias veces. Se pregunta si esta vez pudo subir su brazo izquierdo más arriba que la última vez, me enseña, me pregunta si sí o no y le digo, creo que sí. Pero no lo sé.

Tiene esperanza, piensa que un día podrá hacerlo, que mejorará, lo piensa realmente y lo intenta. Y el kinesioterapeuta la felicita cada vez. Y dice que va mejor. Si lo piensa no lo sé pero lo dice. También dice que mi madre tiene una espalda muy hermosa y mi madre ríe y lo goza. Él conoce los cumplidos que dan placer. Además, entendió todo acerca de mi madre muy rápido. De hecho, es muy flexible y logró fortalecer sus piernas gracias a los ejercicios.

Se aplica a hacer los ejercicios y el kine la felicita.

Cuando estoy aquí él dice, pero mira esto, mira nada más esas piernas y esa espalda.

Dice que es tan flexible que parece una jovencita. Hay ejercicios que ni él mismo puede hacer porque es muy rígido, y sin embargo tiene cincuenta años.

Dice que se nace con la flexibilidad y si no nacemos así entonces hay que hacer muchos ejercicios para lograrla y si los dejamos la flexibilidad desaparece.

Le enseña a mi madre su rigidez y dice que mi madre tiene suerte, siempre fue flexible, es lo que la mantiene y a mí también.

Y mi madre ríe y después de la visita del kine no deja de repetir lo que le dijo y está muy contenta. Dice siempre fui flexible y tú también. Te heredé mi flexibilidad.

Al menos eso.

Clara, que viene de México, lo que prefiere, entre otras cosas, es cocinar y cuando hay poca gente en casa de mi madre disfruta y hace platillos un poco complicados. Todo el mundo la felicita y todo el mundo piensa que mi madre tiene suerte de tener a Clara y es cierto.

Desgraciadamente a veces tiene, sobre todo cuando estoy aquí, migrañas oftálmicas que pueden durar cuatro días. Afortunadamente estoy allí para ayudar a mi madre a vestirse, a desvestirse, a cortar su carne.

Creo que Clara escoge el momento en que estoy allí para tener migrañas. Sabe que haré lo que hay que hacer. Entonces llegan las migrañas.

Mi madre se angustia. A veces toca a la puerta de Clara. Y mira a Clara volteada sobre su cama. No puede ver su rostro entonces cierra suavemente la puerta y dice que hay que dejarla tranquila.

Mi madre respeta a Clara y su intimidad. Todo el tiempo tiene ganas de ir a verla pero se contiene.

Le digo que cuando se sienta mejor se levantará, no te preocupes. Sabe que hicimos todo lo posible por sus migrañas. Mi sobrino, en México, fue con ella con el mejor especialista. Le dio medicinas, pero no le sirvieron realmente. Entonces mi madre piensa en mi sobrino y se ríe. Ríe de placer. Adora a mi sobrino.

Una mujer gime sobre su cama. Gemidos dulces y repetidos.

Luego dice ah no sé, no sé. ¿Sabe ella que lo dice en voz alta? Está sorda. Sin duda cree sólo pensarlo. Dice en voz alta lo que piensa sin saber que dice lo que piensa.

Así nosotras sus hijas sabemos lo que piensa.

Está sorda pero no del todo. Hay cosas que escucha como el timbre y a veces incluso el teléfono pero ya no le gusta el teléfono porque nada más adivina lo que le dicen. Por eso mi hermana le regaló una computadora así puede utilizar Skype y cuando ve la boca de quien habla escucha mejor. Y le gusta vernos, nos acerca. Estuvo muy enojada con las computadoras porque sentía que era de otro mundo y que el nuevo mundo la desplazaba pero con Skype, lo logra.

Así pasa muchas horas frente la computadora en caso de que yo o mi hermana estemos conectadas y cuando no nos conectamos se enerva, pero nosotras no podemos estar todo el tiempo conectadas. De verdad no.

Escucha mejor, con Skype. Porque ve. Pero no se escucha gemir.

Sin embargo cuando le preguntamos si está preocupada dice que no.

Dice que durmió mal porque se le olvidó tomar su Lexotán, durmió hasta las dos de la mañana, se despertó, se dio cuenta que no tomó su Lexotán.

Se tomó uno pero después durmió mal.

Ahora está en la cocina y come corn flakes.

Le quedan algunos cabellos sobre la cabeza, ella que fue tan coqueta. Ella que fue tan bella. Todo el mundo lo decía. Y yo estaba orgullosa de ella, de mi madre, esa mujer tan bella. Y la amaba.

Sale del hospital. Sabe muy bien que casi muere. Sabe que está vieja pero dice que no lo cree. Quiere vivir.

También sabe que debe regresar al hospital para que la operen del corazón. Dice que es una cirugía muy sencilla. Mientras tanto deambula. Un verdadero costal de huesos.

Espera a la empleada doméstica Patricia. Quiere a su empleada doméstica, le gusta su alegría, le gusta cuando lleva a sus hijos y cocina para cuatro, escucha risas. Eso le gusta.

No está segura si entendió bien si venía hoy o mañana porque a pesar de sus aparatos el teléfono la pone a prueba. Escucha algo pero qué. A menudo adivina. A veces bien a veces mal. Así que vive en la confusión.



Cuando salió del hospital, la cardióloga le dijo que estuviera muy tranquila antes de la cirugía. Sí estará tranquila. De todos modos no podría hacer otra cosa. Deambula. Respira con dificultad, es a causa de la aorta. La aorta se contrajo.

Se queda dormida todo el tiempo. Se despierta. Come un poco. Existe.

Se levanta, come, se baña, logra entrar y salir de su baño sola hace algunos días.

Come. Se acuesta en el diván. Duerme. Se despierta.

Habla un poco con sus hijas que están ahí para ella. De todo y de nada.

De no mucho.

Qué queda por decir.

Después de la cirugía quizás.

Una mujer en prórroga. Que sobrevivió. Ella lo sabe, sobrevivió y sobrevivirá todavía. Su momento no ha llegado, es lo que dice.

No sé si es lo que piensa, porque sus gemidos y sus no sé qué que no sabe dice en voz alta no dicen eso.

Antes de que entrara al hospital y saliera para prepararse para la cirugía y volver al hospital, yo estaba allí.

Estaba muy enferma y yo tenía miedo, miedo a que dejara de respirar frente a mí en su sillón.

Se había quedado dormida y sentíamos el esfuerzo que hacía su corazón para latir mientras que la miraba, respira mamá, no me dejes, respira.



No me dejes, todavía. No estoy lista y quizás nunca esté lista.

Su respiración se ha vuelto tan difícil que tuvimos que llevarla a urgencias. Allí en el hospital, se ocuparon de ella para que aguantara hasta la cirugía.

La cirugía, no hace más que decir y volver a decir que no será nada.

Pero ese costal de huesos, sus pocos cabellos, sus ojos apagados, ¿lo soportarán? Ya veremos.

Siempre decimos ya veremos. Yo digo ya veremos siempre pensando en todas las cosas que pueden suceder. Aquí sólo hay dos cosas, la vida o no.

Y si la vida vuelve, entonces vuelve.

La cría nació cría vieja y por eso la cría nunca se volvió adulta. Se desarrollaba en el mundo de los adultos como vieja cría, y lo hacía mal. La vieja cría se preguntaba que si su madre desaparecía, no habría ningún lugar a donde volver.

La cría en la adolescencia había vivido desenfrenadamente, luego en la edad adulta nada le importaba pero sabía que siempre podía volver.

Y desde que su padre murió, a casa de su madre.

Cuando la cría llegaba, siempre exhausta de la vida adulta que no lograba vivir, se acostaba sobre el diván y dormía unas horas. Después, con menos cansancio, comía.

La cría, es ella, soy yo. Y ahora soy vieja, voy a cumplir sesenta años. Y aún más. Y sigo en el mismo lugar. No tengo crías. Una vieja cría no hace crías. ¿Qué es lo que me va a retener en la vida después?

Podré vivir para dormir levantarme comer acostarme. Olvidaba escuchar la radio. Escucho la radio. Ya no es el momento de vivir desenfrenadamente. Y estoy contenta cuando el sol se acuesta para acostarme también.

Sólo faltan cuatro semanas para la cirugía.

Es lo que ella dijo ayer.

Pero esta mañana después del desayuno ya estaba cansada.

Se acostó sobre el diván.

Cuando fui a ver, lo que me dijo fue, comer me cansó.

Pero ¿tengo derecho a descansar? Le dije no es un derecho es una obligación.

Y yo no sé si aguantaré aquí cuatro semanas.

Aguantaré solamente si escribo. Y de todas formas aquí o en otro lado es igual. Mi vida, no tengo vida. No supe crear una.

Así que aquí o en otro lado. Pero en otro lado siempre es mejor. Así que sólo me voy y me vuelvo a ir y regreso desde siempre.

Primero me fui a una habitación blanca y muy pequeña en París donde hacía frío.

Y a otro lugar donde hacía calor. Y a otro lado a una ciudad muy grande cruzando el Atlántico en donde hice una pausa.

Me sentía bien. Vivía. Descubría la vida y a los otros incluso si a veces caminaba noches enteras porque no sabía donde dormir. Pero la mayoría de las veces lo sabía. La gente me recibía y podía dormir, bañarme e incluso comer. A esa gente la conocí ese año, no habían cambiado. Seguían siendo igual de hospitalarios. Todavía se preguntan cómo es que aterricé en sus casas. Yo también. Será un misterio.



Y allí en donde hacía calor estuve a punto de casarme a causa del calor y también porque ya no sabía qué hacer de mí misma, era una buena para nada porque había hecho una mala película y entonces por qué no casarse. Y al menos darle gusto a alguien, bueno, a mi padre.

Cuando le pregunté a mi padre por qué quería tanto que me casara, me dijo que así cuando estés enferma habrá alguien que te cuide. Cómo sabía que iba a estar enferma, muy enferma, me lo pregunto.

Quizás lo decía así nada más porque no tenía nada que decir. Pero había cuidado a sus hermanas enfermas entonces pensaba que todas las mujeres estaban enfermas. Sin embargo, su madre era fuerte. Fue después de la guerra que ya no aguantó. Durante toda la guerra mi padre salía de la cueva en donde se escondían, salía, iba a trabajar, no llevaba puesta la estrella amarilla, sabía que era mejor no llevarla y ella aguantaba.

Cuando la guerra terminó ya no era lo mismo. Es como si hubiera gastado todas sus fuerzas durante la guerra. En fin, es lo que me imagino. Nadie lo ha confirmado. Pero debió ser eso u otra cosa. Me hablaron de menopausia, de diabetes. Pero era otra cosa.

Mi padre no hablaba de su madre, una de sus hermanas es la que hablaba para decir que la adoraba. Es la única hermana que se casó con un no judío en mi familia, tenía sus razones. Lo amaba. Lo ama todavía. Y se cuidan mutuamente. Era mi tía la más joven y mi tío el más joven. Tienen todo tipo de enfermedades pero se curan siempre sin duda porque se cuidan mutuamente.

Mi tía adora a su nieta. Su nieta la adora. Ella también acaba de casarse y tuvo un hijo. Mi madre me enseñó las fotos. Se casó con un vietnamita, se nota un poco en el hijo pero todo el mundo está muy contento.

Afortunadamente yo no me casé porque sería viuda desde hace mucho tiempo y cuando enviudamos es para siempre. Es lo que me dijo mi madre que es viuda y lo dijo un día, nunca debí casarme con alguien más viejo aunque fuera un hombre bueno e íntegro. Ahora estoy sola y es para siempre. A mí me gustan los jóvenes y no quiero volverme a casar con un viejo para lavarle los calcetines. Bueno es sólo un dicho porque ahora tengo una lavadora de ropa. Pero de pronto, estar junto a un anciano en la cama, un hombre con quien no he envejecido, es impensable. Me gustaría solamente tener un novio. Alguien con quien salir, ir al teatro, incluso bailar, por qué no. A los jóvenes les gusta bailar y a mí también. En las bodas o donde sea, me gusta bailar y cuando bailo, siento que soy yo misma. Sobre todo si bailo durante horas. Hace bien. De hecho, me hubiera gustado ser bailarina o incluso nadadora o música pero no hice nada de eso.

Por eso estoy contenta de que mi nieta haya estudiado y quisiera que haga algo de su vida y sobre todo que no se vuelva viuda. Bueno tiene tiempo pero nunca se sabe.

Nunca se sabe lo que puede pasar y yo menos que nadie porque lo que ya me pasó ya me pasó y quién hubiera pensado en algo así. Bueno, seguramente alguien lo pensó si no no hubiera sucedido y estuvo bien organizado. Todo eso estuvo bien pensado y bien reflexionado. Así que pienso, a veces la reflexión no es siempre una solución aunque sea final.

Mi hija mayor me pide siempre que le cuente pero no quiero. Sé que si lo hago estoy perdida. Bueno, es lo que pienso. Mi hija mayor dice que es al contrario. Que hay que hablar. Pero tampoco dice mucho, bueno me refiero a su vida. Como si lo que tiene que decir no fuera para una madre como yo.

A veces pienso que por lo que me pasó. A veces pienso que es al contrario. No sé qué pensar acerca de eso entonces mejor no pienso.

De hecho lo que me pasó podría volver a empezar.

Nunca nada está terminado. No de la misma manera, pero volvería a empezar, sobre todo cuando vemos a la gente dormir en la calle y cada vez hay más y volteo la cara cuando los veo, volteo la cara porque no lo soporto y aunque tengo un apartamento grande no los invito a dormir a mi casa.

A veces pienso que sería una solución, pero son muchos y cada vez más. Y están sucios, es normal, pero la suciedad me da escalofríos y es otra de las razones por las que no los invito. Sin embargo sé que después de un buen baño caliente y ropa limpia buena y una rica sopa, estarían limpios de nuevo y que no siempre han estado sucios.



Pero esa suciedad, no la puedo enfrentar. Viví eso y ya no quiero saber nada. Mucho menos verla, ni en mi casa ni en casa de nadie. Me remueve el corazón y sin pensarlo veo hacia otro lado cuando veo eso en la calle y cuando voy a ciertos barrios como donde vive mi hija en París y veo los colchones sucios

en la calle se me remueve el corazón y le pregunto a mi hija cómo puede soportarlo. Me dice que tampoco lo soporta, que intenta ignorarlo sobre todo cuando llueve y está gris. Cuando hay sol es más soportable porque los colchones parecen estar soleados y las manchas se ven menos. Es cierto pienso, un poco menos pero las sentimos de todas formas. No sólo se trata de ver en la vida también hay que sentir. Y sentir a veces, es lo peor. Menos las flores. Menos cuando se quedan por mucho tiempo en el agua y no cambiamos el agua y se nos olvidan las flores. Se nos olvidan y empiezan a oler mal. Entonces las tiramos sin remordimientos. O la carne. A veces el olor de la carne también es nauseabundo. No se debe comer en ese caso, aunque tengamos mucha hambre. No se debe comer, aunque la sensación del hambre nos torture y sea terrible.

Ahora su hambre es escasa y sin embargo sabe que tiene que comer para ganar peso y seguir con buena salud, así que hablamos durante horas de lo que le podría abrir el apetito y llegamos siempre a la misma conclusión, necesita arenque con cebolla, ya sea arenque en aceite ya sea arenque en vinagre no importa pero arenque. Lo que le gusta también son los pequeños camarones grises, pero en ensalada con una mayonesa ligera y cebolla fresca, una mayonesa bien salpimentada, si no se le va el apetito. Y también el queso blanco cremoso. No sabe qué haría sin el queso blanco cremoso y en la lista de las compras siempre está en primer lugar el queso blanco cremoso.

A mí también me gusta el queso blanco cremoso pero de tanto mencionarlo ya no me gusta. Lo que me gusta, el momento del día en el que siento que tengo una vida, es cuando camino a buen ritmo a comprar cigarros. De pronto soy una persona. Una persona libre, una persona que tiene algo que hacer. Y hoy en especial porque salió el sol después de tantos días de mal tiempo.

¡ También me gusta escribir lo que pasa aunque no pase nada. Sí, ahí también siento que soy una persona que tiene algo que hacer aunque no pase nada.

Pero de todas formas pasa algo, pequeñas nada.

Suena el teléfono. Hay palabras dichas o intercambiadas. El silencio. A veces los suspiros. El ruido de los vecinos. El elevador que se bloquea. La basura que hay que bajar y más palabras dichas y penas intercambiadas.



Por lo pronto mi hermana está aquí. Hace mucho tiempo que no la veía pero ya se va. Mi hermana tiene una vida. Mi hermana entiende el placer de vivir. La miro y me pregunto cómo lo hace.

Entiende el placer de vivir desde que nació. Y sus pequeños ojos cafés y dulces. Su piel también. Es redonda y sonriente.

Salvo a veces cuando se enoja. Pero se le pasa enseguida. Cuando se enoja, se enoja al instante porque algo le molestó. No espera años como yo. Yo espero años antes de decir que algo me hizo enojar y me hizo sufrir horriblemente. Y además necesito un pretexto. Un pretexto que no tenga nada que ver. Entonces me enoja. Cuando me enoja tengo la sensación de que es terrible, que grito, incluso aúllo y que el mundo a mi alrededor va a explotar. Que alguien va a morir a causa de mi ira. Sí, mi ira es inmensa cuando se instala. Me hace daño y la mayoría del tiempo se me queda atravesada en la garganta.

Y cuando digo ves cómo me enojé, ves cómo grité fuerte, entonces L. se ríe. ¿A eso le llamas gritar? Sí. Y L. se ríe más fuerte y me gusta verla reír. Tiene un gran sentido del humor salvo cuando la quiero hacer reír. Eso no funciona para nada. A veces incluso la hace enojar y entiendo por qué. Detesto cuando la hace enojar y yo ya no sé qué hacer conmigo entonces no hago nada y me hundo. Nunca le he gritado a L. salvo dos veces, pero estaba intoxicada. No me daba cuenta pero estaba intoxicada mientras pensaba que justamente me estaba liberando. Pero no nos liberamos cuando estamos intoxicados, lo creemos y durante algunos minutos, algunas horas, algunos días a veces, tenemos una sensación extraña de libertad. Y luego desaparece y nos preguntamos si realmente era necesario romperle el corazón a alguien para disfrutar del sentimiento de libertad por unos segundos. Ahora a eso lo llamo libertad ilusoria.

Cuando no importa puedo gritar un poco incluso si en el fondo no tiene importancia, y me siento orgullosa de haber podido gritar. Pero cuando importa entonces la ira se queda dentro de mí y me agota. Se vuelca en mi contra y me agota tanto que permanezco en cama varios días preguntándome por qué estoy tan cansada y entonces tomo vitaminas. Me digo que debe ser a causa de mi anemia. He llegado a ir al médico y me recomienda hacerme estudios de sangre y ya nada funciona en mi sangre y siempre me pasa lo mismo pero el médico me receta unas inyecciones. Le pregunto si no debería cambiar toda mi sangre. Dice que no. A veces dice que tengo que pensar, no se cambia de sangre así nada más y aunque le cambiaran la sangre la suya volvería, y de pronto me siento tranquila. En el fondo no me gustaría que me cambiaran de sangre.

No sé por qué me aferro a mi sangre. Es un sentimiento oscuro y no me gustaría sacarlo a la luz. Estoy segura de que si lo sacara a la luz sacaría algo que no me gusta de mí, así que dejemos todo eso en la oscuridad. Más vale y por muchas otras cosas también más vale dejarlo en la oscuridad. Sin embargo, a veces pienso que hay que buscar la verdad pero cuál. Es muy importante. Se siente en los libros y en las películas cuando hay verdad. Incluso cuando permanece oscura, sobre todo cuando permanece oscura. Cuando permanece oscura y sentimos que hay verdad, hay algo que sucede subterránea y lentamente, a veces muy lentamente cuando la piensas, de pronto la verdad aparece y es un momento extraordinario que no sucede todos los días y es bueno, es tan bueno que de pronto nos sentimos ligeros y tranquilos.

Mi hermana parte mañana. Ya tengo miedo de su partida. Voy a estar sola cara a cara con mi madre, quien cuando puede, toma mi rostro para darme un beso conmovida, tan conmovida que me volteo. También me habla con un sentimentalismo indignante. Mi hermana y yo la detenemos. La detenemos a tiempo.

Entonces dice no me dejan hablar aquí. Pero no tenemos ganas de escuchar palabras, no sé por qué. O si reímos, dice esto, burlense de mí. Pero necesitamos reír. Incluso a carcajadas. Si no todo este manto de sentimentalismo se voltearía sobre nosotros y no sabríamos qué hacer, pero pesa.

A veces pesa por horas. Eso no nos gusta, ni a una ni a la otra. Es demasiado. Pero mi madre lo adora. Es como si hiciera existir al amor.

El amor que está ahí, no lo sé. Sin duda. Cierto amor. No lo sé.

A veces pienso, debería regalarle un perro a mi mamá. Pero no quiere por lo de la lluvia y por miedo a caerse.

Me encontré una pequeña habitación en el gran apartamento de mi madre para escribir con la puerta cerrada. La habitación está a reventar. Eso no me molesta, al contrario.

Tengo un refugio. Escribo y fumo con la ventana abierta.

No debe oler el cigarro dijo mi hermana, si no le van a dar ganas y con lo de su corazón es el fin.

Hoy, mi hermana la llevó a la estética. Fue su primera salida desde el hospital, su primera salida fue a la estética.

No podía soportar verse así tan andrajosa.

Sí, algunos cabellos peinados de esta mujer que fue tan bella. Le cuesta ya no ser tan bella. Lo entiendo. Entiendo casi siempre todo, aunque a veces no tenga ganas de entender.

Entonces me duele el corazón.

Y de nuevo a la mesa.

La comida.

Y antes de que se siente a comer declara, y qué vamos a comer mañana. Quiere decir cuando mi hermana ya no esté aquí. Pero no lo dice.

Quiere creer que no sabré hacerle de comer.

Le digo que sí sé, entonces dice que generalmente cuando vengo es ella quien lo hace y trata de darme un beso de nuevo cuando paso, y me escapo, y de inmediato me siento cruel incluso tonta. En el fondo qué importa, podría dejar que me bese, ella sería feliz.

Pero es difícil verlo así, negro sobre blanco por qué permanecí siendo una vieja cría.

Y que así no pude hacerme una vida.

Y la única cosa que salva es la escritura. Y quién sabe.

Pero cuando escribo es acerca de ella y no libera como lo imagina la gente que no escribe. No es una liberación. No una real.

En la mesa sus ojos se cierran.

Sí, la estética la cansó.

Justo después se acuesta sobre el diván. Duerme.

Tengo un bajón. Ya pasará. Mañana. Y aunque esté con el bajón no voy a contestar los mails de C. Y me creo fuerte. Y pienso no hay nada que hacer. Pero cuando no hay mails, los espero y no pienso en C. que también debe esperar. Sólo pienso en mí, en cómo llego a resistir.

Ahora, después de haber releído los mails que me mandaba en esa época y también todos los demás, me arrepiento. Pero por haber respondido honestamente.

No hago más que arrepentirme y quisiera decirle. Pero sé que es demasiado tarde y que sin duda es mejor que no diga nada y que necesito pensar en ella esta vez, y no en mí.

No hago más que arrepentirme pero sólo me arrepiento de los mails, no del resto.

Fue nuestra primera separación y debí ser firme.
Fui firme un tiempo y luego llegó a mi casa de sorpresa y no
podía decirle que se fuera. Solamente le dije qué haces aquí. Yo
no estaba contenta. Pero hizo como si nada y entró.
No debí abrirle la puerta.

Mi madre aparece en la pequeña habitación.
Ven acércate, ven. ¿Te molesto?
No es eso, tengo problemas.
Pero debes resolverlos. Sí los voy a resolver.

Me acosté.

Me escondo en un cuarto u otro y luego me da vergüenza
esconderme.

Regreso al cuarto en donde está sentada. Intento buscar
una palabra que decir. Pregunto, terminaste tu libro.

No, no puedo me duelen los ojos. Veo borroso.

Nunca debí haberle preguntado si había terminado su libro.
Debí esperar esa respuesta.

Permanezco allí unos segundos y vuelvo a esconderme.
Pero incluso escondida siento su presencia, pienso que no sirve
para nada así que de nada sirve esconderme. Mejor regresar al
cuarto en donde está casi siempre acostada, o a medias. Pero
sólo de pensarlo mi corazón se oprime.

Mi corazón se oprime, unas lágrimas. Las limpio.

Vuelvo como a un entierro.

Y una vez más tengo vergüenza.

Me dejo llevar un momento por la organización inmutable de
mi madre. Dos tres días hace bien esa organización.

Hay de comer en el refrigerador. Comemos a horas fijas en
una cocina limpia.

No como en su casa en donde nunca hay nada en el

refrigerador menos cuando excepcionalmente de pronto decide tener una vida.

Es inusual incluso cuando lo decide no siempre lo logra.

Bajar la calle, entrar al supermercado le parece una tarea casi insuperable, igual que llamar por teléfono o salir en la noche con amigos.

La mayor parte del tiempo cuando tiene una cita afuera, desde el inicio de la tarde piensa que no irá. No puedo ir. No tengo suficientes ganas. Acaba por llamar e inventar algo y dice que la próxima semana sin saber bien si llegará a la próxima semana.

A veces es muy sencillo y va, sobre todo si pasan a recogerla.

Pero la mayor parte del tiempo se acuesta, toma unos somníferos y duerme.



Sin duda es por eso que su amigo de Nueva York, en todo caso, su mejor amigo de Nueva York y quizás del mundo entero, cuando le contó de su nuevo encuentro, le dijo, es fantástico, vas a tener una nueva vida, vas a poder volver a empezar. Pero es tan joven. No importa. Acabo de conocerla y no le digo cómo.

Me da pena. Le digo que es hermosa, increíble, inteligente, así que me contesta ven, ven con ella. Sí, voy a ir.

Parece una ciruela pasa o un cordero, me cuesta trabajo decidir entre ambos.

¿La amas? Sí, eso creo. Sí, pienso que la amo.

Quizás. No lo sé.

Me escucha.

Hablo continuamente con ella.

No debí hacerlo.

Todo empezó por una conferencia acerca de la velocidad de la luz e Hiroshima. La sombra de los cuerpos muertos y tirados al piso todavía estaba allí, incrustada en los muros de la ciudad, decía el profesor de física de Niza.

Y de pronto pensé que debía intentar reproducir algo así en mi trabajo sobre las imágenes.

Era absolutamente lo que debía hacer.」

Luego mi hermana vino a visitarme desde México y me metió a Facebook.

Y así es como todo empezó.

Vi que había gente hablando de sombras, contesté.

Cuando el gran profesor salió de su clase tuve ganas de hablarle. Pero tenía un aire de alguien a quien no se le habla. Quizá si no hubiera tenido ese aire nada hubiera pasado. Quizá. No lo sé. Quizá sólo usé ese pretexto para hablarle a alguien que no conocía. Pero lo creo. La conversación fue apasionante y al día siguiente la retomé. Sí en Facebook. Intento encontrarla. Pero Facebook me dio un golpe bajo. Esa conversación ya no existe y mi memoria es de corto plazo.

En todo caso, después de un momento esa conversación se transformó. Ya no había sombras en la conversación y cada vez más hasta pronto te mando un beso yo también y yo

también. Y qué más, es todo por ahora. Por ahora sí, pero en un instante todo puede cambiar y escribía tiritando con todo mi corazón y esperaba a que se despertara. Me quedaba frente a la computadora y de pronto veía aparecer un pequeño punto verde junto a su nombre del lado izquierdo de la pantalla y empezaba de nuevo. Era apasionante y conmovedor y rápido. Y todo iba más y más rápidamente. Y estaba feliz. Tanto, era increíble. Eso pudo haber continuado así, sólo escribiéndonos. Hubiera podido y seguramente hubiera sido feliz toda mi vida, pero un día tuvimos ganas de vernos. Y hubiera podido quedarse en las ganas y escribirnos continuamente sobre las ganas que teníamos y por qué. Estaba tan feliz y por supuesto que era suficiente pero la sentía dentro de mi cuerpo y por todos lados estas ganas de verla y ella también. Nos decíamos cómo nos íbamos a besar si nos veíamos y sentíamos los besos y hubiera podido ser suficiente. Revivía. Me levantaba impaciente y me llenaba con las palabras intercambiadas, me acostaba compartiendo palabras y canciones y poemas que me mandaba y pensaba que a los quince años se mandaban poemas y canciones y escuchaba las canciones y cantaba, sobre todo *My Funny Valentine* y *Bang Bang*. Canciones tristes que cantaba a todo pulmón.

Cantaba canciones sin parar y hubiéramos podido dejarlo ahí y mi corazón latía y mi cuerpo estaba vivo. Estaba tan feliz. Me pregunto incluso si alguna vez fui tan feliz y cada vez más una o la otra decía, tengo ganas, tengo ganas, tengo ganas de verte.

Un día sucedió.

Me escribió y me dijo voy a ver si tengo dos días libres la próxima semana para ir a verte. Pienso que sería lo mejor para nosotras dos. Ya no veas a tus nuevos amigos de FB si no me pongo celosa. No, lo digo de broma.

Te mando un besote.

Debí tener cuidado pero pensé que solamente era su humor y me reí. De haber sabido.

De último minuto, no vino por razones de salud. Y me sentí ligeramente aliviada. Tenía un quiste en el lugar equivocado.

Le pasaba a veces.

Estaba ligeramente aliviada sin saber por qué, pero sin duda ya lo sabía.

Después me dijo, ven tú. Dije que sí y luego dije que no. Estoy mal. No lo soportarías. Ella dijo que sí, que soportaba muchas cosas y que mi mal lo soportaría también y muchas otras cosas. Debí desconfiar que cuando alguien afirma algo así tan tranquilamente no siempre es cierto, sobre todo por el muchas otras cosas.

Y luego alguien me dijo, ve qué es lo que arriesgas. Fui a Inglaterra. Allí vivía. En la segunda zona de Londres. Un barrio en donde todo se parecía.

No debí haberlo hecho.

Hoy mi madre se despertó sollozando. Sollozos que hacen vomitar el alma. Casi gritos. Pensé que así debía ser el relinchar de un caballo. Pero no conocía bien a los caballos. Casi no conocía a la naturaleza y pensaba que tenía que ir. Pero no sabía bien a dónde.

Sabía bien que esos sollozos eran mi culpa. De hecho, tenía la impresión que todo era siempre mi culpa incluso si no era cierto. Pero esta vez era cierto. Ya no aguantaba estar allí, me escondía, le huía y ella lo sentía.

Así que hice un esfuerzo de amabilidad y ternura y casi se calmó.



Di la vuelta a la manzana con ella, tomándola con firmeza del brazo.

Sus piernas temblaban y avanzamos despacio. Era el primer día de sol y hacía siete semanas que no había salido.

Al cabo de unos pasos las dos nos sentamos en una terraza al sol. Era en un cruce y había muchos autos que pasaban. Puso su rostro al sol, cerró los ojos. Estaba hermosa, estaba feliz.

Dijo, hace bien, está rico. Necesitaba tanto el sol.

Sí hace bien, dije.

El sol pegaba fuerte y empecé a sudar y a desesperarme del cruce y del polvo. Pero ella no sudaba, se bebía al sol.

Llevaba sus lentes de sol porque el oculista se lo aconsejó a causa de la sequedad en sus ojos. Hacía siempre lo que los médicos le aconsejaban. Pero veía que sus ojos estaban cerrados y su rostro volteado hacia el sol de Bruselas.

Le dije vámonos. Me respondió cinco minutos más.

No dije nada, esperé. Esperé que pasara el tiempo.

Al fin, nos levantamos y ella, aún con sus piernas temblorosas y yo sudando, regresamos.

En el hospital, fui a verla porque se había caído de la cama durante la noche, el año después de la cirugía del corazón que

había salido bien a pesar de todo, aunque fue terrible, después de esa cirugía, ya no recuerdo cuándo, todo se mezcla, se cayó de la cama y tuvo que ir una vez más al hospital, ahí me dijo de un modo tan violento que casi me desvanezco, no puedo verte con una camisa sucia, me dijo, te voy a golpear, cerrando su puño y llevándolo hacia mí como si realmente fuera a darme un golpe.

Pensé entonces que seguramente tuvo que contener esa violencia durante tantos años. Que todos esos besos que me había dado o arrancado estaban ahí solamente por eso. Que la avergonzaba. Yo, mi ropa descuidada, mi cabello mal peinado, todo eso la avergonzaba, le hacía daño. Iba demasiado en contra de lo que le daba seguridad. Un mundo plano. Muy plano, sin camisas no planchadas ni malas sorpresas.

Tenía ganas de darme un puñetazo y lo decía. Estaba contenta sin realmente saber por qué pero sentía que algo verdadero había sucedido. Pensé que me caía pero estaba contenta.

Fue bueno, lo sentía bien. Sonreí. No delante de ella, sino después.

Las noticias acerca de mí, de mis películas, compensaban un poco, pero no del todo. Recortaba los artículos del periódico y los guardaba. Pero si sólo estuviera bien peinada sería mejor. Sí, realmente mejor.

Esos zapatos ya no los puedo ver decía a veces, cuando llegaba con zapatos viejos.

Ni esa chamarra.

Y en un restaurante cuando metía mi dedo en la salsa creía que iba a explotar.

Le decía déjame tranquila. No, no te voy a dejar tranquila.

Tenía tantas ganas de meter mi dedo en la salsa. Además, en el restaurante, justo en la esquina, había unas personas conocidas y los abrazaba con locura.

Y luego me hablaba de ellos. No, no acerca de ellos. Más

bien del hecho que la querían y que la habían conocido de joven cuando era tan bella.

Esas personas eran viejas como ella. Unos viejos judíos bien vestidos y con mejor salud que ella.

No eran sobrevivientes. La mayoría de las mujeres tenían mucho cabello todavía y escuchaban mejor que mi madre.

Toda esa gente le daba consejos. Lo sabían todo mejor que ella y la mayoría tenía hijos médicos que les daban consejos.

Así que esa gente estaba muy al tanto. Se sabían de memoria las historias del corazón y de la insulina y de la diálisis. Amaban hablar de eso. A veces de otra cosa pero era extraño. Terminaban por decir en un tono de médico, cuando un corazón está débil no se toma un avión para ir a México a ver a sus hijos y a sus nietos.

El cardiólogo no se lo había prohibido.

O bueno, no entendió bien lo que le dijo. Y además se lo dijo hablando de su válvula que se había estrechado, es normal a su edad.

Así que en el avión tuvo su primer ataque. Ese ataque la salvó. En el avión había un joven médico y le dijo de inmediato que tenía que operarse. Eso la salvó. Mi hermana tuvo incluso que tomar un avión para ir a buscarla.

Poco después la llevamos a un hospital en Bruselas en donde la operaron y la salvaron. Sin eso, quizás su aorta hubiera seguido estrechándose despacio y sin que se diera cuenta y hubiera sido para siempre y todo hubiera terminado. Así que tuvo suerte, mucha suerte, pero no era el fin. Un día, mientras pensábamos que todo iba por fin bien y que yo estaba allí y dormía en la habitación de al lado con la puerta cerrada escuché un trueno, una deflagración.

Me levanté y la encontré tirada en piso de espaldas, se había caído. Su cuerpo desarticulado sobre la alfombra al lado de su cama. Seguramente quería ir al baño y algo cedió en ella, y por

eso se cayó. Yo estaba horrorizada. ¿Te duele? Ella no lo sabía. Ven te voy a ayudar a recostarte. En la cama, no sentía todavía nada. Quizás no era nada después de todo.

La tapé. Le volví a preguntar si no le dolía. No, me dijo, para nada. Me volví a acostar. Preocupada pero no realmente. Pero estaba horrorizada. Pensé, la libré bien esta vez pero si le vuelve a pasar podría ser terrible. Se había golpeado la cabeza y si acaso se golpeaba más fuerte qué sucedería. Mi corazón latía a toda velocidad en la cama pero acabó por calmarse.

Una hora más tarde aullaba de dolor y la llevé una vez más al hospital. Desde ese día ya no puede usar su hombro izquierdo.

También esa semana en el hospital levantó su puño hacia mí.

Cuando mi madre era joven, yo la amaba tanto.

Ella, su juventud, su belleza, sus vestidos. Sobre todo uno de verano con líneas anchas doradas y naranjas. Resplandecía. Me llamaba para ayudarle a cerrarle el vestido y a mí me encantaba. Y luego me preguntaba si se veía bien. Sí, te ves muy hermosa. Ese vestido te queda muy bien. Por tus ojos negros.

Y le hablaba, le contaba cualquier cosa.

Huía seguido, sobre todo al mar. Me encontraban. Alguien me encontraba siempre.



La amaba. Sin embargo, no podía comer. Sin embargo, me ensuciaba todo el tiempo. Y me iba a caminar durante horas a lo largo de la playa.

También tenía un traje de baño a cuadros tipo vichy azul y blanco. Discutíamos sentadas sobre la arena. Yo quería un hermano. Lo tendrás, o una hermana.

Tuve una hermana y no me arrepiento. Pero al principio me decepcioné un poco. Muy poco. La quise de inmediato. Una verdadera ciruela pasa.

Ahora vive en México y nos conectamos seguido por skype. No le gusta C. Dice, no te hace feliz.

Sin embargo C. quisiera que fuera feliz con ella.

C. ama verme reír, ama verme amar la vida con ella.

Sucedió lo opuesto. Lo opuesto. La desgracia.

Pero eso fue en Nueva York. Antes, como nos veíamos poco, a la desgracia no le dio tiempo de instalarse. En Nueva York sí.

Le gustaba verme reír y le di lo opuesto. Yo ya no reía, lloraba. Ya no hablaba. Sólo un silencio pesado. Yo ya no flotaba. Abandonaba mi cuerpo, el suyo.

Cómo no lo entendí.

Veíamos la tele, películas, solamente películas que pedíamos. Frente a las películas llegábamos a vivir. Necesitábamos las películas para vivir. No como al principio pero vivir a pesar de todo. Y acariciarse a veces. Incluso amarse un poco. Amarse a secas. Y a veces dormir. Rara vez. Los insomnios nos tragaban. El cansancio, las lágrimas. Y las sonrisas un poco vagas, apagadas. Recuerdo tu sonrisa cuando te abrí la puerta en Londres, me dijo un día. Fue un lindo día con tu sonrisa. Sí, pero entonces ¿por qué dijiste que contuviste el vómito cuando te dije de broma, que sólo me quedaba medio perro? Sinceramente no lo entendía. No entendía nada pero empezaba a desconfiar. El silencio, yo lo instalaba. Después entendí. Si sólo tenía medio

perro, es porque el otro medio perro le pertenecía todavía a mi ex novia. Así que no me había liberado de ella como un día me lo pidió.

Desollada viva, altiva, orgullosa, tímida, entera, demasiado, y no hice más que rascar sus heridas. Me levantaba y le decía, no te amo. Ya no te amo.

No es posible.

No. Sí. No. Sí.

Te hice un hogar, dijo un día. Y era cierto y yo ni siquiera me había dado cuenta.

Sí, todos esos mensajeros que tocaban a la puerta sin parar traían cosas para hacerme un hogar y cuando tocaban yo decía, otra vez.

Ella sangraba. Yo no lo sabía. No veía nada. Ya ni siquiera su bello rostro sombrío y trágico ahora. Ya ni siquiera sus ojos cuya pupila se volvía invisible. Nada ya. No volteaba a verla. No, ni siquiera eso.

Ella examinaba cada uno de mis gestos. Estudiaba cada una de mis palabras, cada una de mis llamadas.

Me decía no me crees que sé que le llamas a tus amigas en París o en otro lado cuando te sales sola a la calle.

Contestaba es cierto pero si hablo frente a ti y digo yo también te mando un beso, es la guerra. No lo soporto.

Solamente frente a las imágenes nos abrazábamos y después platicábamos a veces hasta las mañanas lánguidas o no.

Y bebíamos café hasta que mi estómago se revoliera.

Entonces me traía té de manzanilla, con frecuencia muchas veces con un trocito de azúcar que había llegado por mensajería.

Después de su salida del hospital, ella (mi madre) no me habló más que de doctores, de los dolores y de quién vendría a recogerla para llevarla al aeropuerto.

Y quién haría sus maletas.

Ella ya no podía. Esta vez realmente ya no podía. Sus manos deformadas por la artrosis, sus pies que también empezaban. Un dolor en la cadera.

Sus ojos llorosos o no a causa de la resequedad.

Y todos los días una inyección en el muslo para sus huesos. Sin eso estaría llena de arena. Ya no sería una persona de pie sino arena acostada en una cama.

Pero iba a aguantar. Lo sabía y yo también.

No, no recuerdo bien el polaco. Decía ella a veces de buenas a primeras. Sin que le preguntáramos nada. Le pasaba simplemente por la cabeza y lo decía.

Por qué, no lo sé.

A veces también se lo preguntábamos. Pasaba que se lo preguntáramos. A veces las cuidadoras que sabían que venía de Polonia u otras personas también a quienes no se les había olvidado. Pero toda su familia que había llegado con ella de Polonia ya no estaba aquí. Todo el mundo había desaparecido de una forma u otra, así que ya no hablaba polaco con nadie. Así que ya no sabía. En todo caso no bien. Salvo algunas palabras que decía. Yo sabía que sabía más que eso pero por una razón u otra decía que lo había olvidado.

Yo apenas veo a un polaco, saco mis tres palabras de polaco y los polacos se ponen contentos pero hasta ahí, con tres palabras no se llega muy lejos y cuando veo a un ruso saco mis diez palabras de ruso y estoy feliz y orgullosa como si fuera la única persona en el mundo en saber esas diez palabras y los rusos me responden como si supiera al menos cien y los miro, hago gestos con la cabeza. Parece que entiendo algo en todo caso. Luego los rusos empiezan a hablar más rápido y enloquezco. *Y a nie paniemayou* o *ya nie rosumié*, no entiendo. Ya no sé qué idioma hablar, el polaco o el ruso, y cuando escucho a alguien

en la calle hablar hebreo es peor. Digo *chalom ma nichmah*, hola qué tal, y contestan, bien, y pasan sin ni siquiera voltear y me lastiman. Quisiera simpatizar con ellos y contarles que aprendí hebreo cuando era niña en la escuela Maimónides y que si no sé más es culpa de mi padre.

De hecho, siempre es culpa de alguien y mi padre cometió muchos errores incluso si ahora tengo la impresión de que fue un santo.

Sé que no es cierto pero no estaba equivocado, aunque me haya tomado años descubrirlo. Antes de eso, aunque todo el mundo decía que mi padre era una buena persona yo no lo admitía. No del todo. Después, sí. Para eso tuve que enfermarme. Cuando me enfermo hablo todos los idiomas, sobre todo los que ya olvidé como el hebreo. Vuelve y lo leo como si no lo hubiera olvidado. Y lo susurro a propósito. Incluso cuando no es necesario.

Y si tomo un taxi me pasa que quiero convencer al chofer cuando es árabe que el árabe tiene las mismas raíces que el hebreo y digo con orgullo *yahad*, que quiere decir uno y que en hebreo es *ehad*. El chofer del taxi no siempre se convence pero a veces sí. Así que no sé por qué pero me da mucha alegría y pataleo atrás en el taxi y veo el paisaje, el paisaje de París y me parece hermoso el paisaje. Sobre todo, cuando hay tráfico, me da tiempo de ver bien incluso si a veces estoy muy impaciente. Cuando estoy muy impaciente, hay muchos embotellamientos incluso cuando no, tengo que respirar para quitarme la impaciencia. A veces también cuando respiro, mi impaciencia crece, entonces le pido al chofer del taxi que me deje allí.

En el fondo sé que mi padre me quería, incluso si un día le dijo a su hermana en Canadá que su hija tenía otra forma de ser o era distinta. Yo ignoraba que lo sabía. Pensaba que lo había escondido bien pero él lo había entendido todo. Eso lo había hecho infeliz. Sin duda es por eso que siempre estaba

en silencio conmigo y yo también. Un silencio pesado lleno de sobrentendidos como dicen, pero los sobrentendidos habían terminado por entenderse y entonces yo tenía otra forma de ser.

De hecho, eso también era su culpa, si existe la culpa y si no también. Qué idea la de querer un niño en vez de a mí. Bueno eso me ayudaba a pensar que era su culpa porque también era culpa de mi madre y del mundo entero. Le dije un día a mi tío, si mi madre no me hubiera acariciado y abrazado todo el tiempo quizás las cosas hubieran sido distintas pero quizás no y de todas formas no importa, no tanto. Y de hecho ahora nada. Bueno, digamos que fueron demasiados cariños. Bueno, no sabemos cuando es demasiado o quizás lo sabemos pero pensamos que no es tanto, que hay peor.

Yo no pensaba que tenía otra forma de ser ni que era distinta, para nada, sólo tenía una forma de ser, una forma de ser muy mía y era mi forma de ser. Una forma de ser un poco descuidada pero a mí me gustaba. Me gustaba que los demás no se descuidaran pero yo pensaba que mi forma de ser descuidada me quedaba mejor que la cuidada. Me parecía que mi forma de ser descuidada tenía un estilo. Un estilo muy mío. Y luego se volvió costumbre y ya no pensé ni en mi forma de ser ni en mi estilo, así era y es todo. Distinta.

Bueno quizás.



Y había otras chicas con otra forma de ser y así era. Y nos amábamos y es todo. Cumplí dieciocho años en mayo de 1968. Sucedió que mi estilo se volvía algo común, y que todo se normalizaba bueno, es un decir, porque la palabra normal no me gusta. Prefiero de lejos la palabra anormal. De lejos porque dentro de lo anormal se escucha todavía la palabra normal y esa no tengo nada de ganas de escucharla.

Existen palabras así, no hay nada que hacer, se quedan atravesadas en la garganta y conozco bien esa sensación y francamente no es agradable, para nada. Así que tengo que respirar lenta pero detenidamente y al menos durante veinte minutos. Al cabo de veinte minutos si estamos realmente metidos en la respiración a veces se pasa, pero a mí me cuesta trabajo respirar así durante veinte minutos.

Cuando mi estilo se puso casi de moda, ya no valía la pena hacer comentarios acerca de mi estilo que se había convertido en la moda misma y tampoco valía la pena decirme que me pusiera vestidos que no me quedaban porque mi talle no era para vestidos. Era muy pequeña y el talle de los vestidos me llegaba a las caderas, y mis caderas no pasaban por el talle de los vestidos, eso me horrorizaba, literalmente, y decía, ya viste que no me queda, más vale que me quede con mi estilo o con mi forma de ser. Pero sí te queda, sí te queda, hay que retocarlo y te va a quedar. No, los retoques quedan mal y deambulo con cosas retocadas y se sienten los retoques y es lo peor que hay.

A veces tengo la impresión que me querían retocar a mí, quiero decir cambiarme un poco y que todo estaría bien y a veces yo también tengo ganas de cambiarme pero no serviría de nada.

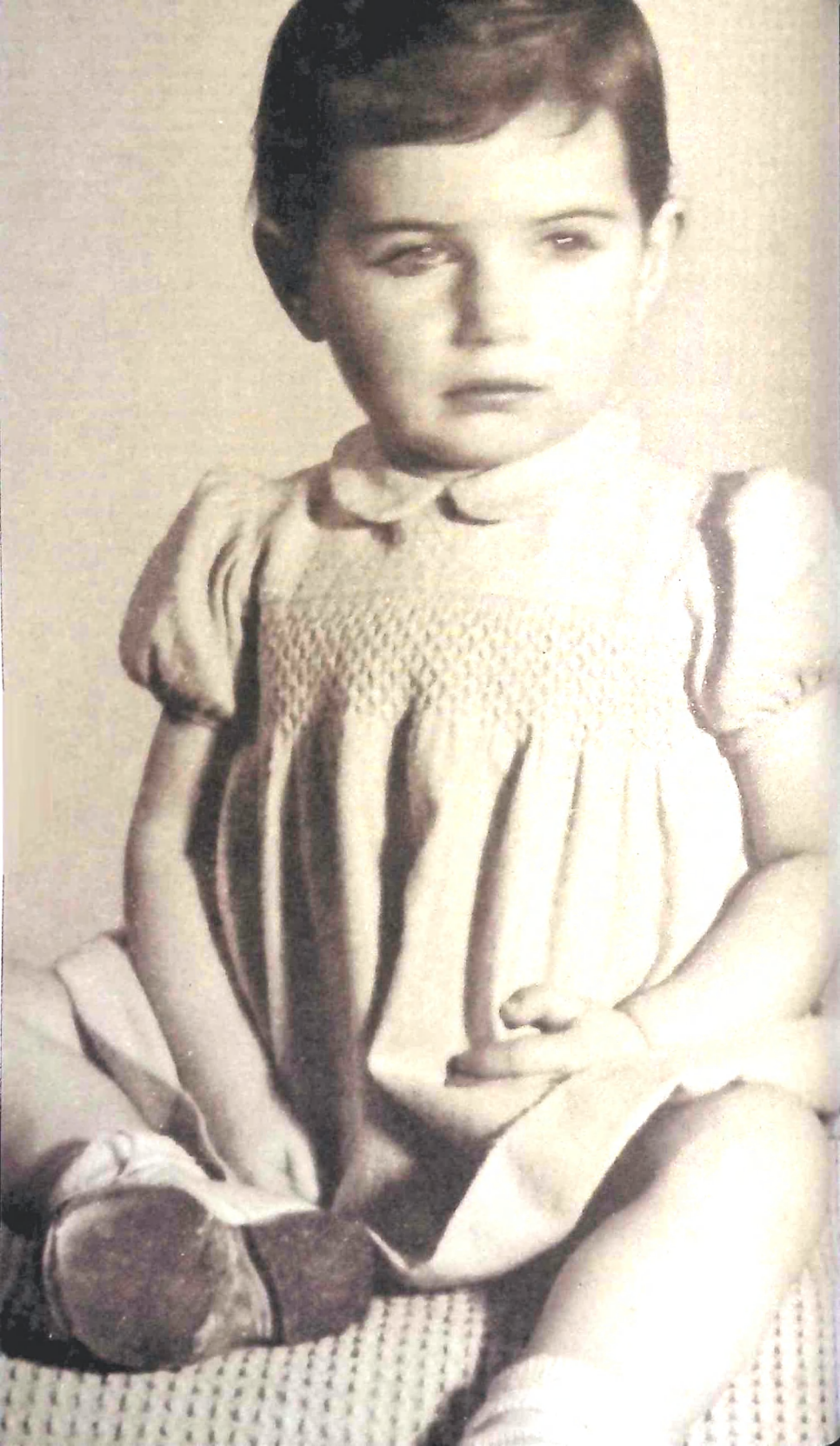
Ella repite todo el tiempo lo mismo y cuando le digo que ya me lo dijo, se enoja.

Ya no tengo derecho a decir nada aquí, me detienen de inmediato.

La próxima vez que repita algo no diré nada, pero suspiro.
Se da cuenta o no, no lo sé.

No dice nada y continua con su historia de taxi y de aeropuerto, de una mujer que tiene dinero y que está en el hospital con cáncer y un hombre que está en el hospital porque se cayó en su apartamento a los noventa y seis años cuando estaba todavía muy bien. Ahora ya no será igual. Él todavía se paseaba y comía bien.

Llueve, llueve. Sin embargo es verano.



Me preparo para su muerte. ¿Cómo le haces?, me dice alguien.
Intento imaginarme sin ella. Y pienso que estaré bien.

No por ella. Por mí. O al contrario.

Pero parece que no podemos realmente prepararnos así que pierdo mi tiempo.

Ella, ella tiene unas ganas terribles de vivir.

¿Y tú? Yo qué sé.

Dice, me engañaron en el hospital. Me dijeron que sería una pequeña cirugía insignificante y ahora entiendo que es lo opuesto. Que van a tocar mi corazón.

No te preocupes,

Suspira y dice que no.

Y luego gime sin darse cuenta.

Salgo de la habitación.

Regreso y le pregunto por qué gimió.

Gimo, pero no, no gimo.

No se escucha gemir.

Espera a la cuidadora. Siempre la espera con anticipación. Incluso horas. Y siempre se va antes cuando sale a donde sea incluso a ningún lado, incluso si ahora ya no sale a ningún lado. O muy rara vez. De hecho, se queda en casa la mayoría del tiempo. Pero incluso allí la espera siempre con anticipación. Incluso cuando no hay nada que esperar.

Me dice ven, hablemos un poco, no digas nada.

Sí hablemos un poco. ¿De qué? De todo.

Hagamos la lista de las compras.

Suspiro pero me siento de todas formas frente a ella en la cocina. Siempre sucede en la cocina.

Una bolsa de papas bien harinosas, queso blanco cremoso,

mantequilla. Y luego ya no sabe. Fruta pero la fruta no tiene sabor. Y queso blanco cremoso, ya dijiste. Sí. Pero necesito queso blanco cremoso y pan integral rebanado. Le pongo el queso blanco cremosos a mi pan tostado, un poco de sal, pimienta y es suficiente para la noche.

En la mañana también, pero le agrego un poco de mermelada. Sí. Eso también lo sé.

El tiempo se acaba.

Hacemos la lista las dos y se alegra un poco.

Regreso a la habitación en donde escribo.

Entra. Grita mi nombre. Sí.

Olvidamos algo en la lista, añade, pero ya no sé que es, lo olvidé.

Y digo en automático, verduras picadas para la sopa.

Sí, eso es. Necesito siempre una sopa a medio día. Sí.

Mientras tanto perdí el hilo.

Y tengo que escribir.

Cuando escribo escucho menos gemidos.

Todos los días hay una cuidadora distinta.

Cada una tiene su especialidad. Cada una prepara algo de comer de su país y mi madre se alegra. Se alegra el día del couscous. Se alegra el día del plato boliviano. Se alegra. Y cada vez dice se come bien en tu país. Lástima que nunca iré. Antes iba a otros países sobre todo para ver a la familia. El país no contaba realmente. Mi hija viaja mucho por todos lados para mostrar sus películas.

Incluso ha ido a Japón. No me lo platicó. Solamente dijo es lejos. Y de Camboya, sólo me dijo que era hermoso. Si embargo, estoy segura que hay mucho que decir acerca de Camboya o Japón, pero no dijo casi nada. Salvo que en Camboya le pegó un virus del cual todavía no se deshace. Y en cuanto a China, dijo que solamente fue ocho días. Ahora es moderno y hay imágenes enormes por todas partes. Incluso en los barcos proyectan imágenes y me mandó un video. Era un video de

noche y todo lo que se veía eran imágenes que se movían sobre los barcos que flotaban y había mucha música. Le dije eso debe ser alegre. Me dijo no uses esa palabra. La música es alegre, crea un ambiente. Sí, puede ser.

En fin, en China agarró una lombriz solitaria. Me pregunto qué es lo que comió. Nunca se cuida así que todo el tiempo le suceden cosas como la lombriz solitaria o un mugroso virus, como en Camboya. Le habían dicho que no nadara en el río y sin embargo lo hizo. Y además se pegó en la cabeza y se torció el pie. Le dijeron que llevara zapatos altos pero seguramente se le olvidó.

Siempre ha sido así con ella.

En cuanto llegan las cuidadoras mi madre deja de gemir.

Eso lo guarda para mí o para ella sola ya que no se da cuenta de nada.

Cuando hay gente los gemidos se detienen.

Y yo revivo.

En la mañana cuando me despierto voy al umbral de la puerta de su habitación para ver si sigue respirando.

Respira muy fuerte y con dificultad pero sigue respirando.

Su cuerpo es tan pequeño, tan raquítico y envuelto en su edredón. Me duele el corazón. Antes no era así pero así es y pienso eso pasa, sin duda a mí también me pasará.

Vuelve a hablar en su sueño. Dice, oh no, oh no. Varias veces. Y luego da una especie de grito. Y se calma.

Me alejo de ella. Voy a encerrarme a otra habitación más lejana. Pero todavía la escucho.

Siempre deja la puerta de su habitación abierta.

Voy a cerrarla.

Es mejor.

El ruido que hace al dormir se atenúa.

Pienso una vez más que me tengo que preparar para su muerte.
No creo que vaya a morir pero me tengo que preparar.

Intento sentir lo que sucedería en mí y eso pasara.

No siento nada.

Quizás estoy lista.

Quizás no siento nada porque no lo creo.

A veces entra a la pequeña habitación en donde escribo, me escondo, la evito, entra sin avisar gritándome algo. Pienso que la voy a matar.

Sería fácil. Y en el fondo qué me lo impide.

Yo misma me lo impido.

Y pienso que entra porque necesita contacto y la entiendo. Sí entiendo ese tipo de cosas. Siempre necesitó tener contacto. Así es ella y en el fondo está bien.

Creo que está bien, está muy bien.

Le gusta decir cómo está y le gusta decir que está bien. A veces escucho por teléfono que no está bien pero primero dice, estoy bien. Cuando le digo tu voz suena extraña, contesta estoy cansada. Le digo siempre te cansa el cambio de estación. Entonces hablamos de las estaciones. Pienso que no debería quedarse en Bélgica durante el invierno, es muy mala época pero ahora ya no tiene fuerza para viajar y la entiendo.

Salí una hora con un amigo.

Cuando volví me dijo te llamó L.

Bueno, le voy a regresar la llamada.

L. me dijo tu madre piensa que la evades, que te sientes encarcelada.

Mi madre tiene razón. Lo entendió. Lo entiende todo.

¿Realmente usó la palabra cárcel?

No, dijo otra cosa, no sé qué, pero quería decir cárcel, en todo caso eso entendí.

Comencé a leer una novela policíaca para pensar en otra cosa. Pero la historia no me atrapó. Sucedió en la provincia francesa. Las calles estaban húmedas. Prefiero cuando sucede en Los Ángeles. Es más grande pero no sólo eso. Hay asesinatos, coyotes, *highways*. El calor.

Es más grande. Se suda menos.

Logro abstraerme. Logro ya no escuchar sus gemidos.

Una prima llama de Canadá y me habla de lo duro que es ocuparse de nuestros viejos padres. Mi garganta se cierra. Apenas le puedo contestar que sí. Y pues no es el momento, inaudible. Hablaremos en otra ocasión.

No escucha, lo repito un poco más fuerte, hablaremos en otra ocasión.

Esto da la vuelta por toda la familia.

Y todos dicen, hay que meterla en una casa de retiro.

Ahora están muy bien, de hecho, se llaman señoríos e incluso se internan viejos ministros.

Digo, ya veremos.

Pero sé, es sabido, no irá.

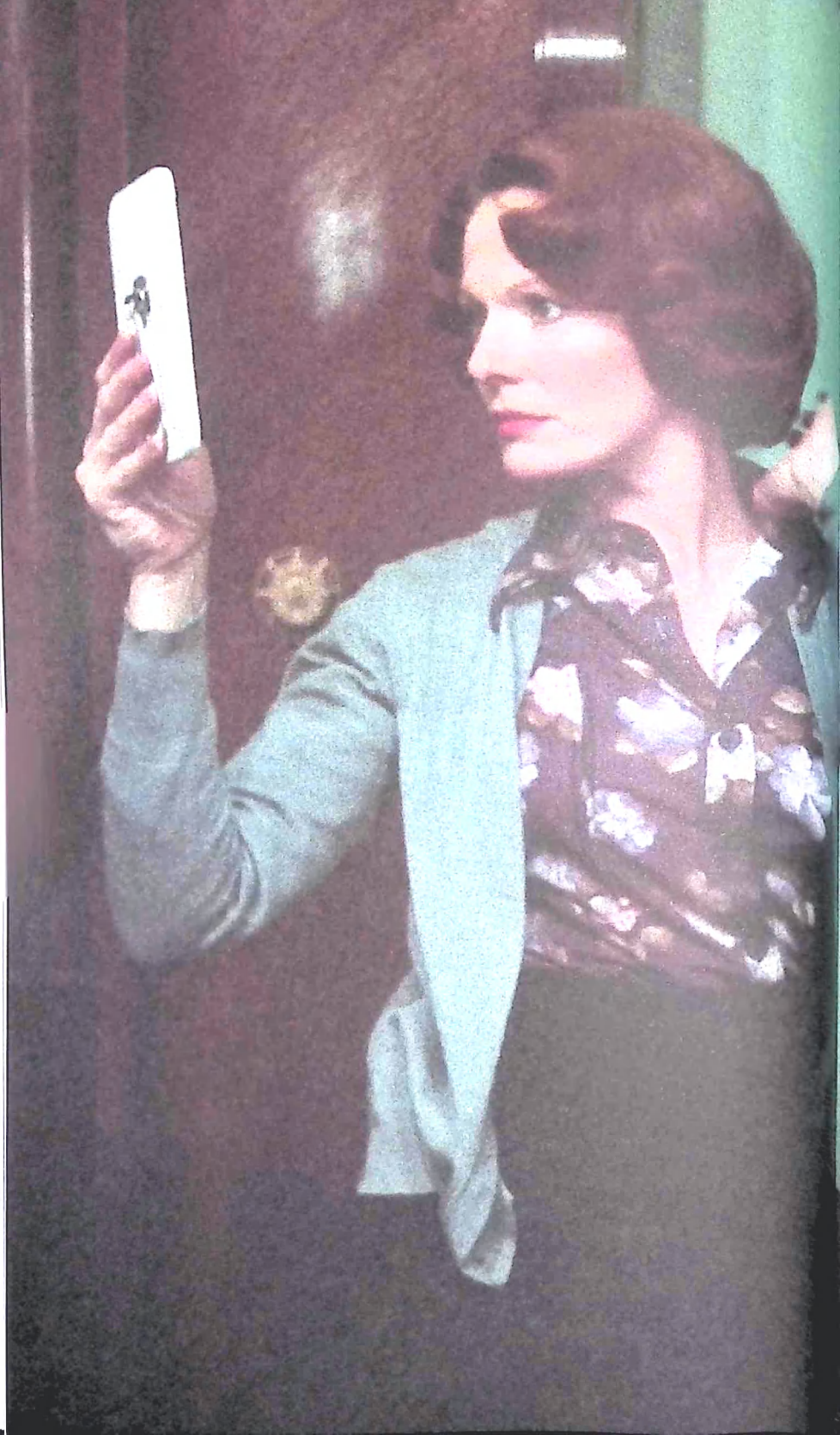
La miro y sé que no hay manera.

No va a querer y no irá. No hay manera. Mi madre, ese bulto de huesos, todavía se siente una persona y para ella, los señoríos existen para deshacerse de la gente, son para la gente que espera la muerte.

Ella no la espera. No la quiere. No hay manera.

Además no quiere dejar su apartamento.

Le gusta su apartamento. Desde que lo vio, le gustó. Y desde entonces le gusta y cada vez más. Es la primera vez que tiene un apartamento tan bonito con muchas habitaciones así





puede recibir a los niños cuando a veces vienen. Le gusta todo de este apartamento.

La cocina tiene que estar bien limpia.

¿Pero qué quieres entonces de esta pobre cocina? Está limpia.

Sí, pero tiene que estar muy limpia.

Entonces saco un cigarro y me salgo a fumar a la terraza. Las cenizas caen en el jardín de los vecinos, los de la planta baja.

Después de una frase que termina en “muy limpia”, sólo eso me salva, fumar un cigarro en la terraza.

Y la vuelvo a escuchar decir muy limpia, reluciente, impecable.

Y sé que todavía habla de la cocina. No escucho a los niños que juegan en el jardín, yo también me siento como sorda cuando ella dice muy limpia.

Se sostiene más o menos derecha frente a esa cocina porque desde el hospital parece un títere y mira su cocina.

Los amigos llegan. Platicamos. Te vas a recuperar. Claro que sí.

Ya estás mejor que la semana pasada.

Es gracias al estilista. Sí, ayuda. Los tres cabellos fueron repartidos sobre la frente. Rejuvenece. Lo empeora.

La primera salida fue allí, a treinta metros de la casa pero como apenas podía caminar mi hermana la llevó en auto y la fue a recoger. Es un estilista facial. Ahora ya cambió de estilista y éste le aconsejó que dejara crecer su cabello y cuando vuelve del nuevo estilista queda realmente muy bien.

Sí, volvió peinada. La peluquera había logrado esconder que ya no tenía más que unos cuantos cabellos sobre la cabeza. Me pregunto cómo lo hizo pero el hecho ahí está.

Así que permitió que viniera una persona u otra en la tarde a tomar café sin pena. Bien peinada.

Mi hermana servía el café y pastelitos. Ella ponía la mesa porque mi madre todavía estaba muy débil.

Y a mí me daban a entender que era mejor que no hiciera nada si no sería una catástrofe. Una verdadera catástrofe. Como romper una taza, voltear, manchar el mantel, caerme con la charola o algo peor.

Y volvemos a empezar, pero claro que estarás mejor. Sólo necesitas descansar.

Y una y otra pregunta, cuándo es la cirugía.

En cuatro semanas.

Cuatro semanas, una de ellas exclama. Todas saben que nunca se sabe, que quizás no aguante cuatro semanas.

Y todo el mundo suspira. Todo el mundo sabe que todo puede suceder en cuatro semanas incluso dejar de respirar.

Ayer me dijo por teléfono, pesa este tiempo de espera.

Pesa de verdad. Quisiera que fuera mañana.

No le dije que después, si sobrevivía, también sería pesado. Pesados diez días en el hospital. Y pesadas todas las semanas para recuperarse, se dice rehabilitación.

Pensé en no estar aquí.

No quiero estar aquí para ayudarle a recuperarse.

De hecho, no le ayudo. Me lo dijo, me haces más mal que bien. Vete a tu casa. No lo dijo exactamente así pero en el fondo es lo que quería decir, en todo caso es lo que entendí.

A veces entiendo todo al revés pero no siempre. También dijo, y de eso estoy segura, siento que estando aquí me huyes y que te exaspero. Dime si te exaspero y le dije que no, no es eso. Pareciera que realmente quiere saber. Tiene un tono que nunca había escuchado.

Cambia, mi madre. Yo no. No le digo que me exaspera, no

tengo la costumbre de hablarle así a mi madre. Creo que nunca lloré o grité cuando era niña o incluso después. No quería o no podía y creo que fue por lo que le sucedió a mi madre antes de mí.

Sólo le digo, tengo algunos problemas y decisiones que tomar y estoy dudando.

Tómalas, no dudes. No, le digo.

Y no logro escribir.

A eso, no te puedo ayudar, no soy escritora.

Un día, mucho tiempo después en México, luego de salir del hospital mexicano, en donde permaneció semanas, mi hermana me dijo, pero no le interesa nada y todo lo que hacemos por ella nunca es suficiente.

No, no le interesa nada y todo le duele, eso es lo que le interesa y la entiendo. Aunque no sea interesante, es interesante de todas formas. Está paralizada por los reumatismos, le duelen las manos, la espalda, los hombros, los ojos, la panza. Su panza está hinchada, hay aire en su panza. Ya no digiere. Está débil, apenas logra caminar. Le ayudamos a bañarse.

Le gustaría tanto meterse a la tina pero ya no puede, no podría salir de la tina.

Antes se metía a la tina todos los días y eso la relajaba, después por un momento se sentía mejor.

Ahora todo eso ya se acabó y por siempre. Antes, hace no mucho tiempo, fue antes de ese viaje en *business* a México para ir a la boda de su nieta.

Fue después de la cirugía y el médico le dijo ahora puede viajar y caminar. Caminar es muy importante. Todo el mundo se lo dijo. Pero después de la cirugía se cayó de la cama, fue un año después, y ya no podía meterse a la tina.



Después de la boda, fue el fin. Después de la boda, entró al hospital en México durante semanas.

Allí, todo debía terminar.

Mi cuñado me llamó a Nueva York para que fuera a decirle adiós a mi madre. A Nueva York porque ahora vivía allí con C.

Me había mudado de nuevo para tener otra vida. Le dije voy. C. me preguntó si quería que fuera conmigo. Le dije no, no es el momento. En otra ocasión. Pero nunca fue el momento y C. nunca fue a México a casa de mi hermana.

Fui al banco a sacar dinero y allí, delante de la cajera, me salieron lágrimas de los ojos. La cajera, que venía de Sudamérica, me miró con gran ternura así que le dije son por mi madre. Me consoló y me sentí mejor. Me dormí en el avión.

Sin embargo, me pregunté por qué tanta ternura de alguien desconocido podía tranquilizar de ese modo.

Mi cuñado fue a buscarme al aeropuerto. Lo vi de inmediato entre la gente que esperaba. No pude leer en su rostro si todavía ella estaba aquí. Nos abrazamos y me dijo vámonos.

Condujimos en silencio. Yo tenía frío. No había tráfico.

Era de noche. Estaba realmente oscuro. ¿Quieres que ponga la calefacción? Si quieres. No, no la pongas.

En el hospital tomamos el elevador o quizás no. Ya no sé. Quizás era en la planta baja, no logro recordarlo.

Nos encontramos frente a una mujer que dijo, no pueden entrar de inmediato. Está prohibido. Tenía que llamar para que nos autorizaran.

No lograba comunicarse con alguien por teléfono y quería absolutamente que la esperáramos. Pero nosotros ya no podíamos más. Dábamos vueltas frente a ella y mi cuñado le pidió varias veces que llamara de nuevo. Todo el tiempo decía en cinco minutos.

Finalmente, las dos puertas se abrieron automáticamente para dejar salir a alguien de urgencias. Nos deslizamos a escondidas por el pasillo. La mujer gritó. No le hicimos caso. Dimos vuelta a la izquierda en otro pasillo. Estábamos perdidos. No había nadie. No sabíamos qué hacer. De pronto mi cuñado encontró la habitación en la oscuridad. Tiene un sentido de la orientación increíble incluso en la oscuridad. Primero tuvieron que ponerle una mascarilla, o después, ya no me acuerdo. Tubos por todas partes. Cables. Computadoras que parpadean. Una mascarilla de oxígeno.

Cuando me acerqué a su cama, abrió un ojo, estaba viva.

Todavía estaba viva. Fue en ese momento que me dijo fuiste agresiva conmigo. Mi cuñado me miró, dijo está delirando. Yo sabía que no estaba delirando.

Al contrario, decía la verdad. Sin decir te amo. El momento había llegado. Ya se me habían olvidado algunas otras veces en Bruselas. El puñetazo, el me huyes, el me haces más mal que bien. Se me habían olvidado todas las otras veces que sin embargo me habían permitido respirar de pronto.

Se me habían olvidado pero después me acordé y estaba contenta.

Mi madre decía la verdad. Yo estaba terriblemente contenta. Pensaba está cambiando y si llega a sobrevivir, ya no será la misma y yo tampoco. Bueno quizás.

Ya no sé qué le respondí.

Sin duda hasta mañana porque me iba a quedar en México unos días y seguramente iba a regresar a verla al día siguiente.

No quise contestarle a lo que me decía honestamente. Pude haberle dicho es verdad, fui agresiva, pero no era el momento. En el fondo debí haberlo hecho.

Creo que de todas formas bajé la cabeza.

Nos quedamos un instante en silencio.

Y luego mi cuñado me dijo ven.

Sus ojos se habían vuelto a cerrar inmediatamente después de haberme hablado.

Pero respiraba bajo su mascarilla de oxígeno. Respiraba tranquilamente.

Debió haberle hecho bien decirme, fuiste agresiva conmigo.

Parecía en paz.

Estaba viva. Hasta cuándo, no sabíamos.

Al día siguiente la cambiaron de habitación. Ya no estaba en urgencias sino en terapia intensiva.

Mi hermana habló con los médicos en español. No decían nada. Hacían lo que podían. Solamente decían está débil. Seguramente para que no esperáramos, no todavía, era demasiado pronto. Los mirábamos a los ojos para ver si intentaban escondernos algo.

Pero estaban acostumbrados y sus ojos no decían nada.

En la casa de mi hermana la vida seguía. Así es siempre, la vida sigue. Mi hermana dijo va a salir adelante. Sí, probablemente. Es fuerte, es muy fuerte, no quiere morir. No. Y al día siguiente, estaba todavía allí, viva.

Un día dijo tengo ganas de ir a Italia. Quisiera comprar manteles nuevos. Nos hacen falta manteles. En Italia los venden en la playa.

Después preguntó por qué los doctores no hablaban francés. Así es acá, mamá, estamos en México. Hay que decir *gracias*.

Repitió *gracias*, varias veces antes de volverse a dormir teníamos la impresión de que no entendía lo que estaba diciendo.

Así que mi hermana me dijo, y si vamos a tomar un café. No sirve de nada quedarnos aquí.

En el restaurante de la clínica, un restaurante lleno de luz, pedí un omelette, un jugo de fruta y un pastel, tenía unas ganas espantosas de comer. Pero cuando llegó el omelette sentí náuseas. Mi madre siempre decía tienes los ojos más grandes que la panza. Pero esta vez, fue mi hermana quien lo dijo y luego agregó toma un poco de agua y nos vamos. A dónde, pregunté. A la casa. Regresaremos más tarde, dijo mi hermana. Sí, más tarde, dije. Va a vivir, ya lo verás dijo mi hermana. En el fondo por qué no, pensé, sobre todo si ya está pensando en los manteles de Italia. ¿Por qué piensa eso? Es la morfina dijo mi hermana. No lo sabía. Pensamos en muchas cosas bajo el efecto de la morfina me dijo mi hermana. Lo recuerdo a causa de mis dientes. Bueno dije, pero realmente no veo qué tienen que ver en todo esto los manteles de Italia.

Ni a qué le decía *gracias* pero lo decía.

Mi hermana contestó, fue feliz en Italia así que se acuerda. Todo el mundo, todos los amigos estaban vivos todavía y estábamos todos juntos aunque en esa época papá no tenía mucho dinero y fue nuestro primer viaje fuera de Bélgica.

Yo también recuerdo ese viaje a Italia, miraba todo el tiempo por la ventana para ver si no aparecía P. P. fue mi gran amiga de la escuela. No sé por qué lo hacía yo sabía que P no iba a Italia.

Va a vivir, repitió mi hermana, dije sí te creo pero de todas formas no estoy lista. ¿Pero qué haremos si es el caso?
Vamos a tener que enviar el féretro a Bruselas. Las dos suspiramos. Vente vámonos.

Cuando llegamos, el perro nos recibió muy entusiasmado.
Corría por todas partes, un verdadero trompo.

Lo tomo y río. Es un perro que hace reír.

Un perro tan pequeño, un Pomerania, hace reír.

Así que mi hermana también se ríe. Incluso las sirvientas se ríen.

Todo el mundo ríe. Ya nadie sabe por qué.

Lloramos de la risa.

La mesa está puesta.

Mi hermana no puede más.

Nadie puede más. Todo está en silencio.

Pero mi hermana tiene ganas de divertirse, de invitar gente. Mi hermana quiere ruido.

Mi sobrino tiene ganas de salir. De bailar toda la noche de beber y quizás conocer a una chica y besarla toda la noche.

Tengo ganas de ser como él o como mi hermana pero no lo logro así que me voy a tomar un somnífero.

Mi hermana dice, ya. No tomes hoy. Quédate con nosotros. No tomes. No tomes y abrazo a mi hermana.

Mi sobrino pregunta cómo está su abuela. Mi hermana dice aquí sigue, habla de los manteles italianos y dice *gracias*. Cree que está en Italia, dice mi sobrino. Le gusta Italia, me lo dijo.

Me dijo que prefiere Italia a México y que si viviéramos en Italia ella hubiera ido a vernos más seguido y se hubiera sentido menos lejos. Se siente lejos de toda la gente que quiere y le hubiera gustado que nadie se fuera tan lejos. Ahora todo el mundo está lejos. Están por todos lados, la familia está en todos lados, ya casi no queda nadie en Bélgica. Hay unos primos en Miami Beach frente a las palmeras, otros en Los Ángeles, frente al mar, otros en Toronto en los suburbios, otros en África del Sur o en otros lados. Otros en Israel. Incluso le perdimos la pista a algunos.

Nos preguntamos en dónde están y si están vivos. Claro que sí. ¿Por qué no? Solamente les perdimos la pista.

Mi sobrino preguntó por qué no los buscábamos.

Mi hermana contestó que no sabíamos cómo.

Podemos contratar a un detective privado. Sí, podemos. No lo hacemos porque sabemos que es inútil pero no lo decimos.

Un día mi madre me contó sobre su primo y su madre que su madre era muy moderna y que un primo había llegado a vivir con ellos, un primo mayor, iban juntos al gimnasio. Mi abuela encontró a su hija, mi madre, llorando en la cocina. Mi abuela le preguntó por qué lloraba así, debió tener diez años, porque quiero a mi primo. Estoy enamorada, me duele. Mi abuela le dijo que todos querían al primo, es maravilloso pero es tu primo. Ves cómo era moderna. Yo no entendía, pero decía sí, entiendo. Y pregunté qué le había pasado a ese primo. ¿Desapareció como todos los que se quedaron allá? Suspiró. ¿Piensas todavía a veces en tu primo? Sí pero lo menos posible. Si no me pongo a pensar en todos los demás. Teníamos una gran familia allá en Polonia, sabes, una familia muy grande. Era como antes. Teníamos familias muy grandes. Seguramente por eso tu padre hubiera deseado un tercer hijo. Yo no. Ya tenía dos hijas y era suficiente, sobre todo contigo que me dabas tantas preocupaciones. Sin embargo, eras una niña linda y bella con tus ojos azules. Todo el mundo se detenía frente a tu carriola y miraba tus ojos. Y te hacían cumplidos. Pero un tercer hijo, no. El parto fue algo terrible y después también fue difícil, sobre todo contigo que no querías comer y gritabas en la noche a causa de tus pesadillas.

No querías contarlas por la mañana mientras que a mí me encanta contar mis sueños. Con mis sueños tengo la sensación de vivir una doble vida. A ti, cuando te pedía que me contaras tus sueños o tus pesadillas decías que no te acordabas pero sabía bien que te acordabas porque te veías asustada, pero decías yo no sueño, no es mi estilo.

Durante el día ya no tenías pesadillas y corrías por todas partes, sobre todo a la hora de comer.

Decías, no quiero comer porque no pasa por mi garganta.
Lo único que sí querías comer y no siempre, rara vez, eran
las albóndigas en salsa de tomate con pasta.
Te las embarrabas por todos lados y tenía que cambiarte.
Tu hermana comía, pero muy lentamente. Le tomaba horas
acabarse su biberón. Pero se lo acababa. Y dormía bien, así que
me preocupaba menos.



Voy a verla dice mi sobrino. No la canses, está luchando. Necesita todas sus fuerzas. ¿Alguien quiere venir conmigo?

Iremos más tarde.

Más tarde, cuando fuimos, discutía en su sueño. Hablaba, pero no entendíamos nada. Palabras, frases incoherentes. Mi hermana dijo, de nuevo es la morfina. ¿Por qué le dan tanta morfina? ¿Qué le duele? No lo sé, todo.

Mi hermana la quiere sacar del hospital, piensa que no sirve de nada y que estaría mejor en casa. Se lo dice al doctor que pasa deprisa.

El doctor dice que sí, sirve de algo y que si la sacamos se va a morir.

¿Y aquí? Aquí quizás no, dijo el doctor en español. Está reaccionando bien a los antibióticos. ¿Pero por qué delira? Por qué, así es. ¿Va a ser así siempre? No, es momentáneo, dice el doctor.

Está soñando, es todo.

El doctor quería irse porque una mujer había sido atacada.

Mi hermana preguntó, ¿es grave? El doctor dijo que no creían poder salvarla pero nunca se sabe. Sucede a menudo. Así es. Parecería que no hay nada que hacer.

Mi hermana dijo, a los asesinos no los detenemos. Son más fuertes que la policía.

El doctor dijo sin duda.

Y se fue.

Vamos a dormir, dijo mi hermana. Sí, vamos.

Es la mañana, escucho a mi sobrino llegar de la fiesta.

Quisiera ser como él, quisiera ir a bailar con él.

Se lo digo a mi hermana, levanta los hombros. No le gustaría. Baila con gente de su edad. Sí, claro, digo. Debe verme como una vieja, de hecho, a veces en lugar de llamarme por mi nombre me dice tía, y yo que conocí a las tías de mi madre,

las llamábamos las tres tías, siempre pensé que las tías eran viejas. De hecho, las tres tías ya no están aquí y mi madre ya no tiene tías.

Pero todavía hablamos de esas tías, incluso a veces pensamos mucho en ellas. Bueno, mi madre y yo conversamos y nos reímos. Y de mi padre también hablamos. Reímos menos, no sé por qué.

Mi madre piensa que la protege, incluso muerto. Siempre le digo que sí. Sí, sin duda.

Le conté a mi hermana lo que me había dicho mi madre la primera noche porque no podía dejar de pensar, le tenía absolutamente que contar que había abierto los ojos solamente para decirme que había sido agresiva con ella, y fue lo único que me dijo. Mi hermana dijo, de nuevo está delirando, ya no pienses en eso. Sí, le dije.

En la boda, bueno, después de la boda, a la hora de comer y bailar, mi madre no bailaba, ella a quien le había gustado tanto bailar en las bodas y en otros lugares también, tomé un cigarro y mi madre me dijo violentamente no fumes, y contesté violentamente déjame tranquila y fumé. Eso es lo que mi madre recordaba. Por eso me dijo fuiste agresiva, me lo dijo reconociéndome en esa habitación casi negra del hospital.

Después, después de su salida me aseguró que no se acordaba de nada, me hizo que le contara qué había sucedido y cómo yo y Clara la habíamos cargado por las escaleras hasta su habitación porque no podía caminar y luego cómo llegó al hospital y que allí se dieron cuenta que tenía una embolia pulmonar y que los médicos no sabían si iba a sobrevivir. Le dije, estuviste a nada pero vas a estar mejor poco a poco.

No se sentía mejorar.

Sí, te aseguro que estás mejor, yo que no te he visto hace

semanas te puedo decir que estás irreconocible y que ya ni siquiera necesitas oxígeno.

Antes todo el tiempo necesitabas el oxígeno y ahora ya no, ese es un cambio, un buen cambio, y tus mejillas tienen color. ¿Eso crees?, me dijo. Sí. Y era cierto.

C. me había dicho, antes de irme, es posible que tu madre muera. Sí. Era posible.

C. siempre decía la verdad. Era muy posible que mi madre muriera e incluso si yo decía que estaba lista no creo que lo estaba.

C. ya sabía lo que era la muerte de una madre. Pero cuando le preguntaban por los detalles, decía *no comment*. Siempre eso, salvo una vez.

Cuando llegué a México para la boda me quedé en shock al ver a mi madre. Le dije a mi hermana, envejeció veinte años en unas semanas, cómo es posible.

Se veía verde y flaca y lo sabía pero a pesar de todo intentaba poner buena cara para la boda. No envejecemos veinte años cuando una nieta se casa y sobre todo no nos vemos verdes. Hay que alegrarse. Un día la nieta tendrá un hijo y hay que alegrarse. Vestirse, maquillarse.

Alegrarse.

Alguien le ayuda a vestirse porque con su hombro roto ya no puede.

Por suerte es su hombro izquierdo. Ya no había mucho que hacer para ese hombro. Sus huesos eran como arena y no lograrían retener un clavo si se lo ponían. Es lo que me dijo el doctor.

No sabía qué decir, pregunté ¿pero todavía va a poder usar su brazo izquierdo? Sí pero no como antes.

Me miraba pero no contestaba, sólo repetía no, no como antes, dije bueno, entonces no la operamos.

Me equivoqué y ahora ya no hay nada que hacer y no puede usar su brazo izquierdo y de todas formas no tenían que ponerle clavos sino una prótesis, pero eso lo supe bastante más tarde.

Bueno, ese doctor era un idiota pero como leí en algún lado, los idiotas también son víctimas.

Cuando se despertó, le dije ya no tienes dieciocho años. Cuando vayas al baño enciende la luz y levántate con cuidado.

Veo bien, no necesito encender la luz. Veo la luz que viene de los autos en la avenida que da al comedor. No, de igual manera tienes que encenderla.

Cuando le dije ya no tienes dieciocho años, vi que su mundo se derrumbaba. No quiso comer, no quiso beber, y en la noche y en la mañana que pasaba a verla porque durante el día yo trabajaba y el trabajo es importante, entendía que se estaba dejando ir, que había decidido ya no resistir. Qué sentido tiene cuando ya no tenemos dieciocho años. Simplemente se estaba dejando morir.

Pensé seguramente ella sabe lo que hace.

Y toda la semana fue así.

Mi hermana llegaba el viernes así que desde el jueves volvió a comer. Le daba miedo mi hermana. Sabía muy bien que mi hermana no la iba a dejar, que mi hermana no la iba a dejar irse así hacia la muerte. Volvió a comer. Odiaba la comida del hospital, así que yo y mi prima le llevábamos comida en botes de farmacia y se la tomaba. Se la tomaba lentamente pero se la tomaba.

Pensé, solamente conmigo tiene ganas de morir.

Pensé, quizás ahora acepte ya no tener dieciocho años y en el fondo eso tenía que pasar y no era tan terrible. Disfrutaba tanto agradecerle a alguien. Y eso tenía que ver con sus dieciocho años. Pero podemos agradecer a cualquier edad. Bueno casi. Con su puño vendado, su hombro roto y todo lo que le dolía era

más difícil pero podía ocurrir. Sobre todo con los camilleros que eran guapos y fuertes.

Así que sin duda pensó que todavía podía agradarle a los jóvenes. Y también le tenía miedo a mi hermana que iba a llegar así que volvió a comer.

Le dije que era fantástico que comiera. Apenas me respondió.

Tenía que maquillarse para la boda. Se maquilló y el resultado fue peor. El rojo la hacía verse más vieja. El rojo sobre las mejillas. El resultado fue peor pero yo no dije nada.

Tú también te puedes maquillar, me decía mi madre. Sí. Nunca lo va a soltar. Hasta su muerte me va a decir ese tipo de cosas.

Pensé que era buena señal, seguramente por eso sigue viva. Seguramente por eso mi cuñado dice tu madre es fuerte, es muy fuerte.

Me preguntaba si era bueno ser tan fuerte.

Todo el mundo, bueno, mi cuñado y quizá mi hermana también me decían es porque sobrevivió, aprendió cómo sobrevivir y tenía que ser fuerte para haber sobrevivido.

Yo estaba harta de todas esas historias de sobrevivientes. Durante años, solamente pensé en eso. Ahora estaba harta. Realmente harta. Pensaba que si estaba harta era el inicio de mi recuperación porque yo también estaba enferma. Y lo sigo estando. Es una enfermedad cíclica y crónica. Todos los días tomo medicinas para mi estado de ánimo. De hecho, cuando estoy de muy buen humor tengo que desconfiar. Tengo que perder rápido ese muy buen humor sino yo también me voy al hospital en donde me encierran. Si no tengo humor, nada de humor, sin ganas de nada entonces nadie me ve y no puedo ver a nadie, así no me encierran. Pensé inocentemente que estando harta de pensar en los sobrevivientes y en los que no lo son arreglaría mi humor y mi enfermedad, luego leí que no era



posible, que mi enfermedad estaba ligada a cuando era lactante, que cuando yo era lactante no me di cuenta que tenía un padre, bueno que quizá mi madre no me dejó darme cuenta, bueno que mi madre y yo estábamos demasiado apegadas y que ese vínculo fue fatal para mí. No es cierto porque cuando era niña siempre decía que quería un esposo como mi papá. Así que no era cierto pero eso no cambia nada.

Y no era un hoyo que tenía en mi tejido, un hoyo que eventualmente se podía reparar, sino que el tejido mismo estaba jodido y no había nada que hacer. Así que puedo seguir pensando en los sobrevivientes y en los que murieron pero ya no pienso, salvo cuando mi cuñado me lo recuerda. O alguien más. O alguna otra cosa.

Todo sirve para ser repensado, incluso las palabras o las cosas que podrían hacernos pensar en algo más. Y esas palabras son numerosas, como por ejemplo cuando me dicen el aire es puro o cuando me dicen esto es un hervidero de parásitos o también estamos en crisis y además le añaden, como en el 33. O cosas más triviales pero por lo pronto no logro recordar, como la palabra recuerdo o la palabra memoria. Tenemos tantas tareas ahora. Como ya no fumar, y humo, la palabra humo, también me da escalofríos. O como la planicie, o la tierra.

En fin, una serie de palabras, como Navidad o Año Nuevo, pero esos son escalofríos de otro tipo.

Y también, “pequeño papá Noel cuando vuelvas del cielo”, incluso la palabra cielo a veces me da escalofríos, sin embargo me gusta el cielo, me gustan todos los cielos, sobre todo cuando son amplios. Me gusta tanto el cielo que me puedo quedar horas en mi cama en París mirando el cielo.

Todo el mundo dice, tienes mucha suerte de poder ver el cielo desde tu cama, y estoy de acuerdo.



En Nueva York tengo que torcerme el cuello para ver una esquina de cielo y sin embargo vivo en Harlem. Desde que llego a Harlem me dan ganas de volver a París y después de unos días en París tengo ganas de ir a otro lado, incluso a Harlem pero también a otros lados, pero no sé realmente a dónde. Pero iré de todas formas. Sí, porque me había llevado a C. a Nueva York y se estaba volviendo insoportable. Tenía insomnio y lloraba todo el tiempo. Era insoportable.

Sin embargo C. me hacía hablar con honestidad y yo decía sí, es lo que quiero. Debe estar bien y es realmente lo que quiero. Ella quiere que yo esté bien y me da regalos. Me decía sal ya de la infancia, es suficiente.

Sí, sabía que era suficiente pero no lo lograba.

En todo caso no realmente.

Y la mayoría del tiempo ya no hablaba. Me negaba, a veces trataba, pero mal.

Si no hubiera existido el asunto de hablar con honestidad, sin duda no hubiera durado tanto tiempo con C. pero tenía la sensación de que me arrancaba de mí misma con todos estos asuntos y que estaba bien.

Pero en lugar de realmente hablar con honestidad yo hablaba mal. Le decía cosas terribles a ella y a los más cercanos y no eran palabras verdaderas. Era sólo destrucción. Estaba orgullosa, y luego me arrepentía.

Entendía vagamente que no era así que había que hablar honestamente y que podía reprocharle a los demás sin ser terrible sino con distancia y benevolencia. Pero en los momentos de mi falso hablar honestamente decía cosas tan terribles que después me enfermaba.

Y volvía a mi lado en donde me tragaba todo y eso se convertía en un enojo que me mataba a fuego lento.

Sin embargo, alguien me dijo, cuando haces películas te entregas por completo. No lo sabía porque no me conocía, y sin lugar a dudas no conocía mi totalidad. Y cuando una película estaba terminada, es como si no hubiera hecho nada más que vaho. Necesitaba hacer vaho. Realmente lo necesitaba, pero mi tejido seguía jodido.

Me gustaba hacer películas pero cuando los demás hablaban de mí usando mi nombre y mi apellido sabía que hablaban de alguien que para ellos había hecho algo más que vaho algo así como una obra. No quería contradecirlos. Por ningún motivo. No quería decirles que era vaho así que no decía nada.

Mi madre destila una angustia insoportable y le huimos para no contaminarnos pero de todas formas nos contaminamos y mi madre sabe que le huimos y que la tratamos como un mueble, bueno, en realidad no lo hacemos pero a veces ella siente eso y su angustia se eleva y le huimos aún más.

Mi hermana dice que no hay que hacerle caso, no hay que hacerle caso, yo no le hago caso. Voy y vengo, no le digo a dónde y no le doy el número de mi celular.

Mi madre le quiere llamar a fuerza a mi hermana. Por qué le quieres llamar, está trabajando. Déjala. De todas formas, tengo ganas de hablarle para saber a qué hora llega.

Bueno, le marco. Está ocupado. Mi madre se truena los dedos. ¿Y D.? D. es mi sobrino, su nieto, ¿y D.? Va y viene, no dice a dónde. Vive aquí como en un hotel.

Pero mamá, ya es un hombre.

Ya no volveré nunca más a México. Y eso cae como una cuchilla y es cierto, ya no volverá.

Va a regresar a su casa en Bruselas, al menos está a nivel del mar y se respira mucho mejor que en México que está en lo alto y quizá en Bruselas se sentirá mejor. En todo caso es lo que le hacen creer e intentamos creerlo y ella también. Y se va con la enfermera que la sostiene del brazo hasta el jardín para sentarse bajo el sol.

Aquí no ha salido más que tres veces. Lo dice como un reproche.

Pero mamá, no puedes estar de pie.

No es eso lo que quiere decir. Y entiendo pero no lo demuestro. Aquí no controla su vida. Todos van y vienen a su alrededor.

Ella, ella se queda aquí con la enfermera.

La enfermera no se mueve de su lado, incluso ya no se baña en la tina. La enfermera la lava, en la regadera. Le gustaba tanto tomar su baño por las mañanas, era un verdadero placer. Ya ni eso tiene.

Hoy ni siquiera tiene ganas de ducharse, se cansa.

Le digo báñate mañana, de todas formas no estás sucia.

Pero mi hermana quiere se bañe y que no se quede en bata. Es mejor.

Mi hermana no soporta que mi madre se quede en bata. Además la bata le cuelga de un lado por su hombro roto.

No sé por qué pero con la bata se nota más su hombro roto. Y cuando le pregunto a mi hermana qué haremos con su hombro roto, dice ya no hay nada que hacer. Ya no lo menciones, ella ya no piensa en eso. Solamente le ayudamos a vestirse y ya, en el fondo no es tan grave, ¿pero qué es grave? A pesar de todo se puede vivir con un hombro roto. Comemos, dormimos.

Incluso con un corazón roto, con manos deformes, vivimos con todo eso.

Ella me da órdenes, sabes, dice mi madre, no puedo hacer lo que quiero, se enoja conmigo, tu hermana.

Como sabes, como bien. Sí estás mejor, mejor que hace un mes, le digo.

Toma tiempo, estuviste muy enferma pero te vas a reponer, de hecho ya te estás recuperando. Y yo ya tenía ganas de irme como de costumbre e irme en ese momento significaba volver a Harlem.

Sin embargo, desde que estamos en Harlem C. y yo, no he escrito una línea. Así que para qué volver. No digo que C. me impida escribir ni que yo le impido escribir, ella que tiene que escribir un libro, pero hay algo en nosotras cuando estamos juntas que lo impide.

Sin embargo, a cada una le gustaría que la otra escriba y sea feliz. Pero sucede lo contrario. Ya ni siquiera tomo notas. Y lo único que se me ocurre escribir pero no lo escribo, es que escucho mal los agudos y que a veces no entiendo todo.

Estoy presa en una red que se cierra día con día y entre más se cierra menos amor hay.

Es posible que un día me pregunte dónde está esa red y que extrañe la red.

Espero que no, pero nunca se sabe. Tengo la costumbre de crearme prisiones. Y es una más, así que por qué no la extrañaría

después de todo. Una prisión vale otra. Pero ésta la resentía todavía más que las otras que me eran familiares.

Y sin embargo todo había empezado tan bien. Incluso un día le dije que era feliz.

Ahora intento decírselo, afloja esta red, déjame respirar, nos haces daño. Quiero romper, no sé cómo romper. Vengo, voy, escondo, invento. Evidentemente, después no sé qué le dije pero ella lo sabe, se acuerda de todo y más. De cada palabra, cada respiro, cada silencio, cada rostro bajado o que se voltea, de cada no sé por qué no duermo, no sé por qué me despierto llorando. Y afirmo, es cierto, no sé. Y existe una parte en mí que es honesta, una parte en mí que no sabe, no completamente en todo caso.

Me dice con su memoria que no falla, dijiste la semana pasada (el martes) que sabías un poco por qué ya no duermes. Ahora ya no lo sé, le digo. Ya no sé qué es lo que te dije.

No me cree y me lo dice. Sí, lo sabes. Me defiendo y me hundo.

Tiene una fuerza perceptiva tan grande que siempre que intento encontrar una salida con una palabra tierna o un gesto para borrar lo demás, lo demás sale y resulta peor.

Así que ya no busco salidas y permanezco en silencio. Pero ahí también resulta peor. Es lo peor, todo el tiempo peor.

Está sentada o acostada sobre el horrible diván de plástico negro y lee o intenta leer. No lo sé.

Ahora pienso que el diván no es tan horrible. Pero en ese momento, sí.

Ella leía o lo intentaba pero me daba la impresión de que no leía mucho sino que me observaba, no sé por qué. Bueno sí, lo sé un poco. Ella seguramente estaba alerta.

Se imaginaba que la iba a dejar allí. Que seguramente la iba a abandonar. Así que me observaba. Me examinaba. Lee, pensaba yo, escribe. No te preocupes tanto por mí.

Ella me decía, vas y vienes para no quedarte aquí conmigo, y era un poco cierto. Era cierto.

Desde la mañana buscaba algo que hacer para no quedarme allí. Para que no me pudiera observar. De hecho, no tenía ganas de salir, tenía un virus, me dolía la panza, no dormía en la noche. Así que tenía ganas de quedarme en el 527 West. No podía decirle casa. No. No me sentía en casa salvo a veces. Sí, a veces nos acostábamos abrazadas, eran momentos de tregua y volvía a empezar porque si lograba dormir me despertaba llorando.

Y ella volvía a empezar con sus preguntas, por qué lloras, no lo sé. Sí, lo sabes. No. Me pasa, es todo.

No.

Intento discutir, a veces ya no lo intento. Me sofoco.

Me mira con sus ojos sombríos y terriblemente serios, me mira y tengo la sensación de que ve a través de mí. Su mirada no me suelta durante tanto tiempo que de pronto suspiro para liberarme y olvidarlo.

Un día le dije a mi mejor amigo de Nueva York, va a terminar en un asesinato. Intenté contarle lo que sucedía para ver si alguien tenía razón o estaba equivocada en esta historia.

C. con su inteligencia había casi logrado convencerme de que cuando hablaba con alguien del pasado, antes de ella, estaba equivocada. Que cuando cerraba mi computadora en el momento en que ella llegaba era para esconder lo que escribía, pero no era cierto. Y no escribía. Le explicaba que lo hacía en automático pero no me creía. Así que intentaba reflexionar y me preguntaba si en verdad era en automático. Y pensaba sí, lo es. Intentaba a veces comprobarle que era en automático, resultaba peor, así que mejor me callaba. Hablaba cada vez menos para no darle la oportunidad de hacerme reproches terribles y que yo no entendía realmente.

Así que me reprochaba quedarme callada.
Intentaba decir algo, buscaba, no encontraba nada.
Dejaba que el silencio planeara.
Además, el apartamento era oscuro así que el silencio era más fuerte.

Mi madre todo el tiempo preguntaba por los detalles de lo que le había sucedido. Necesitaba reconstruirlo todo y en orden. Ella tenía la sensación de que si reconstruía toda esta historia estaría mejor.

Estuviste muy cerca, a un pelo. ¿De verdad? Cuéntame qué sucedió. Le cuento. Ella dice, ¿de verdad? Pide más detalles. Pregunta de nuevo. Y luego dice, no lo recuerdo.



Ya no lo recuerdo, te das cuenta de cómo podemos olvidar. Hay cosas que prefiero olvidar pero esta historia no. Cuando me la sepa bien la podré olvidar pero antes quiero poder acordarme y no me acuerdo de nada. Me enferma.

Así que busco detalles en mi memoria y me doy cuenta de que a mí también se me olvidó y que no entendí cómo de un día al otro ella estaba en urgencias. Pero ella quiere saberlo. Entonces le digo te debiste haber contagiado de algo en el avión. Nos contagiamos a menudo en los aviones. Y no es necesario acordarse de todo. Estás aquí y es lo único que importa. Y pensamos, bueno yo pienso, pero en qué estado. Con sus ojos muertos y sin alegría. Era necesario resucitarla me pregunto. Pero ella, ella quería vivir. Todo el mundo lo dice, es fuerte. Y yo miro a ese pobre ser desencarnado y loco de ansiedad.

Le ponen un sillón en el jardín bajo el sol, un gran sombrero de paja sobre la cabeza y de lejos eso parece paradisíaco (o idílico). Una mujer vieja, sí, pero que disfruta del sol, de sus hijos, de sus nietos.

Pero los hijos, los nietos no hacen más que pasar, hola y adiós, ya te vas, sí a trabajar, y tú también, sí.

Y pregunto no quieres leer un poco, no, veo borroso. Escuchar música, mi aparato auditivo me lastimó el conducto del oído izquierdo, tengo el conducto muy estrecho. El aparato me lastima. Mira, está rojo. Va a pasar. Sí, dice mi madre, quizás pero dura. Pasar como todo lo demás, pero pasa cada vez con más dificultad. Nadie tiene ganas de escuchar todo eso así que todo el mundo se va y ella, ella se queda con la enfermera que no habla francés. Y conmigo cuando estoy aquí por tres o cuatro días.

Mi cuñado, sobre todo es él quien lo dice, pero también a veces el chofer e incluso otras personas como la enfermera, una enfermera que no se separa de mi madre. Todo el mundo lo dice, ella es fuerte.

En el fondo mi madre está harta de esa enfermera, lo veo, y también de que le digamos todo el tiempo que es fuerte cuando se siente tan débil. Pero no dice nada porque no está en su casa. Y cuando dice algo no siempre la escuchan. Todo el mundo sabe mejor que ella lo que es mejor para ella. Así que incluso la enfermera duerme en su habitación. Mi madre dice es extraño despertarse con una enfermera en la otra cama, una enfermera que no habla francés.

La enfermera quiere aprender pero no se aprende tan rápido. Así que se entienden de otra forma. Pero mi madre preferiría una enfermera que hablara francés. Podría al menos platicar con ella.

Bueno así es y por la mañana no está tan mal porque en la mañana se muere de hambre y en esta casa todo el mundo se despierta tarde, incluso las sirvientas, así que la enfermera le trae café y corn flakes y eso la tranquiliza. A veces se vuelve a dormir, así se despierta a la hora en la cual todo el mundo se despierta cuando por fin hay ruido en la casa y a menudo mi hermana pasa para ver si durmió bien y le dice mamá levántate, no te quedes en la cama. No, me levanto.

Pero sabes, incluso el hombro que no está roto me empieza a doler. Sí, es a causa del desequilibrio entre los dos hombros, hay uno que cuelga más que el otro. ¿Te duele? No realmente, pero como tengo un hombro muerto. Sí, en Bruselas verás a tu kinesioterapeuta, te lo arreglará. Sí, mi madre adora a su kinesioterapeuta y con razón.

Regresará a su casa de Bruselas. Por el momento no puede, está todavía muy débil pero pronto.

Tiene ganas y un poco de miedo de la soledad, pero en el fondo tiene muchas ganas de estar en su casa y de hacer lo que quiere.

Pero todavía no puede hacer nada sola. Sus manos tiemblan, sus piernas apenas le responden. Necesitas reforzar tus músculos mamá, tienes que caminar. Ya camino un poco, al menos cinco minutos. Mañana caminarás seis minutos y pasado mañana siete. Sí, asiente con la cabeza. Sí, sin duda.

Cuando se sienta, le ayuda alguien, generalmente la enfermera, sino se deja caer sobre la silla. Qué hacer sin músculos. Come proteínas mamá. Le ponen inyecciones de vitaminas B12 y a veces también transfusiones de sangre para combatir la anemia.

Una tarde mi hermana me vino a ver a la habitación en donde duermo, la antigua habitación de su hija que se acaba de casar. Yo como siempre me acuesto temprano para huir de mi vida. Mi hermana tiene ganas de platicar conmigo. Ya no aguanta y la entiendo.

Y ambas nos preguntamos si siempre fue así, tan ensimismada, en el fondo egoísta o algo así. U otra cosa.



No logramos acordarnos. Ya no recordamos los buenos momentos. Tampoco recordamos cómo era nuestra madre antes.

Ya no recordamos cómo se ocupó de nosotras. Ya no recordamos que había alegría en la casa gracias a ella.

Ya no recordamos que iba a recogernos a la escuela, que nos protegía, que se peleaba por nosotras. Ya no lo recordamos.

Ni tampoco que un día tuvo que ir a escondidas de mi padre a un gran almacén en donde yo había robado. Y que había sido humillada. Ni tampoco que ahorraaba para mandarme veinte dólares cuando me escapé a Nueva York por primera vez.

Y de pronto me acuerdo, un recuerdo terrible, me acuerdo que vino a verme con mi padre a la clínica en donde me habían encerrado. Caminaban los dos por la niebla del gran parque. Se veían minúsculos en la niebla.

Cuando los vi de lejos pensé, voy a poner buena cara.

Yo sabía que a los dos les dolía. Que los dos sufrían por tener a una hija encerrada en una clínica. Sí, tenía absolutamente que poner buena cara. No se lo dije a mi hermana.

Hablaron con el doctor. El doctor se llamaba doctor Campagne y llevaba una corbata de cuero.

Le dije, no es su verdadero nombre, esconde su verdadero nombre en territorio francés, en la tierra del campo pero usted no parece ser del campo, añadí jugando con su corbata y seguí como por descuido pero no realmente, ¿sabe usted que los alemanes hacían lámparas con la piel de los judíos?

Entonces se llevaron todo, mis tijeras y todo lo de ese tipo, en todo caso lo puntiagudo y me encerraron.

En la noche quise salir de mi habitación para dar la vuelta por el pasillo. Estaba realmente harra de esa habitación. Intenté abrir la puerta. No hubo manera. Pensé, hay algo que no entiendo en la apertura de esta puerta con mi falta de sentido práctico. Pero entendía muy bien, la puerta estaba cerrada con llave. Estaba simplemente encerrada. Pensé, no debí decirle

nada al doctor Campagne ni hablarle de los judíos. Pensé, no tienen derecho. Es demasiado. No vine aquí para que me encierren sino para mejorar y como el encierro es parte de mi problema voy a empeorar.

Desde el alba le llamé a mi doctor de la ciudad. Por fortuna el teléfono funcionaba. Me sacaron de esa habitación. Me dieron una habitación que daba al parque y cuya puerta también se abría al parque y el aire es bueno para la salud, como el aire del campo, por ejemplo. Pero no me gusta el campo. No recuerdo si me regresaron mis tijeras. De todas formas, me fui rápido a Bruselas pasando por el gran parque neblinoso y me quedé allí con mi padre un largo rato. Así es como aprendí a conocer a mi padre y a quererlo. Y había muchas razones.



Mi madre me dijo un día, al salir de allí mi corazón estaba muerto. Quizás estaba nada más un poco muerto cuando era niña, o más bien siempre, pero no lo creo. Bueno no lo sé. Y de qué sirve saberlo. Sin duda sirve para defenderse ante tantas palabras de amor que suenan falsas, un poco, bueno, bastante. Pero a veces no.

Además de eso no decía nada acerca de allá, incluso cuando le preguntaba, salvo cosas como, una amiga me salvó la vida robándose unas papas. Me decía puras cosas extraordinarias. Por lo demás no podía decir nada.

Mi madre sabe bien que mi hermana se defiende y que a mí me cuesta más trabajo.

Sabe que mi hermana hace todo lo posible por mantenerla viva a cualquier precio, todo salvo escucharla, todo salvo abrazarla y eso es sobre todo lo que mi madre quiere y necesita, que la abracemos contra su propio cuerpo y así se olvide o lo contrario, que se sienta existir.

Seré yo también así, no lo creo. Pero entonces por qué un día decidí ir a ver a C. a Londres. Sí, por qué si no era para abrazarnos y además en brazos de alguien que no conocía, salvo por mails o mensajes de texto o mensajes de Facebook. Sí, me imaginaba entonces que era estremecedor. Me hubiera quedado en la fantasía, en el fondo es mejor para mí, sobre todo cuando empieza de este modo. Pero era la primera vez, nunca había tenido una experiencia similar así que no tenía defensas ni desconfianza.

Le dije a mi hermana, nunca debiste meterme a Facebook.

Mi hermana me contestó, no te metí a Facebook para eso.

Lo sé, pero de todas formas sucedió y es difícil deshacerlo.

Para ti quizás, dijo mi hermana que estaba casada desde hacía más de treinta años.

Me lo dijo con mucha bondad. Esa bondad me conmovió, tenía ganas de llorar. Le dije, te ves muy bonita hoy. Tu vestido es hermoso. ¿Te parece? Le dije, sí, ya sabes, todavía tengo buenos momentos.

Afortunadamente. Y mamá, ¿no crees que está mejor?, todavía no tiene buenos momentos pero está mejor, quiero decir buenos momentos reales pero está mejor. Sí, es cierto. Pero habla menos que antes, se cansa. A veces habla y por lo pronto son buenos momentos para ella.

Una mañana me platicó mucho. Le contesté, ya no sé a qué. Las palabras que dice a veces no cuentan. Sólo cuenta la respuesta a lo que no es expresado. Entonces le digo lo que tiene ganas de escuchar.

Le dije que no me quedaría en Nueva York, que regresaría a París, así estaría cerca de ella e iría a verla seguido a Bruselas. No cada semana, pero seguido. Sí, estará bien, dijo. Así es, no me sé defender.

Inmediatamente pienso que no hice bien en decirle eso a mi madre y que quizá sería mejor quedarme en Nueva York, así la llamaría de vez en cuando por Skype y nada más. Bueno, ya veremos.

Mi madre dice una vez más, ya nunca más podré volver a México.

No, seguramente no. Le digo que ellos serán los que irán, mi hermana, su marido, su sobrina y su marido y su nieto a quien se podrá devorar si se deja.

Es tan guapo, me dice. Sí, le contesto, es cierto. Y tierno, para ser niño, es sorprendente. A veces me toma del brazo y caminamos juntos por el barrio unos minutos, no puedo más. Y me siento orgullosa y mi corazón se infla. Sí, lo sé mamá.

También quiere mucho a su nieta que se acaba de casar.

Su nieta seguramente tendrá muy pronto un hijo, pero cuándo, nadie lo dice y nadie se atreve a preguntarle a su nieta si tiene ese gran proyecto. Mi hermana dice pienso que todavía se van a esperar un poco, ella y su marido. Pero por qué esperar, ahora es cuando, dice mi madre, ya no es tan joven, joven todavía pero no tanto.

Todo el mundo suspira y todo el mundo tiene ganas de que mi madre no toque ese tema y sobre todo no en frente de su nieta que es muy sensible e intempestiva como su madre. Afortunadamente ella y su marido se fueron de luna de miel a Asia. Será un viaje hermoso y todos se alegran por ellos.

Papá y yo nos fuimos a París de luna de miel, dice mi madre y había pulgas en el colchón y los baños estaban en el pasillo, nos rascamos toda la noche. Y volvimos. Fue de todas formas una luna de miel. Al día siguiente trabajábamos, había que trabajar. Sí, lo sé mamá.

Trabajamos mucho durante nuestras vidas. Sí lo sé mamá, ahí estaba. Tú también trabajas, pero no tanto. Aún así trabajas. En este momento no hago mucho, no tengo nada en la cabeza, ninguna idea. O demasiadas, pensé.

Ya vendrán dijo mi madre. Siempre dices eso. ¿Y si esta vez no llegan?

Mamá, la enfermera te va a vestir. Te maquillas, te pones labial, ya sabes que no te queda bien la bata. Ah hace bien hablar un poco. Sí.

Tengo hambre, dice mi madre, van a llegar y vamos a comer todos juntos. Pero ya son las tres y tengo hambre. En Bélgica comemos a las doce y media. Aquí no es así. Come una sopa mientras tanto.

Ya me dieron una sopa pero estaba tan ligera que ni la sentí.

Tengo ganas de que vuelvan del trabajo ya no soporto esperar. Cómete un pedazo de pan. No puedo con mi aparato que me lastima las encías.

Sí lo sé, no debí haber dicho cómete un pedazo de pan. Come una fruta en lo que esperamos. ¿Justo antes de la comida?

Sí, es mejor comer fruta antes del almuerzo. Lo leí en una revista.

No tengo ganas.

Entonces no tienes realmente hambre.

Suspira.

La enfermera se angustia.

Mi madre intenta levantarse de su sillón.

Ya ves todavía necesito ayuda.

Sí lo veo. Pero estás mejor. Camina un poco. Eso te hará olvidar el hambre.

Ella da unos pasos con la enfermera y le dice algunas palabras en francés, la enfermera sonrío como si entendiera pero no entiende nada.

Mi madre lleva a la enfermera hacia el comedor, la enfermera le ayuda a sentarse en su lugar.

Mi hermana entra y dice, estás sentada. Sí, los estaba esperando.

Todos se sientan. Los platos están sobre la mesa.

La enfermera le corta la carne y las verduras en pedazos muy pequeños. Mi madre no puede con su hombro roto.

Todos comen con hambre salvo mi madre.

De pronto me hace un comentario por la manera en la que como.

Mi sobrino se ríe. La tratas como a una niña de cuatro años, y todos se ríen.

Yo no tengo ganas de reírme pero me río de todas formas para hacer lo mismo que todos.

Mi madre me dice, por qué te ríes así, tontamente. Para mí un hijo es siempre un hijo. Mi sobrino dice sí claro es normal pero

a mi tía la tratas realmente como a una niña que no ha crecido, da risa.

Rían, dice mi madre. Rían no pasa nada. Sobre todo porque desde la boda no nos hemos reído mucho y en particular frente a la foto en donde mi madre sonríe durante la boda. No nos gusta esa sonrisa.

Y además hace bien reír y en Harlem ya casi no me reía salvo a veces. La había llevado a ese apartamento, en esa ciudad que ella no conocía. La había abandonado por una boda y por una madre moribunda. Por la madre moribunda me propuso acompañarme.

Le dije que no.

Dejó su apartamento, una novia, su trabajo y todas las semanas, a veces cada dos semanas le decía no funciona, no nos entendemos. Había terminado por decirle con orgullo ya no te amo. Me dijo no es posible. No es cierto.

Con orgullo porque pensaba que al fin podía decir algo que me costaba trabajo decir. Pensé, por una vez soy fuerte, hablo. Hablo con honestidad.

Me sentía espiada, analizada, examinada, ella tenía el oído tan fino que incluso cuando hablaba por teléfono y decía yo también, lo escuchaba, ella sabía que decía yo también, te mando un beso.

Ella entraba en la habitación con los ojos negros de enojo y me obligaba a escucharla por horas decir que ya no aguantaba eso. Gritaba. La perra nos miraba primero a una y luego a la otra. Así que le acariciaba su pata y le decía no te preocupes. Pero se preocupaba. La perra se preocupaba, C. se preocupaba y yo me preocupaba horriblemente y me sofocaba. Me sofocaba cada día un poco más salvo cuando me rendía, cuando ya no llamaba a L., cuando ya no buscaba qué hacer lejos de ella, cuando no le huía. No, me rendía. Los primeros días me hacían bien. Y luego volvía a ser terrible. No, no quería rendirme,

quería hablar por teléfono, quería reírme con quien fuera y como fuera.

En la boda, una amiga de mi hermana vino a darle un beso a mi madre con mucha simpatía, con cariño incluso, y mi madre finalmente sonrió.

Y luego esta amiga se paró atrás de ella y llamó a la fotógrafa para que las retratara juntas. Mi madre dijo ya no soy muy fotogénica, para nada.

Claro que sí, dijo la amiga, al contrario. Sus brazos rodeaban el cuerpo raquítico de mi madre. Había mucho ruido en el salón, la música, los gritos, las risas, bailaban incluso la hora. Había que gritar para escucharse.

Mi madre entreabrió los labios para la foto, me dolió el corazón. Esa sonrisa congelada con esfuerzo. No sonrías mamá, ya no vale la pena, pero ella, ella mantenía los labios estirados como para sonreír y la fotógrafa se tomaba su tiempo. Mi madre esperaba allí, lo más derecha posible, los labios congelados en lo que parecía una sonrisa, el rostro verde, los labios demasiado rojos, demasiado maquillados. Parecía sangrar.

Bueno, ya está. Me tranquilicé, ella también. Les enviaré la foto, dijo la mujer que todavía sostenía a mi madre en sus brazos. Qué linda pero no es necesario, dijo mi madre. Tienes suficiente trabajo así. Claro que no, dijo la amiga de mi hermana.

Mamá es tarde, ¿y si nos vamos? Sí, es tarde, no sé por qué pero estoy cansada. Antes no me cansaba en las bodas.

Sí, lo sé pero fue un día largo. Me mira de manera casi hostil. No es una razón. Claro que sí.

Yo ya no aguanto. El día empezó a las siete y los fotógrafos llegaron a las ocho y los estilistas, los maquillistas justo después. Afortunadamente te peinaste, te maquillaste. Al menos no me da vergüenza.

Me bebo un trago de vino. No lo tires. No.

Las manchas después no se quitan. Ya lo sé. Pero a veces se quitan. Espera un poco todavía. Sale un momento de su somnolencia.

Luego dice, cómo le hacemos para irnos. Hay una camioneta y un chofer. Está allí para eso.

¿Tú crees? Ansiosa una vez más. Sí, estoy segura pero si quieres voy a ver. Sí, ve a ver. Se truena otra vez las manos. Las aflojo, con cuidado. Entonces se aferra a su bolsa de noche.

Y de pronto pregunta y tu perro, dónde está. En París.

¿Alguien se está haciendo cargo de él? Sí.



Fue peor cuando regresé con ella después de ver la camioneta y al chofer que esperaban. Ya no lograba pararse. Clara y yo le ayudamos, y atravesamos el gran salón de baile dentro del ruido en medio de los bailarines y de las mesas y del trueno de gritos de alegría.

Paso a paso mi madre luchaba, la respiración corta.

La tuvimos casi que cargar dentro de la camioneta y luego por las escaleras de la casa hasta su habitación luego la desvestimos en silencio.

Clara y yo nos miramos. Entendimos que era grave. Nos dijimos en voz baja, no está bien.

Parecía muerta en vida con los ojos transparentes, casi sin vida. Pero con vida a pesar de todo.

Le tomé la mano. Ella cerró los ojos. No estaba segura si dormía pero sus ojos estaban cerrados. Respiraba, jadeaba.

Al día siguiente volvía al hospital, a urgencias.

Y yo tenía que irme, tenía que ir a ganarme la vida a Nueva York.

Mi hermana dijo vete, no hay nada que puedas hacer aquí.

Y si fuera el caso, no, estará aquí cuando vuelvas estoy segura. No lo sé. Sí. Estará acá. El chofer te va a llevar al aeropuerto. Vete.

Ve a Nueva York. Ve a trabajar. Vete. Vuelve.

En Nueva York las noches en blanco habían comenzado, se encadenaban.

El apartamento lo habíamos escogido juntas por la alcoba que separaba las dos habitaciones principales.

Y luego todo lo hicimos por mail, de lejos, el contrato, el dinero.

No imaginamos que las ventanas estarían rodeadas de muros tan cercanos.

Sólo una esquina de cielo.

A veces azul.

Negó una sola vez, un solo día en noviembre.

C. se alegró.

Tenía un poco de frío pero estaba contenta.

Tomé el avión. Ya me sentía culpable, nunca debí haber partido.

Intentaba leer pero no había manera. Luego pensé, me tengo que preparar. Pero cómo hacerlo. Me tengo que imaginar sin ella. Pero no tenía imaginación. Así que miré por la ventana, el cielo, las nubes. Tomaba tanto tiempo llegar a Nueva York. Pensé, nunca vamos a llegar. Pateaba sin darme cuenta el asiento de adelante. Una persona volteó y me pidió dejar de hacerlo, con violencia. Evidentemente ella no podía saber. Pensaba que lo hacía a propósito, que no me importaban ni ella ni su

espalda. No bebí ni comí. Me levantaba, me volvía a sentar. Todavía no llegábamos. Nada que hacer. Intentaba respirar como me habían dicho que lo hiciera cuando estaba ansiosa. Pero no estaba ni siquiera ansiosa. Intentaba simplemente prepararme para la muerte mi madre.

Luego en español y luego en inglés. Nos pidieron que nos abrocháramos el cinturón. Íbamos a aterrizar. Ya no tenía ganas de aterrizar. Tenía ganas de quedarme en el avión para siempre. 6

Pero aterrizamos y la gente se precipitó a la salida del aparato, yo esperaba. Cuando todo el mundo había bajado me levanté, no sentía mis piernas pero avanzaba.

Las maletas daban vueltas. No ponía atención. Esperaba allí como todo el mundo pero había olvidado para qué.

Y de pronto recordé que tenía una maleta y que tenía que recogerla de la banda de equipaje.

Me equivoqué. Tomé una maleta que no era la mía.

Alguien se acercó, me quitó la maleta de las manos gritando en español.

Dije *sorry, gracias. Mucho gracias*. Entendí que no era lo que debí haber dicho así que no dije nada más.

Me quedé allí delante de la banda de equipaje un momento y acabé por recoger mi maleta. Era la única que quedaba, tenía que ser la mía.

En la sinagoga, la sinagoga estaba llena, esperábamos.

Los fotógrafos, los videoastas estaban en mis narices. Los empujé. Quería ver qué iba a suceder. Junto a mí estaba mi prima.

Y de pronto resonó la marcha nupcial, todos volteamos.

Ya no sé exactamente qué pasó, sé que mi cuñado avanzó con mi sobrina por el pasillo, su hija con un vestido blanco.

Y ya no recuerdo lo demás. Al final estaba mi madre del brazo de su nieto. Caminaba aturdida. Le acaricié la mejilla cuando

pasó frente a mí y volteé hacia mi prima y le dije, no le queda mucho tiempo. No sé qué contestó mi prima. Creo que dijo, está pálida, pero no estoy segura, creo que bajó la mirada. No se habla de la muerte en una boda. Y luego un poco más tarde la vi limpiándose los ojos y me dijo, no digas eso, nunca se sabe, quizás se recupere. Sí, quizás. Pero me costaba creerlo. Luego mi prima dejó caer su bolso al suelo, las dos nos agachamos para recoger la polvera que se había roto y el polvo que se escapaba y el labial, un cepillo, un poco de dinero. Kleenex.

Olvidé todo lo demás. La copa rota, los anillos. Todo. Pero hay imágenes. Un día las veré.

Empujé varias veces a los fotógrafos que estaban sobre la tarima pequeña. No servía de nada. No veía nada. No vi nada de ese día salvo a mi madre.

Y en lugar de alegrarme me sentí triste todo el tiempo y además no vi nada.

Le había preguntado a mi hermana si C. podía venir. Me dijo no es el momento. Lo entendía y no lo entendía. Qué podía pasar después de todo. C. estaba sola en Nueva York y me esperaba. Estaba sola, no conocía a nadie. Qué iba a hacer. Había tanta gente en la boda. Nadie se hubiera dado cuenta. O todo el mundo. Ella era tan distinta. Mi hermana dijo, no me dirigió la palabra en Venecia. A mí sí, dijo su marido. Mi hermana dijo, M. hubiera podido venir. Cuando dijo eso pensé en M. una vez más. Pensé en nuestra intimidad. Pensé en todo lo que había pasado entre nosotras. Ya no me acordaba bien porque de pronto habíamos terminado. Con C. no existía esa intimidad salvo en Facebook y un poco después. Un poco después, pero ya no era la misma. Era normal ya que eran distintas y C. era tan joven. Así que la intimidad era distinta. No lo puedo negar. Así que era distinto. Después, poco a poco

algo se perdió. Sucedió otra cosa. Y luego todo terminó. Afortunadamente C. no podía leer mis pensamientos de lejos. Pensé qué bueno que esta vez no está aquí.

Mi hermana dijo, L. también hubiera podido venir porque es familia.

Pero C. no. Dije lo entiendo, y me sentí mal pero entendí el punto de vista de mi hermana. Mi hermana quería que todo saliera bien. Y todos los que habían sido invitados pertenecían, pero C. no.

Después intenté bailar un poco para hacer lo mismo que todos. Es lo que siempre hacía en las bodas sobre todo cuando era joven y mi padre todavía vivía.

Mi hermana dijo a los hombres, a los muchachos que me tenían que subir a una silla que suben y bajan varias veces.

Luego volví cerca de mi madre. Tenía la mirada al vacío. Y su vestido colgaba de un lado a causa de su hombro roto.

Incluso pienso que no tenía la fuerza para estar feliz por la boda y una abuela debe estar feliz. En qué pensaba. Seguramente en todo lo que le dolía. De vez en cuando se tronaba las manos. Yo no podía soportarlo.

Antes, ella había disfrutado tanto bailar en las bodas incluso fuera, estando de vacaciones en Italia o en otro lado, bailaba bien.

En Nueva York C. escribe algunos mails especialmente a nuestra casera, una mujer joven. Más tarde nos la encontramos con su madre, una mujer muy elegante con un sombrero. C. le escribió que todavía teníamos algunos problemas en el apartamento y que acababa de ver un ratón correr por el pasillo de la sala. Un ratón muy pequeño pero un ratón y que no estaba acostumbrada a los ratones y pensaba que nunca se acostumbraría pero si era necesario se acostumbraría pero que esperaba no ver otros.

Ella sabía que los ratones podían multiplicarse así que aunque debiera no se acostumbraría. Había leído de niña un libro acerca de Harlem con gente muy pobre que era atacada por ratas y pensaba que si había ratones un día podría haber ratas. Había visto al ratón meterse en un hoyo cerca del calentador y había logrado tapar el hoyo. Pero existían otros hoyos y no podía pasar su vida tapando hoyos.

También le escribió que la lavadora de ropa no funcionaba bien y cuando se detenía quedaba agua al fondo y que no era normal.

Pero qué más hizo C. sola en Nueva York. Le llamé por teléfono, me dijo parece que estás muy mal. De verdad. Yo no me daba cuenta. En el fondo, por suerte no vino porque en la cena antes de la boda me reí con un chico joven que me hacía reír. Sólo eso.

No le hubiera gustado. Hubiera dicho que era coqueteo. Pero para mí no fue nada, solamente tenía ganas de reír. Necesidad de reír en medio de la catástrofe anunciada. Reír sobre un volcán. Todo el mundo estaba sorprendido de que me riera tanto y todo el mundo estaba sorprendido de que estuviera de tan buen humor. Y sin embargo C. en el teléfono me dijo parece que estás muy mal. Ella sintió de lejos lo que había debajo de esa risa. Pero afortunadamente no escuchó la risa, si no la hubiera lastimado, ahora digo lastimado pero en ese entonces hubiera dicho que estaba celosa, celosa de nada. Como si no tuviera derecho a reír un poco.

Había buen vino, buena comida y un chico joven y divertido junto a mí y me reía, bromeaba un poco y nos reíamos. Hacía mucho tiempo que no me reía así. Tanto tiempo que ya no me acordaba que era posible reírse de ese modo.

En Nueva York tenía que tener cuidado cuando me reía. Me reía a veces pero mucho menos que de costumbre. Y me hacía

falta y me sorprendía que fuera a hablar por teléfono a la calle para estar tranquila.

Escuchaba mal a causa del ruido pero me reía de todas formas y me daba placer.

Le hablaba a mis amigas de París y me daba placer.

Alguien le dijo a mi hermana, no sabía que tu hermana era así, llena de risas.

Claro, dijo mi hermana, por qué no.

No reí por mucho tiempo. Al día siguiente ya no reí para nada.

Pensé que mi hermana tenía razón al decir que no era el momento para C. Mi hermana tiene razón muy a menudo. Y esta vez tenía realmente razón, de hecho, en el fondo yo sabía que tenía razón, no insistí cuando me dijo que no era el momento para que C. viniera. En todo caso no a la boda de su hija. No insistí y en el fondo estaba contenta aunque me sintiera culpable. Sí, me sentía culpable pero ni modo. Y estaba segura de que a C. no le hubiera gustado, además era tímida pero esa no es la razón por la que no le hubiera gustado.

Desde las diez de la mañana el día de la boda todos estaban allí.

Había muchísima gente en la casa. Los fotógrafos, los estilistas, los maquillistas, todos estaban allí y todos se agitaban. Todo era fotografiado, cada segundo de la vida.

El mínimo gesto, sonrisa, postura en la escalera. O en otro lado, todo era fotografiado y había que sonreír todo el tiempo.

Mi sobrina estaba arriba de la escalera. Le arreglaban su vestido de novia.

Su vestido de novia era precioso, mi sobrina estaba preciosa y sonreía. Clara le colocaba el velo sobre la cabeza. Posaba de un lado y del otro. Y todo, absolutamente todo era fotografiado.

Al cabo de un momento dije, empiezo a hartarme de estos fotógrafos. Mi sobrina dijo, apenas comienza. Un poco seca quizás o con humor e incluso con un poco de distancia. Pero sin duda con humor, en fin, qué sé yo. Qué hacía yo allí. Toda mi vida estuve en contra. Sin embargo, fui a muchas bodas sobre todo de joven y cada vez intenté poner buena cara y fingir estar muy contenta y ser muy joven por mi padre. Todavía no sabía que él sabía que yo era de otro tipo y me daba cuenta de que él esperaba que un día también fuera mi turno.



Por qué si estaba en contra fui a tantas bodas y siempre era un drama ya que tenía que arreglarme para formar parte de la boda, y que así me vieran menos y no dijeran ésta todavía no está casada. Para pertenecer sin duda, pero no pertenecía. No, para nada. Y estaba en contra. Pero seguramente no tanto para no ir. Esta vez era la boda de mi sobrina y gracias a mi hermana tenía una sobrina y pertenecía un poco. Pertenecía pero me sentía aún más sola. Más sola que nunca. Pero tenía una sobrina y un sobrino y los adoraba. Así que me sentía menos sola.

Y en el fondo, que uno o el otro se casara no era importante incluso si para ellos lo era y para mucha otra gente también.

No cambiaba nada y los quería y es todo lo que importaba.

Para C. eso hubiera sido peor. No tenía ni siquiera una sobrina. Y mi sobrina no era su sobrina. Hubiera podido volverse tal pero todo el mundo fingía que C. no existía.

Sin embargo, existía, me esperaba en Nueva York y tenía una existencia demasiado fuerte. O demasiado verdadera o demasiado, simplemente demasiado. Bella pero de otro tipo de belleza. Muy grave sin duda. A veces tierna, a veces irritable y tímida. No hubiera soportado la boda. Así no es como se divertía. Se hubiera recluso en una esquina y así todo el mundo se hubiera dado cuenta que estaba en una esquina con un rostro cerrado. No era como yo, no hubiera intentado pertenecer. Solamente se hubiera recluso. Hubiera creado mucha tensión en un momento en donde todo estaba planeado para ser felices. Mi hermana hubiera estado incómoda. Mi cuñado hubiera dicho, no es grave pero todo el mundo se hubiera dado cuenta y eso quizás hubiera causado un disgusto.

Sin embargo, cuando conoció a mi sobrina una noche de Navidad el año anterior en Nueva York, cuando fuimos sólo por una semana, cuando la conoció en un restaurante italiano con su prometido la pasamos aparentemente bien. C. sonreía, escuchaba con atención como siempre. Nunca conocí a nadie que escuchara de ese modo. Al principio eso me gustaba. Y cuando le decía, entre muchas otras cosas, tengo la sensación de que los tentáculos de un pulpo me encierran, un pulpo porque estábamos en Grecia si no seguramente hubiera dicho otra cosa, me escuchaba concentrada y luego me decía, vamos a deshacer uno por uno los tentáculos de ese pulpo y estarás a salvo.

Ella quería salvarme. Yo lo sentía. Sí, lo deseaba al principio, incluso al final.

Mi sobrina me dijo, es linda pero ¿no es demasiado joven para ti?

Seguro. Levanté los hombros. El restaurante estaba muy oscuro. Habíamos bebido mucho. No le dije a C. lo que dijo mi sobrina, sé muy bien lo que me hubiera contestado, no soy tan joven y qué más da.

Lo recuerdo como un buen momento aunque ya habíamos empezado a pelear.

Todo eso porque L. había llamado varias veces.

Habíamos empezado a discutir y fue la primera vez. De hecho, fue la segunda pero ya había olvidado la primera. No había tomando en serio esa pelea, lo debí haber hecho.

Esa primera vez fue el preludio de una larga serie de peleas.

Y en esa primera vez ya estaba todo. ☺

Todo lo que nos llevó ahí donde estábamos. Y yo no había entendido, no vi venir nada porque nunca antes me había sucedido. Hubiera tenido que estar atenta pero no desconfiaba.

Hubiera tenido que sentir que había que dejarlo ahí, después de la primera pelea, que no soportaría las siguientes. Detestaba las peleas y no era buena para discutir y mucho menos con C. que era muy persuasiva. Sí, era tan persuasiva que creía que tenía razón y me rendía. Nunca antes había vivido eso. Nunca antes había vivido el miedo de una futura pelea. A menudo sentía que me faltaba el aire. Pero nunca me había sentido vigilada.

Incluso mi risa, la tenía que cuidar. No siempre, pero cierta risa con gente que conocía o no, como con un chico en un café, por ejemplo, o alguien más, una risa ligera sin importancia, fuera del placer del momento y que no iba más lejos.

Más tarde C. conoció también a mi sobrino, en Nueva York, después de la boda. Cuando le pregunté si no pensaba que era demasiado joven me dijo que eran mejor las jóvenes y me sentí mal. Pensaba en mí y no en C. Sabía que para él yo ya no era joven y por lo tanto no era mejor.

Ahora doy vueltas en mi cama en Harlem y pienso en los brazos de pulpo que me rodean, ahí están siempre.

Abro un ojo. Reconozco la recámara de Harlem.

C. está allí, junto a mí. Para lo mejor o para lo peor. Duerme.

Sus pequeños ojos negros están cerrados. Los abre. Sonríe. Saluda en griego y añade una palabra tierna. Respiro. Pienso va a ser un buen día. No como ayer o antes de ayer.

Sí, las noches en blanco habían empezado.

Ella, terminaba por dormirse.

Yo, si llegaba a quedarme dormida, me despertaba muy rápido con los ojos llenos de lágrimas.

Luego, a la mitad del día me paraba frente a ella con orgullo y le decía, sabes bien que esto no funciona. Con orgullo porque finalmente lograba decir algo.

Sus ojos serios me miraban, vacilaban entre el enojo y el dolor.

Casi no comía. Tenía cólicos o náuseas.

Me miraba desconfiada.

Llegaban paquetes sin parar. Regalos para mí.

Los recibía sin alegría.

Terminábamos pasando casi toda la noche viendo películas que habíamos pedido por Netflix, frente a nuestra pantalla plana.

Eran los momentos en que estábamos bien juntas.

Luego ella ponía música suave que debía tranquilizarme, dormirme pero no lo lograba.

¿Por qué?

No lo sé.

No es cierto.

Sí.

Sí, había momentos en donde estábamos bien. A veces después de peleas terribles.

Las dos estábamos agotadas, así que nos sentíamos mejor y dejábamos que la pelea terminara bien. Hasta la próxima.

A veces se acostaba encima de mí y sollozaba de una manera tan extraña que terminaba por apoderarse de ella. Eran unos sollozos roncós e infantiles. Lloro, goza. Lloro o goza. Ambos sin duda. Nunca había escuchado eso.

A veces yo reaccionaba.

A veces me quedaba inmóvil.

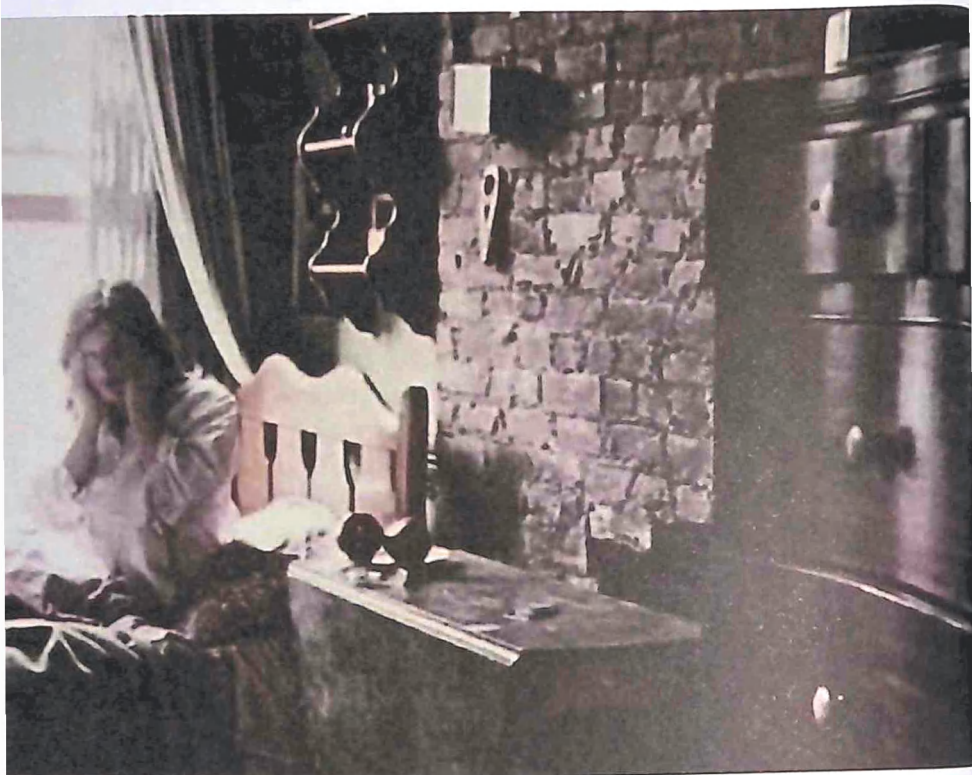
Death meat, me decía. Sí, carne muerta.

Saber que fuimos felices.

Mi hermana me había dicho, hazlo. Lo hice. Le había contado un poco acerca de la boda pero no mucho. Me había escuchado, demasiado. Antes eso me gustaba. Ahora menos. Sobre todo las historias de bodas a las cuales no fue invitada.

Y todo lo demás. No le conté que me reí con un chico joven. Por supuesto eso no.

De hecho, no le conté casi nada de la boda y menos que me había reído ni que en la sinagoga los hombres estaban de un lado y las mujeres del otro ni que había muchísima gente. Ni que mi sobrina no dejaba de sonreír ni que mi hermana llevaba un vestido muy bonito. No, nada de eso. Sólo había hablado de mi madre y que me sentía muy mal, terriblemente mal. C. me dijo que posiblemente mi madre moriría, como me lo dijo cuando entró a urgencias. Tenía ganas de contestarle que eso



Pero tenía ganas de estar sola. No tenía ni ganas de ser escuchada tan fuerte ni mirada ni examinada. Ella, lo veía todo incluso cuando no había nada que ver. Escuchaba todo incluso cuando no había nada importante que escuchar. Sufría a causa de ese nada. Yo también.

Era asfixiante. Yo ya no podía más. Sabía que ella sufría y yo ya no podía más.

Y todo el tiempo me preguntaba, por qué no duermes.

Un día la confundieron con mi hija en el supermercado. C. sonreía. Decía que la edad no tenía importancia. ¿Tiene importancia para ti? Mentía al decirle que no. De hecho, cuando la vi por primera vez en la estación de Londres, entré en shock, parecía tener diecisiete años. Ella no decía nada. Pensé, estoy loca y luego pensé que ni modo.

Ella caminaba con algo de diecisiete años aunque tenía treinta. Reía. Cuando reía salía de su silencio con algo de diecisiete años, de nuevo pensaba que ni modo.

Ella caminaba, reía así pero su mirada que me observaba era grave y oscura.

Fui a Londres con una maleta llena de libros, libros muy serios. Los había apenas hojeado en el tren. Es todo. Y nunca los leí. No era el momento. Tampoco después. Tampoco los dejé en la parada del autobús para que alguien más los leyera. Por lo general es lo que hacía pero solamente con libros que ya había leído. Y los libros desaparecían. Pensé que un día debía detenerme frente a la parada del autobús para ver quién tomaba los libros, a quién le interesaban esos libros pero nunca lo hice.

En todo caso gracias a eso no estoy ahogada en libros y cada vez que compro nuevos siempre tengo lugar en mi apartamento de París para ponerlos en algún lado.

En Londres comimos, bebimos, yo hablé sin parar, nos besamos, nos amamos. Sí, nos amábamos, nos amábamos hacía

tiempo, nos amábamos antes de conocernos, nos amábamos desde que nos empezamos a escribir y quizá debimos haber continuado amándonos así. Sí, en ese momento nos amábamos con locura.

Nos amábamos por mails, por SMS, por Facebook. Ella me enviaba canciones griegas o no, poemas griegos o no, a veces también ingleses o franceses o de donde fueran. Escuchaba las canciones. Leía los poemas. Mi corazón latía. La vida volvía a empezar.

Ahora ya no. Ahora era como el fin de una vida.

Ya no respirábamos.

Por suerte teníamos a la perra.

Después fue cuando me golpeó, en Nueva York, en el apartamento que había rentado y el cual ella había hecho un hogar para mí. Una casa con todo lo necesario, incluso cubos de azúcar.

Después fue que caminaba con un ojo morado.

Después fue que me enterró la orilla de la mesa en el estómago.

Ella sufría tanto y tenía tanta rabia que me enterró la orilla de la mesa al menos unas quince veces. No las conté pero me parece que fueron al menos quince veces, justo un poco antes de mandarme a comprar cigarros. Empezaba a entender que había solamente que esperar a que se detuviera. Ella sufría, estaba tan lastimada que no lograba detenerse. Su dolor lo entendí más tarde, mucho más tarde. Demasiado tarde. Solamente veía la rabia y sus pequeños ojos tan negros. Sin pupila o a la inversa.

Yo no sentía nada pero pensaba que tenía que defenderme.

Así que cuando me golpeó, pensé que tenía que golpearla también, pero fueron golpes al aire. No sabía qué hacer pero lo hacía. Me decía pégame también. Lo tienes que hacer. Lo hice. No sé si me arrepiento y tampoco sé porqué pensé en pégarle también.

Cuando me golpeó en el ojo quiso curarme.

Yo no quise.

Trajo una toalla húmeda. No quise.

Su rabia volvió y me dio un poco de miedo. Coloqué mis antebrazos frente a mi cuerpo con los puños cerrados como lo había visto en las peleas de box.

Un día antes u otro, me dijo, no saldrás de esta habitación hasta que me respondas. A qué ya no lo sé. Me obstinaba en mi silencio y lo único que pensaba era, qué me va a pasar si tengo ganas de hacer pipí. Ella estaba recargada contra la puerta y me miraba. El rostro cerrado.

Tenía la impresión de que se iba a quedar recargada contra esa puerta para siempre.

Y luego me dijo que esa no era una forma de hablar.

Fue unos días antes de que me golpeará.

Yo le había dicho, me enervas, por un asunto de abrir y cerrar la computadora y no lo soportó. Así que le dije eso. No fui amable y ella no lo soportó y la entiendo. Por eso hubo golpes, el dolor, el suyo, la herida bien abierta. Al final, los golpes no fueron tan violentos.

Antes de eso mi hermana había rentado una casa a las afueras de la Ciudad de México en donde mi madre respiraría mejor gracias a la altitud más baja. Por supuesto no quería saber nada de C. pero quería que yo fuera. Le dije no puedo.

Podrías al menos decirle que tienes que estar cerca de tu madre. No puedo.

Mi hermana dijo, voy a llamar para decirle que tu madre te necesita. No, no lo hagas.

Estábamos tan mal que ya no me atrevía a nada y pensaba que era mejor quedarse.

Pero tenía ganas de ir. Tenía ganas de ir para estar lejos de

C. y respirar pero ya no lograba decirlo. Tenía ganas de ir a ver a mi madre y a mi hermana.

Por eso estaba enojada conmigo y también con C.

El día de Navidad me dije, voy a hacer un esfuerzo, voy a traer un árbol. Recogí un pino que estaba en la calle y lo subí. Pero no sabíamos en dónde ni cómo ponerlo así que ella salió y trajo algo en donde podíamos meter el árbol y unas luces pequeñas de todos los colores. Fueron un horror esas pequeñas luces en el silencio.

Y todo acabó mal.

Dos días después la dejé allí con la perra, el árbol y las luces, allí en el apartamento completamente oscuro. Mi amigo de Nueva York vino a buscarme. Había logrado hacer mi maleta a sus espaldas.

Bueno, si me vio no reaccionó. Pero no creo que me haya visto porque permanecía inmóvil en la habitación y mis cosas estaban en la pequeña oficina en donde nunca trabajé.

En el taxi que avanzaba a toda velocidad, nos íbamos golpeando mi amigo y yo. Le dije te lo agradezco. Me contestó, no hay de qué y luego me dijo, al menos no te va a matar.

Me dio miedo, pensé, dije no. Por la perra. Quiere demasiado a su perra y su perra la quiere demasiado.

De inmediato fui a alcanzar a mi madre y a mi hermana. En la casa rentada. Eso fue después de los golpes, de inmediato mi madre vio algo. Me dijo tu rostro parece deforme pero no estoy segura porque veo borroso. Dije debe ser cierto.

Mi hermana me miraba con lástima y mi cuñado dijo va a pasar.

De pronto C. existía para mi hermana a causa de su lástima por mí.

Y me decía, pero cómo es posible. Yo levantaba los hombros y le decía, hubo buenos momentos. Momentos en donde me sentí vivir.

Momentos en donde pensé que todo se iba a resolver incluso mi tejido podrido.

Con fuerza mi hermana me dijo, tu tejido no está podrido, eres frágil eso es todo.

De hecho, en Milán alguien leyó las líneas de mi mano y me dijo que tenía que cuidarte. ¿De verdad? Estaba azorada. ¿Realmente dijo eso? Sí. De hecho, me preocupo muy seguido por ti. Tienes que tener cuidado. Pero tengo cuidado todos los días me tomo mis medicinas. No, no te cuidas lo suficiente y tengo miedo. Corres de derecha a izquierda, tomas demasiados aviones y sabes muy bien que el cambio de horario es malo para ti. Deberías quedarte tranquila. Y angustiarte menos. Te angustias mucho. Claro que no. Claro que sí, lo puedo ver. Tú también te angustias. Sí, a veces, pero no como tú. Tú, cuando te angustias rápidamente se vuelve algo grave y peligroso para ti. Y yo no estoy siempre allí y cuando te digo algo no escuchas. Dices que no es nada, que va a pasar. Pasa, es cierto. Hasta ahora todo pasa. Pero quién sabe.

Investigué acerca de tu enfermedad y a menudo la gente se echa por la venta a causa de esa enfermedad. Yo no. No, hasta ahora. Pero te enfermas muy seguido, ya no aguanto.

Yo tampoco pero sé que pasa y pienso en eso todos los días. Así es. La tengo y no puedo hacer nada.

Pero no debería ser así.

Pero no es mi culpa.

No realmente pero tampoco te proteges lo suficiente. Mírate cómo estás ahora con tu ojo morado. Espero que no la vuelvas a ver. No entiendo cómo llegaste hasta ahí.

Yo tampoco.

Te dije que no me gustaba. Mi cuñado dice, déjala tranquila, es tu hermana. Justamente, dice mi hermana.

No la querías lo sé, pero ella quería ayudarme a salir de mi enfermedad y me lo dijo un día, te hice un hogar, pero yo no

me había dado cuenta. Y además había nacido prematura y su mamá había muerto cuando era una niña. ¿Y luego? Luego no lo sé. Conversamos mucho. Sí, hablas con quien sea, y luego te golpean.

Pero es la primera vez. Nunca antes me habían golpeado. Sí, pero te lastimaron. ¿Quién? Esas chicas, te hicieron daño. Claro que no. No todas. No todas pero varias, dice.

No tan seguido. ¿Por qué dices eso?

Le conté a mi hermana que le había dicho me enervas. Ella dijo, esa no es una razón para golpearte y mírate, hay que cortarte el cabello, ya no tiene forma, para nada. Aquí hay buenos estilistas.

Mi madre lo escuchó. Dijo, ve. Te cambiará las ideas.

Te voy a comprar unos lentes de sol grandes para cubrirte pero tu nariz rota no se puede esconder. Te debió haber golpeado fuerte. Claro que no. Puse mis puños delante de mi cara y pensé en golpearla también. ¿Tú golpear?, me sorprendería.

Quizás me golpeó fuerte pero no sentí nada.

Ese día, sólo vi su rabia. Ahora también siento su dolor.

Me había enviado a comprar cigarros. Tenía mi celular conmigo y a escondidas le llamé a H. mi mejor amigo. Dijo sí, ya voy.

Cuando volví le lancé los cigarros a la cara, lo había visto en las películas. Así que lo hice. Pero era falso. Ella lo sabía y no dijo nada.

H. llegó muy rápido. Estaba lívido. C. estaba lívida. Yo estaba lívida.

H. le dijo algunas palabras a C. con una voz muy suave. Ya no recuerdo qué.

Tomó mi maleta y salimos. Ella no. Ni la perra.

Unos días después C. se regresó a Londres con su perra. A un desván de la tercera zona, eso lo supe después.

Alguien la había recibido allí. Había dejado cajas en el

apartamento de Harlem. En las cajas estaban todas sus cosas, salvo las que había dejado en París para otra ocasión. Yo tenía que hacerme cargo. Tenía que enviarlas a Inglaterra. Me había mandado un mail con la dirección. Nunca había escuchado hablar de ese lugar.

En la casa rentada por mi hermana pasamos año nuevo. Bebíamos champaña. Había una piscina pero mi madre la veía de lejos.



Ella se sentía débil y la enfermera todavía estaba allí. Me preguntó cómo me había ido en Nueva York. Bien, le dije.

Debe ser bonito y me da gusto que des clases en una universidad, tú que nunca estudiaste. ¿No estás contenta? No lo sé. ¿Vas a seguir de todas formas? No lo sé. ¿No lo sabes? No lo sabes. No sabes nada. ¿Y tus alumnos, tu apartamento, cómo es? Está bien.

Tiene un pasillo largo. Te gustan los pasillos largos, siempre los metes en tus películas. Sí y al fondo del pasillo dos habitaciones, una más pequeña que la otra. Del lado izquierdo dos puertas, una que da a la cocina, la otra al baño que está pintado de azul claro con una ventana.

En la cocina hay todo.
Un refrigerador.
Una estufa de gas con un horno.
Un microondas.
Un gran fregadero. Una lavadora de trastes.
Una lavadora de ropa.
Del otro lado del pasillo otras dos entradas sin puertas.
Frente a la cocina un comedor.
Con una mesa negra. Seis sillas negras. Un trinchador negro.
Mi madre dijo que está bien tener una lavadora de ropa y
un horno de microondas. Sí. Está bien. ¿Pero por qué todos los
muebles son negros?
¿Y tienes al menos una sirvienta? A veces, pero habla
español. Tienes que tener una sirvienta al menos una vez por
semana. Sobre todo tú. Sí.

Al inicio yo no tenía conciencia de lo que hacía, o sí quizás.
Estaba dispuesta a todo, a dar e incluso a recibir. Después ella
siguió dando pero yo ya no lo veía salvo intermitentemente.

Yo ya no quería dar nada, apenas un sofá feo, el más barato
de la calle. *Stingy*, avara, me escribió meses después. Sí y no. Sí
sin duda, mi única defensa.

Pienso eso ahora. Encuentro excusas.

Pero le hacía la guerra, la guerra traicionera, la guerra fría.
No debí hacerlo.

Incluso ahora no logro imaginar lo que debí o pude hacer.
Si tuviera que volver a empezar lo haría seguramente igual
pero distinto.

Había pasado frente al sofá de la calle varias veces. Estaba
allí colocado sobre la acera frente a la vitrina. Lo probé
incluso. Me gustaba, me gustaba más y más cada vez que
pasaba en frente.

Al final le dije ven a ver este sofá. Le advertí la tienda está horrible y tiene muebles horribles pero este sofá tiene algo, no sé qué pero no está mal, ¿no crees?

Sus pequeños ojos cafés se iban hacia todas partes, terminaron por fijarse en el sofá. Sí, ella también pensaba que después de todo no estaba mal.

Lo compramos.

Nos lo entregaron.

Lo pusimos en la habitación vacía.

Estábamos contentas.

Ese sofá nos gustaba a ambas.

Y luego ella pidió un montón de cosas.

Lo rodeamos de ese montón de cosas seguramente para que se viera menos.

En el supermercado, allí en donde la confundieron con mi hija, no encontramos azúcar en cubos. Y sólo podía beber mi café con azúcar en cubos. Los ponía entre mis dientes y así me bebía mi café. Creo que mis tres tías en su época hacían lo mismo.

Un día tocaron a la puerta, era un día en el cual yo escuchaba.

Me levanté, fui a abrir.

Había un repartidor con un paquete pequeño.

Lo abrí con una especie de falso entusiasmo.

Era el azúcar en cubos.

Todavía quedaban cuando regresé y ella ya no estaba y yo estaba muy contenta. Me gusta tomarme el café con un trozo de azúcar sobre la lengua o entre los dientes.

Así bebo el café. No me gusta ponerle azúcar al café.

También había nueces cubiertas de chocolate, chocolate en polvo, le gustaba todo lo azucarado.

Y hoy en París vi los postres de arroz con leche de Danone y los quesos griegos. Estuve a punto de comprarlos.

Todo eso le compraba antes y también flanes de caramelo,
nos los pasábamos de boca en boca.

Al inicio era un cataclismo con quemaduras y exaltación.

Palabras, siempre las mismas repetidas sin cesar, conocí
las palabras de amor de una lengua antigua.

Hablé tanto. No debí.

Sí, revivía.

Dejaba de ver a mi madre morir.

Dejaba de no vivir.

Había vida en mí.

Toda una vida.

Una vida plena.

Mi madre suspira, En la mañana es cuando estoy mal, cuando estoy peor. Después me espabilo un poco, ¿no crees? Mantiene sus ojos cerrados durante el desayuno tropical. Los abre cuando hablo. En cuanto me detengo los cierra. Di algo. Seguramente tienes algo que decir.

¿Pero qué? Lo que quieras, lo que haces, dilo. Lo que sea. Sí. Lo voy a intentar. Pero nada absolutamente nada pasa por mi cabeza. Qué quieres que te diga. Todo me interesa.

Plátame de tu escuela en Nueva York. Ah, no, eso no. No hay nada que contar. Doy clases tres veces por semana, eso es todo. Tengo catorce alumnos, nada más.

Vienen de todos los países del mundo. Es todo.

Busqué por mucho tiempo algo que decir acerca de ese año transcurrido que fue espantoso. Bueno casi todo el tiempo. Con gritos, silencios interminables, golpes, insomnios, diarreas, ratones, exterminadores. Caídas, pies torcidos, rodillas lastimadas, sudores fríos, sudores calientes. No iba a contar todo eso. Ni lo demás.

El café en la cama. Las patas de la cama. El té de manzanilla. Los besos apenas dados. Ni siquiera el frío o el calor ni este clima raro. Ni las mañanas con la perra, no le hubiera gustado la perra de C. No le hubiera dado lástima cuando hacía frío y en Nueva York hacía frío y la perra ladraba.

Sí hacía frío a lo largo de la calle FDR y a lo largo del río.

El viento soplabla a cientos de kilómetros por hora, quizás menos pero muy fuerte.

La perra temblaba nosotras también.

Ladraba cuando veía a otro perro. Por qué.

Seguro por miedo. No había nada que hacer para detenerla. Por la tarde ya no íbamos hasta el río. Íbamos a la isleta que

divide Broadway, estaba menos lejos. Pero los autos pasaban por ambos lados y había gente pobre sentada allí durante horas. Dábamos vueltas con ella hasta que se sentara con dignidad y cagara. Entonces rápido, regresábamos.

A veces era largo, necesitaba mucho tiempo. Nos daban ganas de apurarla pero ella tenía su ritmo, se sentaba cuando era el momento, su momento. Necesitaba muchas idas y venidas sobre ese pequeño pedazo de tierra, con bancas y la pobre gente sentada allí.

A veces no había nada que hacer no quería sentarse.

Es tu momento, le decíamos, después ya volveremos a bajar, pero no le importaba.

Y si de lejos veía a alguien, un perro, ladraba. Alto. Pero ladraba. A veces eso me molestaba, a veces la dejaba. Pensaba necesita ladrar.

Sobre todo desde que le pusimos un bozal cuando salíamos del apartamento. Nos rompía el corazón ponerle el bozal. Pero al vecino asiático no se le iba una. Seguramente estaba al límite con un recién nacido y una mujer deprimida. Al cabo de unas semanas lo vi en la calle y le pregunté si ahora ya estaba bien. Sí, ya no escuchaba al perro pero había agua en el plafón de su baño, seguramente se me olvidó y dejé desbordarse el agua de la tina. Le dije que no. Pero era verdad.

Luego de unas semanas decidimos ya no ponerle el bozal, pensamos que ya se había acostumbrado a su nuevo entorno. Así que salíamos del apartamento, cerrábamos la puerta y escuchábamos un largo rato. Pero nada. Daba algunos pasos, y seguramente se iba a acostar a la cama. Estábamos tranquilas. Un problema solucionado.

Por fortuna para ella no salíamos mucho ni por mucho tiempo. Íbamos sólo al supermercado o al restaurante mexicano de la

esquina en donde sólo estábamos nosotras y una tele enorme que hacía mucho ruido y podíamos hablar de eso, de ese ruido que era insoportable. Incluso intenté hablar con la mesera que no hablaba ni una palabra de inglés.

Así que me tapé los oídos para explicarle, moví dos dedos para indicarle que bajara el volumen, lo bajaba un poco, muy poco. A veces había un hombre cansado que bebía cervezas en el mostrador, seguramente necesitaba el ruido. Sin duda eso le gustaba. Y de la noche a la mañana el restaurante cerró.

Qué lástima. Me gustaba ese restaurante, era el restaurante de la esquina. Siempre me han gustado los restaurantes de la esquina, en París, en Bruselas, en Harlem, siempre.

En México no había restaurante de la esquina ni vendedores de cigarros ni de periódicos. Todo estaba lejos. Había que ir en auto y nunca pude conducir. Le decía a C. vas a aprender a conducir y vamos a andar por todo América. Ella estaba de acuerdo pero nunca aprendió.

Al lado del restaurante de la esquina había una tienda de abarrotes infame en donde compraba los cigarros. Negociaba el precio, alguien me había dicho que lo tenía que hacer y entonces lo hacía y el precio bajaba cada vez más.

Los cigarros estaban escondidos en algún lado y el patrón mandaba a su sobrino a buscarlos. Gritaba Elías. Mis cigarros se llamaban Yellow. El patrón hacía mil gestos para darnos a entender que esos cigarros no eran digamos, legales, que eran ilegales. Me pregunto en dónde los encontraba pero es un misterio.

Por supuesto que la perra no podía entrar así que la dejaba frente a la tienda con la correa que me jalaba el brazo. Después vi a un perro dentro de la tienda así que también dejé entrar a la perra y el patrón que había colgado suras a la izquierda sobre un tablón de madera no decía nada. Sin embargo yo sabía que para la gente de suras la perra era impura.

No, no había nada que decirle a una madre.

Buscaba pero no encontraba. Así que le dije ya no me gusta Nueva York incluso con su cielo azul de invierno. Ya no te gusta Nueva York, pero siempre has adorado Nueva York. Ya no, Nueva York cambió o fui yo. Quizá ya no estoy hecha para Nueva York. Mi madre dice yo sólo fui una vez, llegamos en auto desde Canadá. Con papá y tu tío y tu tía.

Cuando pasamos por Harlem tu tío cerró las ventanas. Dijo, es muy peligroso para los blancos. Y tú ahora estás allí. Ya no es como antes mamá, ya no es nada peligroso. Y cuando llego con mis maletas siempre hay alguien del edificio que me ayuda y a veces él o ella dice, lo hago por Dios. Sonríó y digo, por lo pronto usted lo hace también por mí.

¿Son tan creyentes? No lo sé pero tengo la sensación de que en mi edificio sí lo son.

Yo no soy realmente creyente pero sí un poco. Siento que existe algo arriba en el cielo pero no sé qué. A veces me lo pregunto. ¿Y tú? Yo no. Sin embargo me gustaría ser creyente.

Quizá me sentiría en paz.

Sí, mi padre se sentía en paz, era terriblemente creyente. Era magnífico y muy tierno, seguramente por su creencia, pero de todas formas desapareció con los demás.

Es una pena y una tristeza. Me hubiera gustado que los conocieras a los dos. Eran muy distintos pero se llevaban bien, fue un matrimonio arreglado pero se entendían, no podían entenderse mejor. Bueno, al menos tuvieron eso, esos años de relación antes de desaparecer.

Él tenía una voz magnífica y ella unas manos de hada y hubieras visto cómo se peinaba. En el fondo los dos eran artistas así que ya sabes de dónde lo heredaste.

Después volví un rato a París y a Bruselas. Con mi ojo morado y mis lentes de sol.

Sin maquillaje porque me lo ponía mal.
Me di cuenta que me miraban en la frontera.
Así que escondí mi nariz con un dedo.

Volví a mi casa, a mi apartamento, con el tapete, en la sala, el falso tapete oriental que le había comprado a un comerciante como si fuera un verdadero tapete oriental pero me da igual, yo quería ese tapete y nada más.

Y todavía me alegra haber comprado ese tapete, de hecho, es hermoso aunque sea falso. Lo miro y pienso ese tapete me gusta. Es muy raro que me compre algo así que por una vez que lo hice estoy feliz, aunque sea falso.

Me sentía sola en París. Nadie escuchaba, nadie me examinaba.
Me sentía sola pero bien.

Nadie me preguntaba por qué no duermes.

Nadie escuchaba mis conversaciones telefónicas.

Nadie me examinaba ni tampoco me miraba.

Pensaba de todas formas tengo que recordar que a veces fuimos felices. Y que eso cuenta.

Y que a veces la luz pasaba a través de los muros.

Me pregunto cómo, pero pasaba y hacía bien.

Le dije, tres veces soy feliz contigo. Una vez en una pequeña habitación en la planta baja en una isla en Grecia. La otra vez ya no la recuerdo pero sé que sucedió una tercera vez en la terraza del restaurante mexicano en Harlem en donde las dos nos tomamos unos cocteles. Después me enfermé pero no importaba. Fue el día que llegó, más o menos. Hacía calor. Nos dejaban fumar en esa terraza, nadie veía, nadie nos decía nada, sí estábamos contentas.

Después de eso ya no fue así y fui a comprar los muebles más feos de Broadway y no era una casualidad.

Te hice un hogar, lo dijo un día y era cierto y yo ni me había dado cuenta.

Sí, todos esos mensajeros que tocaban sin parar traían cosas para hacerme un hogar y cuando tocaban yo decía, otra vez.

Ella sangraba. Yo no lo sabía. No veía nada. Ya ni siquiera su bello rostro ahora sombrío y trágico. Ya ni siquiera sus ojos cuya pupila se volvía invisible. Ya nada. Ya ni siquiera la volteaba a ver. No, ni siquiera eso.



Fui a Bruselas a trabajar y me quedé en el gran apartamento vacío de mi madre.

Nadie gemía. Nadie estaba en el hospital. Nadie hacía listas. No había cuidadoras. Sólo estaba yo y miraba la televisión. Hacía mucho frío pero de todas formas los niños de la planta baja jugaban en el jardín.

Pensé, no tengo que desordenar nada. Un día ella volverá. Y de inmediato verá el desorden.

No lo hice y al irme cerré bien la puerta con llave. Había que darle vuelta a la llave en la cerradura cuatro veces y lo hice. Antes no era así, con una vez bastaba pero después del robo en donde desaparecieron todas las joyas que mi padre le había regalado a mi madre, tuvimos que poner puertas blindadas. Y había que darle la vuelta cuatro veces a la llave en la cerradura para que la aseguradora quiera reembolsar si volvía a pasar algo.

Todo el mundo decía que Bruselas ya no era como antes, hay asesinatos, robos, gente atacada en la calle, así que se necesita una puerta blindada. Hice todo como había que hacerlo y no lastimé a nadie. Incluso buscando bien no le hice daño a nadie. De todas formas, estaba sola y ya había hecho suficiente daño. Era suficiente y era para siempre.

En Harlem, a menudo no cerraba la puerta con llave y nunca pasó nada.

Y luego tomé un avión una vez más. Mi ojo estaba menos negro y mi nariz más derecha.

Cuando volví exhausta a Harlem con demasiadas maletas y habiendo perdido en alguna calle las llaves de mi madre, me habían dicho, sobre todo no las pierdas, a lo que contesté, cuando me dicen que no las pierda las pierdo y así fue, estaban perdidas. Cuando entré dejando caer mis maletas en el pasillo

todavía alumbrado, lo primero que vi fue el montón de cajas y la bolsa de C. que pronto iban a venir a buscar y luego entré a la cocina y allí había una pequeña luz roja encendida en la trampa para los ratones. Incluso vino un hombre con un rollo de hilo metálico naranja. Nos dijo simplemente se lo van a devorar y van a morir. Me dieron náuseas, ¿de verdad había que hacerlo así? Él estaba acostumbrado, eso ya no le afectaba, habíamos tapado incluso algunos hoyos y aún así había.

Pensé, bueno ya veremos mañana, y al día siguiente agarré la trampa y deslicé al ratón muerto y seco en una bolsa de plástico y la fui a tirar.

De las cajas me ocupó mañana.

Al día siguiente las cajas se fueron.

No había tantas pero se sentía vacío sin las cajas.

Pensé es mejor el vacío.

Incluso si no había tantas tenían una presencia muy fuerte.

Me gusta el silencio, yo que había hablado tanto al inicio.

Me gusta el silencio y no hay nadie que me lo reproche.

Al inicio hablaba. Un mar incesante de palabras.

Decía todo y nada y rápido, tenía que narrar todos esos años que nos separaban. No debí haberlo hecho. Pero eso lo supe más tarde, mucho más tarde. Cuando todo se desintegraba a causa de todos esos años y todas esas viejas relaciones, de todas esas viejas historias que nunca terminarán.

Yo hablaba rápido. Ella no decía nada. Escuchaba con una atención terrible.

Nadie nunca me había escuchado así.

Más tarde, mucho más tarde, supe, la escuché contarme que ella había nacido prematura, bueno muy pequeña de dos kilos justo después de su hermana gemela. La habían metido a la

incubadora y su padre había notado sus pequeños ojos cafés que se iban hacía todas partes, que lo veían todo, ojos que prometían. Su padre ya la amaba, nunca dejó de amarla, la madre dejó de hacerlo cuando todo acabó.

Tenía tres hijas. El padre y la madre hicieron todo por sus tres hijas eso creo. Sobre todo la madre que quería para sus hijas vida una distinta a la suya. Así que sus hijas debían estudiar más, siempre más. Era estricta y respetada me parece. No la conocí ni al padre ni tampoco a las hermanas. Creo que vi a la madrastra por Skype, sí estoy segura, una madrastra de mi edad y llena de vida. Es todo lo que recuerdo de aquella madrastra. La otra suegra era la de mi hermana y la recuerdo muy bien. También murió muy joven como la madre de C. Pero la madre de C. murió mucho más joven. Tan joven que no vio crecer a sus tres hijitas en la cuales había depositando tanta esperanza y sobre todo que tuvieran una vida distinta a la suya, no vio en lo que se convirtieron después de su muerte. No supo si sufrieron ni cómo después lo habían superado, bien o mal. Nunca supo que C. hizo una tesis y que escribía y que también tocaba el saxofón. Su madre había muerto para siempre y no es justo claro morir tan joven porque somos mujeres y fue una enfermedad de mujeres. Ni por cualquier otra razón. Pero no hay nada que hacer, murió. Claro morimos un poco cada día pero bueno, la muerte definitiva sin que quede ningún otro día para morir un poco cuando se es tan joven, no es justa. Sobre todo cuando tienes un marido y tres hijitas y aunque no las tuviera no sería justo, sobre todo cuando no lo decides incluso cuando lo decides, es porque la vida en donde morimos un poco todos los días era insoportable y eso es terrible, como para el hermano de L. a quien quise tanto. Era como mi hermano pequeño aunque midiera casi dos metros.

Para él la vida se había vuelto insoportable. Sin embargo, lo tenía todo y además dos hermanas. Y escribía, hasta el final

escribió. Cuando empezó a escribir me lo dio para leer, y le dije eres un escritor. Uno de verdad. Pero escribió y reescribió un bello libro. Luego todo había acabado.

Vivía un infierno y no podía esperar más. Pero no tengo ganas de hablar de eso. Sucedió hace mucho tiempo pero se siente como si hubiera sido ayer y tuvimos buenos momentos. Nos tomábamos cocteles en las terrazas de los cafés. Hablábamos de todo y de la película que acabábamos de ver juntos.

Esa muerte fue terrible para todos quienes lo conocían, y mi padre que todavía estaba vivo le dijo a su hermana ahora ya está bien, está tranquilo, tú y tu hermana y tus padres y todos los que lo quieren son los que van a sufrir, y era cierto pero no fue realmente un consuelo. Y en el entierro había muchos jóvenes y fue terrible porque eso nos recordaba que él también era joven, y aún peor porque había sol ese día. Un sol joven fuera de temporada, como aquella muerte.



L. se desvaneció en el aeropuerto cuando supo que ya no había nada más que hacer por su hermano y que estaba bien muerto. Fue su hermana haciendo el signo de no con la cabeza lo que provocó que cayera. Ella entendió con ese signo que no había nada más que hacer. Un amigo estaba allí con nosotros, un amigo a quien desafortunadamente ya no veo, desafortunadamente porque a ese amigo lo quiero todavía pero él a mí ya no, sino todavía nos veríamos.

Él nos llevó al aeropuerto Charles-de-Gaulle y después a mí a Bruselas, cuando murió mi padre. En ese momento todavía era mi amigo, un amigo a quien llamaba por dentro mi hermano ya que teníamos tantas cosas en común.

Todavía las tenemos pero él ya no quiere o ya no puede ser mi amigo, en todo caso ya no puede estar cerca y eso me duele cuando lo pienso, por suerte no lo pienso tan seguido si no me dolería el corazón todo el tiempo y me duele el corazón muy seguido así que evito pensar en muchas cosas pero eso no sirve de nada porque de todas formas me siento mal así que me acuesto y me duermo, duermo muchísimo en mi vida.

Duermo casi todo el tiempo, por momentos pero no es grave porque me gusta mucho mi cama, sobre todo la de París y también la de Bruselas, la de Nueva York un poco menos porque es muy suave y me duele la espalda, pero ahora por suerte uno de mis alumnos me mandó cortar unas planchas de madera a la medida de mi colchón porque después de la partida de C. pasé mucho tiempo en la cama y me dolía tanto la espalda que le quité la base a la cama y puse el colchón en el piso, luego me dolía menos la espalda pero el colchón estaba tan cerca del piso que levantarse era un martirio por alguna razón que entiendo sin entender y la base de la cama me impedía caminar alrededor del colchón, bueno podía caminar pero tenía que ser muy cuidadosa porque me golpeaba todo el tiempo con la base y me lastimaba. Un día vino M., nos habíamos reencontrado al fin. Y reencontramos nuestra intimidad. Fue como si nunca nos hubiéramos dejado.

Ella colocó la base de la cama del otro lado así que ya no me golpeaba y me pregunté por qué yo no lo había pensado y me dije claro es el tipo de cosas que no pienso porque no tengo un sentido práctico, salvo a veces.

Incluso un día con una amiga en una siniestra habitación de hotel a la orilla del mar en Francia, no lográbamos dormir porque el agua del escusado se estaba saliendo, fui a levantar la tapa. Puse una toalla adentro en algún lugar y a Dios gracias pudimos dormir, y mi amiga no lo creía y siempre se acordaba de eso y de cómo por una vez tuve un sentido práctico. Y cuando teníamos ganas de reír nos contábamos esa historia, y reíamos y decíamos sí qué sentido práctico. Ahora ya no nos reímos juntas porque estamos enojadas una con la otra y así es. Nos hubiéramos podido enojar hace mucho sobre todo yo con ella, bueno es lo que pienso ella seguramente piensa lo contrario

pero ya no es mi problema ponerme en su lugar y pensar en lo que podría pensar porque ahora estamos enojadas y es para siempre creo, en todo caso por ahora y extrañamente mientras que tantas cosas me duelen eso no, seguramente estaba muy enojada y ahora que no nos vemos porque estamos enojadas ya no estoy enojada, pero solamente porque ya no nos vemos y ya no me da razones para estar enojada. La quise tanto y ya no la quiero, la quise tanto, ella sin duda también me quiso pero si había alguien más, cuando había un hombre quiero decir el amor que me tenía ya no importaba y lo entendía y sufría en silencio pero lo entendía tan bien que no quería mostrar mi sufrimiento así que sonreía tanto que me dolían los cachetes. Fingía que todo estaba bien y ella también. Pero ya nada estaba bien en todo caso para mí, así que me iba a algún lado o hacía muchas cosas, como una película u otra cosa que me absorbía y ya no sufría por nada. Estaba tan absorta que me ponía feliz y eso es realmente agradable y no sucede seguido pero cuando sucede siento que vuelo, que ya no tengo los pies en la tierra y de pronto es fácil ir al supermercado.

Pero lo peor con mi amiga con la que estoy enojada es que cuando el hombre ya no estaba ahí por una u otra razón ella regresaba y todo volvía a empezar y un nuevo hombre y el resto y mi sonrisa que lastimaba mis cachetes sí, todo volvía a empezar y claro que lo entendía, lo entendía todo muy bien y así es como debía ser y todo volvía a empezar y hacía un nuevo proyecto y la vida volvía a ser tan agradable. Y cuando la vida es agradable no pensamos que cada día es morir un poco, para nada. Sólo pensamos que la vida es agradable y que la vida es algo bello y la aprovechamos y entonces no dormimos tanto. La aprovechamos y vivimos. Vivimos de todo y por nada nos reímos.

Ahora ya no estamos enojadas. Afortunadamente. La conozco hace tanto tiempo, vivimos desenfrenadamente juntas y

hacemos tantas otras cosas, no podemos permanecer enojadas, pero ya no es realmente lo mismo. En el fondo es una lástima, un e-mail por aquí y por allá es todo lo que nos queda. Ya es algo y quizás algún día nos volvamos a ver y será como antes. Debí desconfiar al leer sus e-mails. Ya desde el inicio, antes de que pasara algo, se expresaban con humor unos celos luminosos. Veía el humor. Me equivocaba.

Yo siempre he escondido mis celos cuando se apoderan de mí.

Siempre. Y sin embargo tenía razones, muchas razones para estar celosa y para sufrir pero en mis tiempos no decíamos nada.

La mayoría del tiempo me dejaban por un chico por ejemplo y luego volvían, luego me rechazaban y aceptaba todo con una sonrisa. Era estúpido y hasta ahora cuando lo pienso me digo no debí hacerlo. No debí hacerlo así. Pero se había vuelto una segunda forma de ser.

Un día incluso quise suicidarme pero sonriendo, sobre todo sin olvidar sonreír como si fuera un gesto sin consecuencias. Por suerte lo fue porque sobreviví. Hasta ahora he sobrevivido a todo aunque a menudo he tenido ganas de suicidarme. Pero pienso no le puedo hacer eso a mi madre. Después cuando ya no esté.

Hoy tocan a la puerta, no son ni las nueve, dormito todavía un poco por el cambio de horario, después de todo acabo de llegar y me costó mucho trabajo volverme a dormir.

Es domingo. Pienso quizás es C. pero no, no puede ser ella. No es como otras veces cuando llegaba sin avisar y sin que yo lo quisiera.

Estoy apenas vestida. Ya me tomé mi café, el agua sale de la tina. No voy a contestar. Tocan de nuevo, pregunto quién es, no llego a abrir la puerta, vuelvo a preguntar quién es.

Una voz femenina contesta, la exterminadora. Le digo, todo está bien. Pienso mañana voy a estar invadida de cucarachas. Ni modo.

Ni modo, ya se fue, seré yo quien la moleste y mañana está lejos.

Ella había dejado el apartamento. Después de todo eso. Todo eso, son miles de mails intercambiados, proyectos, risas y lágrimas, más y más lágrimas.

Me dije a mí misma ya no la amo, es mejor así y empezaba a tenerle miedo. Le había dicho ya no te amo, ella contestó no es posible. La había mirado. Luego me había alejado. Si me hubieran dicho eso a mí me lo hubiera creído. Ella no.

Tocan de nuevo. Abro. Era otro regalo que llegaba. Era realmente un regalo de más. Me tomó un tiempo abrirlo. Ya no sé qué era.

Cuando le pregunté a mi hermana qué regalo le podía dar a mi sobrina para su boda me dijo trae dinero. Lo llevé, creía que era mucho pero entendí al dárselo a mi hermana que era poco. Nunca supe dar regalos. Así que me sentí triste y un poco incómoda.

Nunca supe dar regalos y cuando C. me daba uno yo apenas los veía o fingía verlos para darle gusto. Pero en el fondo no los veía.

Recordé que mi padre siempre daba un sobre con dinero en las bodas y era menos de lo que yo le di. Pero fue hace tanto tiempo que quizás era más, quién sabe.

Cuando volví después de su partida me fui a deambular por el vecindario.

El vendedor de cigarros me preguntaba dónde estaba mi hija.

La propietaria, ¿qué le pasó a C.?
El conserje, ¿en dónde está C., y el perro?
Los vecinos hispanos, ¿y C.?

Cuando ya no deambulaba por el vecindario me quedaba acostada. Tomaba somníferos.

No compraba comida, me terminaba las últimas compras, las pastas, el arroz, al principio con salsa de tomate y luego sin salsa.

Aún me dolía la nariz bueno eso creía.

Y pensaba es mejor, ya no la amaba, nos lastimábamos. ¿La amaba? ¿La amo? No lo sabía. En todo caso pensaba en ella. Sobre todo cuando de casualidad me encontraba algo que ella había comprado o cuando tomaba café en una de sus tazas.

Sí, todavía ahora meses después estoy entre cosas tuyas que olvidó meter a las cajas. Una camiseta azul claro. Una rosa y unos tenis.

Me puse sus pantalones y rápidamente los lavé, no se trataba de que además le arruinara sus pantalones. Seguramente los extraña.

Un día, recuerdo, hablé desde Nueva York a Bruselas a casa de mi madre que acababa de llegar después de todos esos meses en México, me dijo muerta de la risa, revivo, revivo. Casi gritaba.

Yo también me sentí mejor, pensaba estar tan preparada para su muerte, preparada para no sentir nada y cuando me dijo eso la pesadumbre que tenía en mis hombros, en mi estómago, la pesadumbre desapareció.

Pensé, realmente me invento historias.

De verdad no estaba lista para nada.

Cuando volví a París quedaban muchas cosas que C. había dejado. Se las tenía que mandar. Le envié un mail diciéndole que estaba en París, que me iba a organizar para mandarle lo que quedaba en mi casa. Había muchas cosas.

Me preguntaba si ella las quería todas. Bueno no importa, lo voy a empacar todo.

Me escribió que lo quería todo. Las dejé allí para llevármelas poco a poco a Nueva York y a la vez para no gastar mucho. También dejé algunos de mis libros de música en tu cuarto. Están en el marco de las ventanas hasta la derecha si bien recuerdo. Mucho mejor pienso, así tendré más aire en el apartamento. Y además ya no quiero nada en mi vida ni en París ni en Harlem que me haga pensar en ella. Sin todo lo que todavía arrastro ya nunca más pensaré en ella y estaré muy bien.

Ya no sé si la bata azul claro es de ella. Quizás.

No debe ser mía. Así que quizás es suya. Me gusta cómo me siento poniéndomela después de bañarme. Me queda bien. Me gusta. Pero si es suya se la devolveré. Le devolveré todo. Doblaré todo. Todo perfectamente. Sentirá que todas sus cosas fueron ordenadas y dobladas con cuidado incluso con cierto amor. No el mismo por suerte.

Cuando le haya mandado todas sus cosas ya no tendré ninguna razón para escribirle. Habrá terminado. Y lo que me gustaba era escribir.

Había empezado de manera extraña y muy rápido se convirtió en un gran amor pero solamente en ese extrañamiento, no en la vida creo y ella y yo también destruimos. Es lo único que hicimos.

Empacaba, bajaba las cajas del primer piso al estacionamiento para que fuera más práctico. Una amiga le iba a llevar todo. Aprovecharía para hacer un pequeño viaje a Londres. Le gusta Londres. A mí no. Sobre todo esas calles en donde todo es igual. Sobre todo esas plantas bajas oscuras que dan sobre los jardines horribles en donde los perros mean por las mañanas, en todo caso la perra de C. eso hacía y no sólo eso, sin duda. Y

no lo quiero saber. Ahora está en un desván en la tercera zona así que la tiene que bajar.

Mi amiga a la que le gusta Londres se irá con las cajas nómadas de C. Todo lo que queda de las pertenencias de C. No tiene muchas cosas. Libros, los que le sirvieron para escribir su tesis, unos DVD, camisetas, un traje de baño, el que llevaba el verano que fuimos a Gracia y varios pares de tenis. No puedo no pensar en sus tobillos con esos tenis. Me abstengo del resto. Salvo de un libro, se llama *Le Don*, me da escalofríos. Pienso, no fui capaz de dar. Y luego me acuerdo de todo lo demás. Y que dar significaba rendirse.

Cuando mi amiga estuvo en Londres no vio a C. Sólo a la amiga que la hospedaba. Tuvo la sensación de que C. se escondía en algún lugar arriba en el desván.

Un día recibí un mail. Me pedía ayuda. No tenía papeles, ni dinero, ni nada, le habían robado todo.

Le envié dinero.

Luego recibí otro mail diciendo que había sido hackeada.

Cuando supo que le había enviado el dinero me escribió algo que terminaba en *kiss you*, te mando un beso.

Lo pensé a fondo, me dije no voy a contestarle un *kiss you* si no todo podría volver a empezar. Le contesté, *take care*. Cuídate o algo así.

No estaba contenta. No sé en qué circunstancia me escribió también, siempre serás especial para mí. Le contesté, no me hagas llorar. También lloré mucho, me dijo.

No, no voy a contestar. No voy a contestar. Ya no voy a contestar.

Sí, hasta el martes. Le dije eso a mi madre que ahora escucha muy bien.

¿Te quedas algunos días?

Sí hasta el viernes o el sábado por la mañana.

Me desperté muy tarde.

Perdí el tren.

Por fin estoy sola.

Además, siento que tengo que estar sola en mi casa. Hace mucho que no sucede. Ya no tengo ganas de irme.

Le cambio a mi madre esos cuatro días por una semana completa la semana entrante. Me dice estás cansada. Sí, estoy cansada.

Y el cansancio excusa todo.

Además, acabo de llegar. Llegar a mi casa. Tengo muchas cosas que hacer. Hay papeles y cartas y pagos. Te entiendo, yo también los tengo, no lo aguanto. ¿Pero nuestra prima te ayuda, no?

Afortunadamente me ayuda pero de todas formas no lo aguanto. Me dan miedo ese tipo de cosas. Todo lo que es administrativo me da miedo. Pienso que a mí también, pero le digo ¿qué crees que te va a pasar? Todo lo paga el banco.

Pero el hospital en México fue terriblemente caro y tengo derecho a un reembolso pero tengo que contestar muchas preguntas, le digo de nuevo, pero nuestra prima te ayuda. Sí, me ayuda pero tengo que estar junto a ella y ayudarle a contestar todas esas preguntas, no sabe todo lo que pasó. No, claro, pero las preguntas son generales y siempre hay que contestar lo mismo. De hecho, di la verdad, es mejor. Pero ya no recuerdo.

Ya no sé qué decirle, yo tampoco, no recuerdo bien.

Me dice, es como un hoyo negro. Lo entiendo. Le digo que lo entiendo realmente. Ya no sé cuántas veces tuve que tomar un avión para despedirme. Siento que pasé mi vida en los aviones.

Por suerte cuando llegaba a casa de mi hermana allí estaba el perro y el perro completamente blanco dormía conmigo y me tranquilizaba. Eso dicen de los perros, que se controlan.

El perro anterior había sido atropellado por un auto, era el perro de mi sobrina y lloró mucho. C. quería tanto a su perra.

C. la había rescatado al nacer, si no no hubiera existido.

C. adoraba a los animales y hubiera sido veterinaria pero su madre quería algo mejor para ella.

La veterinaria le hacía pensar en el campo de donde ella se había escapado y no quería eso para su hija.

Cuando era niña no me gustaban los perros pero ya que tuve un perro fue terrible. Lo quise con locura y cuando murió le hablé a mi madre en un llanto incontrolable.

Nunca había llorado así.

C. perdió a su madre muy joven. Cuando H. le preguntó qué efecto tenía el haber perdido a su madre de ese modo, de una enfermedad grave, simplemente contestó *no comment*.

Esa noche u otra, posiblemente otra, me dijo tú no me abandonarás. Le contesté, no nunca.

Pensé en ella, en su madre tan joven. Cómo le había hecho, a veces me lo contaba. No tanto y yo tenía miedo de hacerle preguntas pero sabía que fue una enfermedad grave y que era genético. Así que le decía vamos a ir juntas a hacer los estudios pero nunca lo hicimos.

Tampoco nunca aprendió a conducir.

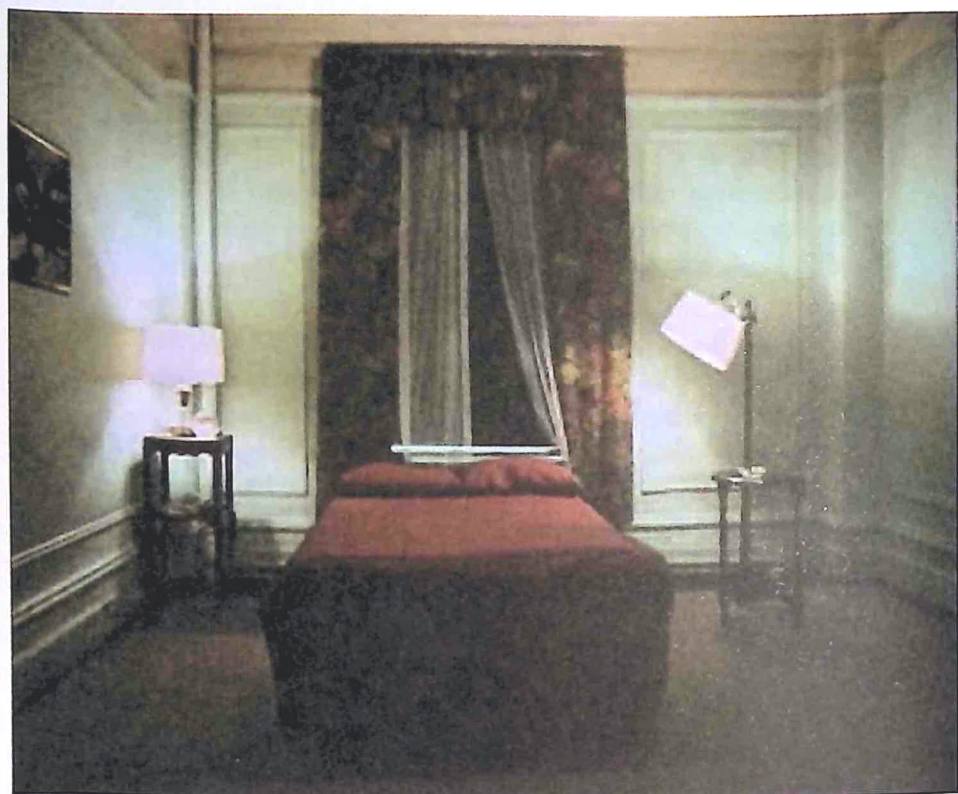
No escribió su libro.

Me examinaba por encima de sus papeles, es por eso.

Estaba muy ocupada.

Ella decía es normal estar un poco celosa. Un poco. Quizás pero no sin razón.

Yo tengo mis razones.





Duraba horas. Horas de tormento.

Sentía que me apagaba. No soportaba esas horas. Lo intentaba pero no podía.

Es fácil llorar por un perro. Yo nunca había gritado llorado tanto como cuando se murió mi perro. Sin embargo, murió de vejez mientras que el de mi sobrina acababa de nacer. Cuando digo que mi perro murió de vejez no es del todo cierto, tenía los riñones bloqueados y L. y yo lo llevábamos muy seguido al acupunturista veterinario que lo atravesaba con unas agujas enormes. El perro nos miraba como preguntándonos creen que está bien y que realmente me tengo que dejar, pero veía en nuestra mirada que estaba bien y que se tenía que dejar.

Un día el veterinario nos dijo ya no hay nada más que hacer pero le voy a poner una inyección y durante dos días el perro no se arrastró y ya no daba gritos espantosos de dolor, le llamé a L. que estaba de viaje el perro está mejor el perro se salvó a Dios gracias. Ah estoy tan aliviada. Y llamé al perro, ven a decirle algo a L., y a L. le dije háblale, el perro escuchó, L. no dijo nada pero su silencio fue tranquilizador.

Al día siguiente, creo que eso comenzó durante la noche, volvieron los aullidos de dolor, lo acariciaba, hice todo y más, le hablé suavemente al oído, ya no parecía escucharme bien y aullaba. Le llamé a L. y le dije, esta vez es realmente el final regresa por favor, no quiero ir sola al veterinario. Volvió lo más rápido que pudo. Y ya. Bueno, no del todo, el veterinario le inyectó LSD para que muriera feliz y lo vimos relajarse poco a poco y mirarnos completamente feliz, y luego se durmió para siempre.

Era la época en la que todavía vivía con L. y siempre extraño esa época aunque ahora ya no la extraño, no como antes en todo caso. L. necesitaba vivir otras cosas y yo también y lo entiendo. Pero eso ya se convirtió en otra época.

M. estaba allí, estaba allí conmigo y yo con ella. Éramos dos. Ella tenía hijos así que éramos más.

Entiendo muy bien porque L. necesitaba vivir otras cosas pero es tan íntimo que no logro escribirlo. No olvido a L. que sigue siendo importante para mí y que sin duda siempre lo será.

En el fondo L. es mi familia. En el fondo, aparte de mi hermana. Sé porque L. necesitaba a alguien más y a veces pienso yo hubiera podido dárselo. Ahora me digo eso pero no volvemos hacia atrás y además seguramente no hubiera podido dárselo. Ahora L. vive a unos cuantos cientos de metros de mí, es decir cuando estoy en París y ella también, porque viaja mucho por trabajo.

Y cuando nos encontramos las dos en París, me trae el té ruso que me gusta y comida orgánica porque sabe que no me voy a comprar nada y que voy a ir a comer a un restaurante de la esquina que es bueno pero la comida es nociva y está llena de microbios y otros vicios.

A veces también voy a comer a su casa, hace arroz salvaje y tofu y paté vegetal y es delicioso comer juntas. Aunque fuera cualquier tipo de comida sería delicioso y estaríamos felices las dos. Después de comer me siento cansada así que me duermo en su cama frente a la televisión ultra plana que le compré aunque es extraño que regale algo, y ella trabaja. Es terriblemente trabajadora y tiene una gran concentración y una memoria increíble. Yo soy todo lo contrario. Incluso hice una película acerca de la pereza en donde interpreto a mi propio personaje de perezosa y ella a su propio personaje de trabajadora y la película empieza con perezosa levántate. No me gusta ser una perezosa, incluso lo odio pero admito que soy cada vez más perezosa y cada vez tengo menos ganas de hacer algo. De ahí es de donde viene mi pereza.

Cada paso que doy en mi apartamento de París me hace feliz. Y respirar me hace feliz. Subir y bajar me hace feliz.

Tirar los periódicos viejos. Los libros que ya no voy a leer. Las invitaciones viejas. Cambiar los focos. Comprar lámparas nuevas. Sentarme aquí o allá, y levantarme. Escuchar los gritos en la calle. Y mirar. Dos tipos altos se agarran de la yugular gritándose. Toda la calle mira, nadie reacciona. Pienso, se van a matar. Termino por llamar a la policía. Dos vehículos llegan muy rápido, salen los policías, separan a los tipos, les hablan y pronto todo termina. Los tipos incluso ríen juntos.

Todo se calma.

Revisando los cajones acabo de encontrar otras tres camisetas sin mangas, una blanca, una negra una vino, esto nunca va a parar.

Las extiendo. Las doblo.

Si me viera no lo creería. Nunca me vio hacer esto. Por lo general echo todo dentro de la maleta. Quizás eso es lo que ella llama ser *self-involved*, que nada importe. Ni la maleta ni el resto.



Clara fuma afuera en la terraza conmigo.

Mira la tele con mi madre por la noche.

Mi madre necesita compañía.

Tiene compañía desde que volvió de México.

Ahora ya no aguanta vivir sola como lo hizo durante tantos años. Se acabó. Afortunadamente Clara dejó México para vivir con mi madre.

Clara dice que no duerme por la noche para poder escuchar los ruidos de mi madre.

Por la mañana se despierta tarde y mi madre se pelea sola con su pan, se pelea a causa de su hombro izquierdo que está roto y seguirá estando roto.

Logra con muchísima dificultad hacer el café.

Mi madre se levantó de su sillón eléctrico. Dice que le dio frío y que va a volver a sentarse en su sillón y que pronto llegará la cuidadora.

¿Le abres? Sí, claro.

Se acuesta en su sillón y gime. Gime por intervalos regulares. Sin parar.

Va a tener que salir a comprar pan. Sí. Se lo diré.

¿No te tienes que tomar tus medicinas?

Sí, me las voy a tomar.

Gime. Si tan sólo sus gemidos pudieran detenerse.

Ayer le hicieron tantos cumplidos. Va mucho mejor y su pelo volvió a crecer. Un verdadero milagro. Tiene menos arrugas.

Pero cuando come no logra cortar su carne con su hombro roto, ni cortar ninguna otra cosa. Sí, eso es estar mejor.

Porque antes era peor. Y bueno de todas formas es mejor.
O soy yo quien lo aguanta mejor.
Deja la puerta de la cocina abierta, necesito aire.

Hoy no podremos salir y sin embargo necesito aire. Por suerte salimos ayer. Me comí un helado enorme y tomé aire y vi gente. Gente bonita.

Ayer no me bañé, hoy le voy a pedir a la cuidadora que me ayude a bañarme. Eso me va a refrescar.

Ya no lo puedo hacer sola. Ni vestirme ni desvestirme. Ahora incluso me empieza a doler el hombro derecho. Ya viste esta alfombra, tiene al menos cuatro centímetros de espesor así si me caigo no me lastimo. Fue tu hermana la que mandó poner todo esto. Pero ahora cuando entras inmediatamente te tienes que quitar los zapatos para no ensuciar la nueva alfombra. Sí, inmediatamente.

Y ya no se puede fumar dentro del apartamento si no me ahogo al instante, si quieres fumar sal a la terraza.
Sí. Saldré.

Incluso coloqué una silla en la terraza y fumo.

Bueno, aquí ya no necesita mascarilla de oxígeno, aquí ya no necesita transfusiones de sangre, inyecciones de vitamina B12.

Aquí está mejor. Se olvida un poco, es todo. Y solamente a veces.

Y sin embargo algo cambió, ya no se truena las manos de angustia.

Ya no espera delante de la ventana.

Algo cambió en el ambiente de la casa.

Nos sentimos mejor. No sé por qué. Es lo mismo y sin embargo no. Mi madre revive. Y cuando se pinta los labios, sus labios ya no parecen sangrar. Diría que le queda bien. Sin duda porque sus mejillas están menos verdes.

Me dice estás pálida. Sí lo sé, el médico en Nueva York me dijo que tenía anemia.

Ah como yo, todavía tengo anemia.

También me dijo que me faltaba vitamina D.

Es por el sol. No hay. Y se ríe.

Compré flores blancas para mi madre. El día está muy gris.

Quizás con unas flores lo sentiremos menos.

Lo intentamos. No funciona muy bien.

No tengo nada que decir. Mi madre se queja. Di algo.

¿Pero qué? Lo que quieras, lo que haces, di lo que sea.

Sí. Lo voy a intentar. Pero nada absolutamente nada pasa por mi cabeza, por mis labios.

Está triste por eso. Yo también. Es un mal día.

Va a pasar.

Hablemos. Pero cómo amueblar la conversación. ¿Qué quieras que te diga? Todo me interesa.

Se va recostar y yo me voy a esconder a la pequeña habitación en donde la ropa por planchar se acumula.

Regreso a verla y le digo ¿y si hacemos una lista?

Pensemos en la lista. La lista es para las compras. Todos los días hay compras que hacer. Por supuesto que las cuidadoras son quienes las hacen y no siempre escogen bien. A veces sí.

Sí. No tengo idea dice mi madre.

Entonces vamos al restaurante para cambiar.

Sí, dice mi madre, hace tanto tiempo.

En el restaurante se comió todo. Se bebió todo. Un gran filete a la pimienta, papas fritas, pan, mantequilla. Una gran copa de vino tinto.

Le corté su carne como si fuera lo más natural del mundo. Pero además de decir que todo es bueno y que siempre es bueno

en ese restaurante y que incluso viene gente de fuera para comer allí, no teníamos nada que decir. Alimentada, volvió a su casa. Sólo unos pasos. El restaurante está justo en la esquina.

Quise ayudarle a subir las escaleras pero se sostuvo del barandal, el cuerpo volcado hacia ella, un cuerpo torcido, desarticulado y subió los pocos escalones. Bravo, dije.

Me fui a dormir.

En silencio.

Un sueño pesado.

Me levanté, vi que mi madre no dormía, me fui a sentar junto a ella y le platicué de Nueva York, no en detalle pero Nueva York de todas formas con detalles de todas formas.

Me miraba sin juzgar.

Me dijo por suerte te reencontraste con M.

Espero que ya no la hagas sufrir.

No, nunca.

Es una buena persona. Linda y buena. Esas cosas yo las siento.

Sabes cuando yo era muy joven durante meses mantuve una correspondencia con un soldado israelí. Así vivía. Una vida a través de las cartas. Nunca me reuní con él. Extrañaba las cartas, es todo.

Luego conocí a tu padre. En carne y hueso. Ya no extrañaba las cartas. ¿Y ya nunca le escribiste? No. ¿Y no sabes qué fue de él? No. ¿Y no piensas nunca en él? No. ¿Y si murió? Pues no lo sabría. ¿Si estuviera muerto no sentirías nada? Sabes en esa época yo no sabía amar. Lo intentaba, es todo, con las cartas. ¿Y cómo lo conociste, tuviste que haberlo conocido? Sí, sólo una tarde de paso, era amigo de alguien a quien yo conocía. Lo único que te puedo decir es que tenía el pelo muy negro, los ojos muy negros y un gran bigote. Todavía te acuerdas. No pero un día me envió su foto así que pensé todo eso. Y como la foto sigue allí lo recuerdo si no, no.

Nunca me lo habías contado.

No, ¿para qué? En el fondo, no importaba. No eran más que cartas, cartas bellas pero sólo cartas.

¿Entonces las cartas no importan? Depende, pero en ese momento de la vida era como insensible. Así que eso u otra cosa.

Después te volviste más sensible. Sí, era sensible a la ternura de tu padre. Pero no dices me enamoré. No, después de todo eso, todo lo que me había sucedido, lo que importaba era la ternura.

Pero cuando eras niña te enamorabas de todo el mundo. Sí, fue antes. Antes todo era posible, incluso enamorarse.

Me voy a acostar. Sí, acuéstate. Hace bien platicar, ¿no lo crees?

Sí, hace bien. Pero es extraño que hables. Sí, a veces me cierro o no tengo nada que decir.

Pero no hay que tener algo que decir para hablar. Se puede solamente decir algo y luego otra cosa, así es como hablamos.

A mí me encanta hablar. Sí, lo sé mamá. Lo sé, a veces repito lo mismo. No es grave.

Pero parece que para ti sí es grave y que no lo soportas. A veces no lo soporto pero a veces no me provoca nada.

Cuando no lo soporto es porque estoy de mal humor y cuando estoy de mal humor no soporto nada.

Entonces ponte de buen humor.

A mi hermana le cae bien L. porque para ella L. es familia, y M. por otras razones simplemente.

Le digo que me arrepiento de C.

También lástima.

Desollé a un cordero vivo.

Sangró.

Detente. El día está muy bonito.

Sí, me detengo.

En México, luego de ir una vez más al hospital y salir una vez más y al verla por Skype desde Nueva York parecía no

reconocerme, así que gritaba mamá, soy yo, mamá, pero su mirada no veía y parecía no reconocerme.

Pensé, en el fondo nunca me conoció. Tenía la sensación que era más honesta cuando no me reconocía que cuando me gritaba palabras de amor. Pensé, esa es mi verdadera madre. Más tarde me dijo que era porque veía borroso.

Un día en México, uno de los raros días en los que salió, cuando ya no necesitaba su mascarilla de oxígeno, la sacaron porque proyectaban mi última película, no escuchó nada de la película porque su aparato la lastimaba pero vio imágenes y sobre todo vio que después de la película subí al escenario y contesté preguntas y que ese día fue muy caluroso. Cuando al fin se subió al auto con la ayuda de su nieto, yo ya estaba sentada en medio, me dijo mis hijas, mis hijas tienen todo esto. Yo no tuve nada aparte de los campos. Fue la primera vez que dijo eso. Si no siempre decía que estaba contenta y que era maravilloso, y de pronto eso.

Y pensé, una vez más dice la verdad, no la verdad, pero su verdad, y que era terrible. Pero que era mejor para mí, para ella, que fuera dicho. Y no le guardaba rencor. Para nada. Era mejor pero me quedé sin palabras, qué podía decirle. Pensaba que no era justo, ella conoció una vida antes de los campos y una vida después de los campos, incluso se divirtió algunas veces y luego nos tuvo, nosotras sus dos hijas, y creo que se sentía bien con mi padre que era tranquilo.

Mi padre aceptaba todo y no parecía tener su angustia y aceptaba que ella quería siempre llegar antes para tomar el tren y aceptaba que empezara a hacer las maletas ocho días antes de viajar a algún lado y nunca decía nada y aceptaba su angustia y no decía nada. Incluso parecía no darse cuenta y sin embargo era notable pero fingía no darse cuenta de nada y que todo era normal. Yo decía, toma una hora hacer las maletas y de todas

formas ya sabes qué meter en las maletas y nunca se te olvida nada, no como a mí.

Me gusta estar lista. Hubiera podido agregar me gusta estar lista para todo y sobre todo para lo peor porque ella conocía lo peor, pero sólo decía me gusta estar lista. Acabaremos por saberlo le decía sin amabilidad y yo pensaba que tenía humor pero sin lugar a dudas mi madre no tomaba eso con humor. Al contrario. Eso la provocaba y su angustia aumentaba, así que le decía haz lo que quieras. Mi padre no decía nada, fingía no darse cuenta y seguramente era la mejor opción.

Yo detesto hacer las cosas con anticipación, siempre las hago en el último minuto cuando es imposible hacerlo de otro modo, así que por supuesto se me olvidan muchas cosas pero en el fondo no es grave.

Detesto prepararme, prefiero levantarme muy temprano el mismo día de mi partida y meter todo en una maleta sin escoger. Sin doblar mis cosas, sin meter los zapatos en bolsas de plástico. Tiro todas mis medicinas un poco por todos lados porque tomo muchas medicinas, estoy obligada a causa de mi enfermedad crónica y mis insomnios. Y si por desgracia se me olvida una u otra medicina tengo que llamar para que me las envíen desde París pero por suerte mi farmacéutico es complaciente y sabe que si no me tomo mis medicinas puede pasar que mi enfermedad crónica brote de pronto y entonces me tienen que encerrar. Mi madre nunca olvida nada pero a qué precio, ahora entiendo el precio que paga para no olvidar nada. Pero es un poco tarde.

Mi hermana tampoco olvida nada y siempre viaja con muchas maletas. Sus maletas van llenísimas y entre más tiene más las llena. Yo siempre digo me gusta viajar ligera pero no olvides tus medicinas dice mi madre o mi hermana o incluso L. Todo el mundo me dice eso, y estoy harta de escucharlo y

estoy harta de mis medicinas y estoy harta de mi enfermedad crónica y estoy harta de que me encierren y estoy harta de tener insomnio así que rara vez olvido mis somníferos. Me preguntan pero qué somníferos tomas, son muy fuertes y además te acostumbras, y vas a tener que tomar más y más para poder dormir. Contesto que no, que el doctor mi nuevo psiquiatra farmacólogo me dijo que no, que no te acostumbras, que no son adictivos y que no hay que preocuparse. Pero no es completamente cierto.

De hecho, no me preocupo salvo cuando se me olvidan porque entonces paso noches enteras sin dormir y dormir es muy importante para alguien como yo y también para los demás.

Cuando ya no tengo o se me olvidaron entro en pánico, enloquezo, haría cualquier cosa, incluso grité en una farmacia en Estados Unidos. Dije que Estados Unidos no era un país libre y que de hecho en la aduana habían tomado mis huellas digitales como si entrara a la cárcel y que le habían tomado una foto a mis ojos y grité que era anticonstitucional y una violación a mi privacidad y otras cosas más y la farmacéutica, si a eso le podemos llamar farmacéutica, enloqueció detrás de su mostrador y me pidió que me calmara, miré a todo el mundo y dije *America is not a free country*. Salí de la farmacia, vi una pizzería en frente y me comí cuatro pizzas una tras otra, estaban tan buenas que hubiera pedido una quinta pero me empezó a doler la panza y pensé no sé por qué milagro que era suficiente y luego me atrajo la mesera que discutía con un muchacho muy guapo y pensé que se amaban, en todo caso tienen ganas de pasar tiempo juntos y si pido una quinta pizza los voy a interrumpir. Así que pagué y me fui.

Me sentía fantásticamente bien, bien alimentada, ya sólo me faltaba ir al bar de al lado y beberme una buena copa de vino tinto.

Entré al bar apenas iluminado por una televisión, sólo vi hombres, me senté sobre un banco y pedí una copa de vino

tinto. Desgraciadamente no estaba tan bueno pero me lo tomé de todas formas, hará que digiera las cuatro pizzas. No hizo que las digiriera así que tomé un taxi porque no es tan fácil ir del este al oeste. Hay que tomar un autobús, bajar del autobús, tener cambio para el autobús, así que tomé un taxi que me llevó a mi Harlem favorito en donde me acosté en mi cama favorita pensando no debí decirle eso a la pobre farmaceuta, no es su culpa pero no había nadie más. Si lo hubiera dicho en la aduana me hubieran regresado inmediatamente a Francia, como Francia lo hace sin cesar con los migrantes, los sin papeles etc., a veces incluso los golpea.

Mi madre siempre me dijo que una cachetadita es lo mejor para los niños. Pero me daba unas cachetaditas tan suaves que ni las sentía. Yo era un pequeño diablito malvado pero mi madre era migrante, ella también había visto otros. Pensé un día volveré a ver a esa amable farmacéutica para disculparme pero de todas formas le diré que todo lo que le dije lo pienso profundamente. Sé que no siempre es necesario decir lo que pensamos. Más vale incluso callarse y no decir nada a veces, pero me cuesta. Cuando pienso algo y estoy con gente se los digo y ellos siempre bien educados apenas me contestan. Pero en el fondo sé lo que piensan, sobre todo los franceses incluso los belgas bien educados.

Pienso, entre mejor educados más hipócritas, eso lo sé desde hace mucho tiempo, desde mi primer año en el Liceo con los bien educados, en ese entonces eran puras niñas, las bien educadas ya habían aprendido a ser hipócritas y a siempre decir lo correcto. Lo llevaban en la sangre. Y esas niñas iban de madre a hija en aquel Liceo de bien educadas. Siempre acumulaban puntos en buenos modales y yo no (nunca) porque pensaba que no estaba bien ser hipócrita. Otra vez un recado de la escuela. Ya nunca utilizo esa palabra.

Terminé por dejar de decir todo lo que pensaba y leía un libro en mi banca, así no escuchaba nada y no tenía nada más que decir. Por supuesto me atraparon. La profesora de francés vino hasta mi banca a grandes pasos y me dijo, ya lo sabía.

Estaba leyendo a Radiguet y era absolutamente apasionante, le dije, leo a un francés, es absolutamente apasionante. No lo dudo, me dijo. Fuera. No pudo decirlo mejor, me salí con mi libro y seguí leyendo en el pasillo. Cuando terminé de leer mi libro ya no sabía qué hacer así que fui al baño. Normalmente hay que levantar el brazo, esperar a que te pregunten personalmente y responder, luego pedir permiso para ir al baño. Por lo general te dicen sí, no, otra vez. En caso de que contestáramos sí, lo que no se hacía era decir, tengo diarrea. Se ve muy mal contestar así. A los profesores les daba miedo decir de nuevo. A veces en lugar de decir otra vez, decían (de hecho, eran puras mujeres), hubieran podido preguntar ¿no se siente bien?, a lo que contestaría claro que sí me siento muy bien sólo tengo ganas de ir al baño, es una necesidad natural. Pero lo natural estaba mal visto en mi escuela. Lo natural te llevaba a tener una mala calificación en buenos modales. Así que a veces dejaba mi lado natural, pero a menudo lo olvidaba. Bueno, en ese pasillo podía ir cuantas veces quisiera al baño y eso ya era ganancia.

Después la profesora que me había corrido fue la única que le habló a mi madre con cierta humanidad, aunque ni mi madre ni yo entendimos bien.

Le dijo, su hija necesita hacer cosas manuales sino va a acabar mal. Mi madre dijo, pero lava los trastes, incluso a veces guarda las cosas, la profesora dijo no es suficiente. A causa de su cabeza.

Mi madre la miró, pensativa. Repitió, no es suficiente. No preguntó por qué acabaría mal ni qué es lo que tenía en mi cabeza. Y hasta el día de hoy me pregunto cómo esa profesora

pudo tener tanta intuición. Cuando mi madre hablaba de la cabeza, pensaba en una cabeza con un pelo hermoso, es todo, no hablaba de la cabeza.

A menudo cuando me levanto por la mañana, pienso en esa profesora con un nudo en la garganta. Así que incluso antes de hacer mi café me muevo, ordeno, hago gestos metódicos, hasta bajo la basura y me siento mejor.

Los otros profesores del Liceo no eran así. Mi madre no estaba acostumbrada. En la primaria todos los tutores me querían y era sabido.

Había incluso alumnos que se quejaban. Decían, a ti te quieren. Te quieren más que a los otros. Eres la consentida. Pero no era una escuela de gente bien y los niños no sabían nada de *La Iliada* ni de *La Odisea*, y nunca habían visto el Partenón.

Desde el primer mes en el Liceo convocaron a mi madre en la escuela, le dijeron su hija es insoportable, mi madre que era todo menos hipócrita les contestó, ah sí, pues es muy linda en casa.

La coordinadora se quedó pasmada. Normalmente las madres estaban siempre de acuerdo, de hecho, nunca las mandaban llamar después de un mes de clases. Mi madre era la única así que pasó de inmediato. Por suerte, porque todavía tenía que ir a hacer las compras para la cena y hacer de cenar, por lo general yo ponía la mesa y ella también tenía que ocuparse de mi hermana pero eso no era difícil porque mi hermana siempre volvía impecable de la escuela. No se había caído, no se había manchado la ropa, no tenía ganas de hacer la tarea pero era comprensible. No deambulaba por las calles después de la escuela, de hecho, tenía sólo cuatro años. Tenía suerte. Iba al jardín de niños en donde todos eran lindos con ella y no sé por qué dijo que no tenía ganas de hacer su tarea ya

que no tenía tarea. Después tuvo tarea que no tenía ganas de hacer. Yo le decía trabaja, trabaja, si no, vas a acabar mal y vas a vender zapatos. Por qué zapatos me preguntaba ella, porque siempre decía zapatos, no otra cosa. Zapatos como P. cuando volvió a Bélgica.

Pero mi hermana de todos modos estaba de buen humor y es lo que importaba.

Sobre todo siendo todavía tan pequeña.

Entonces yo ya deambulaba después de la escuela a causa del amor. El amor te hace deambular. Acompañaba a una niña de unos grados más arriba a la estación de Luxemburgo. Conversábamos largo rato, ella dejaba ir un tren, a veces dos para platicar más tiempo conmigo incluso cuando llovía. De qué, ya no me acuerdo. Cuando llovía su pelo largo y rubio se oscurecía pero no era algo grave. Terminaba tomando su tren y yo volvía a mi casa. No sabía que era el amor. Pero lo era, bello y bueno.

Nunca pasó nada entre nosotras pero era amor y eso hacía que pudiera soportar la escuela.

Todos los días me levantaba al alba para ir a la escuela a verla. Entre clases también corríamos una tras la otra por cinco minutos. Teníamos tantas cosas que decirnos. Así que aunque fueran sólo cinco minutos valía la pena. Pero nunca era suficiente.

Todo terminó cuando se fue de la escuela para casarse. Sentí un gran vacío. Hacía todo por no ir a la escuela y mientras menos iba el regreso era terrible. Lúgubre también.

Se fue de la escuela y también de Europa con su marido. Se fue a un país cálido que estaba en guerra. Ese país me gusta. Dicen que es el país de mis ancestros. Al principio le escribía un poco, pero después se le ha de haber olvidado. Supe más tarde que ella y su marido se habían separado. Por qué, no lo sé. Los dos eran tan guapos.

A veces me digo, y si intentara buscarla, porque entre tanto escuché que había vuelto a Bélgica y vendía zapatos en una ciudad muy pequeña de provincia.

Me imaginaba lo que podría ser.

No, no lo lograba.

Qué zapatos y cómo era esa pequeña ciudad y en dónde.

Más tarde supe que era Mons.

Mons estaba rumbo a París y en ese entonces el tren se paraba todavía, así que rumbo a París pensé, un día se va a subir al tren.

Le preguntaré por los zapatos.

De hecho, siempre me gustaron los zapatos que usaba.

Eran casi siempre los mismos pero con colores algo distintos.

Recuerdo sus zapatos y también su camión de nylon transparente.

Un día vino a mi casa y durmió en mi cama con ese camión.

Platicamos un poco en la cama pero no mucho para no despertar a mi hermana que dormía en la otra cama en la misma habitación.

Ella se que quedó dormida primero. Un día, después, vi a una chica que se le parecía, bueno creí que se le parecía pero su pelo era pelirrojo claro. Con ella supe lo que era el amor.

Pero no con P. Pasaba todos los recreos en el patio grande de escuela con ella y allí también platicábamos, hablábamos caminando por los pasillos.

Había grandes árboles sin hojas porque no sé por qué todo el tiempo era otoño o invierno.

La escuela estaba en medio del parque y parecía un castillo, a veces me preguntaba si había torreones en el castillo, pero no lo creo.

Recuerdo también que tenía un hermano pequeño del cual nunca hablaba y sólo lo vi una vez, en la boda, y ya no recuerdo cómo era sólo que era el hermano pequeño y que tenía el pelo muy corto.

De hecho, en la boda no vi nada, y volví con sus padres de París a Bruselas, el marido era de París así que la boda fue en París. Volví en auto, llegué al alba con los padres y el hermano pequeño. Sentí que había durado toda la noche. En el auto los padres iban contentos por la boda pero estaban un poco preocupados por el hermano pequeño que todavía a veces amanecía mojado, pero en el fondo no era grave y sabían que iba a pasar. Así es como perdí mi examen de recuperación de Latín.

Mi primo era un poco como el hermano pequeño de P. y todo el mundo se afligía pero sabían que iba a pasar. Nadie sabía qué hacer y su madre menos que nadie porque su madre era extraña, decimos extraña por no decir que estaba loca, venía todos los miércoles con mi primo y mi madre cerraba la puerta de la cocina porque sabía que mi tía iba a decir cosas extrañas y no quería que yo la escuchara.

Todos los miércoles por la noche mi madre acabada exhausta y le decía a mi padre volvemos a empezar. Cuando decía eso, yo sabía que de pronto mi tía iba a desaparecer en una clínica por unos meses. Y ella decía que seguramente por eso él, mi primo, a su edad se hacía pipí en la cama. Se nos olvidaba que su padre no valía nada. Todo lo poníamos sobre los hombros de su madre. Se nos olvida que quizás si su padre hubiera valido más mi tía hubiera tenido menos cosas extrañas que decir. Todo eso se olvida, y a veces, más vale. Mi padre decía de todas formas no debió casarse con ese hombre que no valía mucho, no decía más pero en el fondo sabíamos el resto y no servía de nada hablar de ello. Y de hecho yo no creo que mi tía estuviera loca. No más que yo en todo caso. Mi primo adoraba a su madre. Todavía habla de ella cuando lo vemos pero lo vemos rara vez. Tiene los ojos de su madre, bueno no completamente. Todo el mundo dice que se las

arregla muy bien a pesar de todo, incluso en su trabajo tiene cierto renombre. Se ocupa de perlas, cose perlas con mucha paciencia sobre vestidos de novia de la gran burguesía incluso de la nobleza. También hace el diseño. Nadie había hecho eso en nuestra familia.

A mi madre no le gusta escuchar hablar de perlas, seguramente por eso no lo vemos seguido. Y también, sin duda reconoce a mi tía en sus ojos y eso la hace temblar.

Mi primo perdió a su madre muy joven. Tenía apenas diez años y nadie le preguntó qué se sentía perder a una madre tan joven, su madre que ya no quería vivir.

A veces en los entierros, fui a un entierro hace no tanto, preguntan si los padres del muerto todavía viven y se espera que no, porque sobrevivir a su hijo es lo peor.

En ese entierro una persona me dijo, se fue alguien de nuestra generación. Él quería decir pronto será nuestro turno, pero no lo dijo.

También alguien me dijo, tenemos que seguir. ¿Vas a seguir, no es así?

Quería decir seguir haciendo películas. Rápidamente dije que sí, sí. Y me di la vuelta. Por qué yo tenía que seguir. Por qué había dicho sí, sí, tan rápido. Porque sí.

Después volví a ver a esa persona de pronto me apretó del brazo y pensé, es otra forma de decirme que siga. No me moví, esperé a que pasara y finalmente, me soltó el brazo y cuando volteé a ver a mi lado, esa persona ya no estaba. Respiré. Otra persona me dijo, pero de todas formas fue una bonita ceremonia, el de todas formas lo decía todo.

A pesar de todo pensé que no valía la pena decir ese tipo de cosas y también pensé que era porque no había nada que decir.

Así que miré a las hijas del muerto y pensé que eran muy bellas.

No sabía que tenía tres hijas, en el fondo qué sabía yo del muerto. Hacía frío, me fui, volví a mi casa, no estaba lejos.

Incluso en mi casa hacía frío así que me metí a la cama. Tomé todas las cobijas y me acosté pero todavía tenía frío.

Intenté recordar al muerto, cómo lo había conocido. Fue hace mucho y él era muy joven y muy guapo. Como sus hijas. No sé por qué me dio más tristeza que sus hijas fueran tan bellas.

Ese tipo de belleza da ganas de llorar pero no lloré, no pude. Y luego me acordé de ese asunto de generación y pensé que por primera vez pertenecía, pertenecía a una generación. Y eso ya era ganancia.

Una generación que había creído en todo y más que nada en que todo era posible. Y en esa generación, en el cementerio, había alguien a quien yo quería mucho, le dije, eres mi hermano.

Él dijo, es cierto. Lo recuerdo todavía.

Sí, lo recordaba.

Él también tenía tres hijas, una de ellas lloraba. Era tan joven. Apenas dieciséis años.

También en un entierro mi padre le dijo a mi madre hubiéramos tenido un tercer hijo. Yo estaba cerca de él y lo escuché.

Pero ya es muy tarde, así que le apretó el brazo a mi madre y se alejó con ella en medio de las tumbas. Aquel día no hacía frío.

Todo esto se lo cuento a M.

Estoy sentada sobre la terraza de la casa frente al mar y soy feliz con M.

A M. la conozco hace mucho tiempo y me tomó mucho tiempo entender hasta qué punto la amaba.

Nos hemos amado, ya no recuerdo por qué nos separamos,
y nos amamos.

Incluso nuestras sombras se aman cuando caminamos.



Publicado por primera vez en Francia en el 2013, *Mi madre ríe* es el último libro escrito por la ya legendaria cineasta belga, Chantal Akerman antes de su muerte en 2015. Es un libro confesional pero no sentimental que pasa de un recuerdo a otro, de una persona a otra pero siempre vuelve al personaje principal: su madre.

Al igual que sus películas, el libro es directo, escrito en una prosa que nos remite al flujo del pensamiento y a la asociación de ideas como si Akerman estuviera acostada en el diván. Sus frases son cortas y sencillas, con una estructura consistente. La puntuación es escasa. Es difícil saber quién habla, si la hija, la madre o la hermana, a veces algún tercero que se cuela en las conversaciones. Las oraciones de una sola palabra se alternan y van marcando la velocidad de una mente que no se detiene. Los pensamientos son como torbellinos que se desdobl原因 página tras página. Y así empieza: «Escribí todo esto y ahora ya no me gusta lo que escribí. Fue antes, antes del hombro roto, antes de la cirugía al corazón, antes de la embolia pulmonar, antes de que mi hermana o mi cuñado me llamaran para decirle adiós (hasta nunca). Antes de que volviera a su casa en Bruselas para siempre.

Antes de que riera.

Antes de que yo entendiera que quizás lo había entendido todo al revés.

Antes de que yo entendiera que tenía una visión truncada e imaginaria. Y que solamente era capaz de eso. Ni de la verdad ni siquiera de mi verdad.»

Tatiana Lipkes

ISBN: 978-607-97155-8-8



9 786079 715588



CULTURA

SECRETARÍA DE CULTURA



FONCA